

Omar Bello

EL VERDADERO FRANCISCO

Intimidad, psicología, grandezas, secretos y dudas del
Papa argentino. Por el filósofo que más lo conoce.



EDICIONES
NOTICIAS

EL VERDADERO FRANCISCO

Intimidad, psicología, grandezas, secretos y dudas del
Papa argentino. Por el filósofo que más lo conoce

Omar Bello

EDICIONES

NOTICIAS

Bello, Omar

El verdadero Francisco – 1ª edición – Buenos Aires:
Colección Noticias, 2013.
200 páginas; 22,5x15,2 cm.
ISBN: 978-950-639-801-9

Ensayo periodístico.

*Diseño de portada: Jorge Prestefelipe.
Fotos de portada: AFP.
Selección de imágenes: Guillermo Munt.
Edición: Carlos Russo, Silvio Santamarina.
Corrección: Marta Gatti.*

© 2013, Omar Bello.

© Ediciones Noticias.
Revista Noticias. Chacabuco 271, Piso 3º.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
CP 1069AAE

1ª edición impresa en la Argentina: junio de 2013.
10.000 ejemplares.

ISBN: 978-950-639-801-9.

Impreso en ST Gráfico.
San Antonio 834, Barracas, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.
Impreso en la Argentina.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de portada, puede ser reproducido o transmitido de manera alguna por ningún medio sin el previo consentimiento de los responsables de la edición.

A Majo, mi mujer, quien no se asustó cuando en nuestra primera salida le dije que no sabía nadar ni manejar. Y eso que su campo de acción era Recoleta, y los rugbiers del colegio Newman.

PRÓLOGO

“¿Será que, durante el Cónclave, el Espíritu Santo provocó una conversión repentina?”, comentó confundido un importante obispo argentino sobre la elección de Jorge Bergoglio como Papa en Roma. Y lo interesante es que el pensamiento no salió de una mente enemiga, sino de alguien que lo conoce y quiere bien. Claro que de ahí a comprarse la imagen del curita sencillo y bonachón que reniega del boato vaticano y llegó al trono casi por casualidad, hay mucha distancia, y su camarada no parecía dispuesto a creer en cuentos de hadas, en especial porque se relacionan desde hace muchísimos años.

Francisco es una fuerza de la naturaleza y al entrar en acción puede regar los campos o inundarlos hasta convertirlos en pantanos que tarden décadas en regenerar. La metáfora tiene reminiscencias bíblicas porque el Santo Padre lo merece. Solo la Iglesia Católica, con su enorme experiencia en el manejo del poder absoluto, es capaz de criar un personaje así, y de empinarlo ante el asombro de un mundo que se conmueve con los trucos de magia “menores” de un mago mayor que, a decir verdad, podría opacar al mismísimo Harry Potter. El tema es que para ver sus fantásticos “shows privados”, tan lejanos de esas presentaciones destinadas al público masivo —los zapatos negros gastados, por ejemplo—, hay que estar muy cerca de él, y conversar con personas que, además de conocerlo, hayan sido tocadas, de mínima, por la cola de ese huracán que dirige los destinos de la Iglesia Católica uni-

versal y de quien puede esperarse cualquier cosa menos que pase desapercibido.

Aunque ambos coincidimos en estudiar química en algún momento de nuestras vidas, se diría que una buena ciencia a la hora de abarcarlo sería la física. Francisco es un fenómeno energético, y la definición debe leerse con rigor científico, sin las connotaciones banales que el concepto “energía” fue incorporando en los últimos años. El Papa es materia de Albert Einstein, no carne de Feng Shui adaptado para amas de casas aburridas que buscan salvarse del mal apelando a una fuente de agua o evitando colocar espejos en lugares determinados.

Fui la última persona en entrevistarlo —dio solo dos entrevistas largas en su vida— antes de la coronación romana, cuando ya había renunciado y estaba en proceso de retiro, hablando de atravesar su vejez en el Hogar Sacerdotal y frente a una Iglesia argentina que lo consideraba “cadáver político”, derrotado por las fuerzas conservadoras. Este concepto, en uno u otro sentido y dentro del catolicismo, siempre conviene tomarlo con pinzas. Porque tampoco Francisco es un militante izquierdista. Su onda “Che Guevara” surge al compararlo con personalidades que rozan lo reaccionario, por usar una denominación respetuosa. De hecho, su relación con la Santa Sede distaba de ser amable. Sus enemigos de siempre parecían haber ganado la partida en Italia y la Argentina, listos para alzarse con el poder ni bien Benedicto XVI partiera al otro mundo, pero al renunciar el actual papa emérito, sus planes fueron cortados de plano. No quiso quedarse para ser manipulado por quienes se creían ganadores, y su gesto le dio al planeta el primer Papa americano de la historia.

Sin embargo, aún transitando solo los pasillos finales y oscuros de su brillante carrera eclesiástica, al entrevistarlo me encontré con un señor que no parecía dispuesto a largar el mando así nomás. Le comenté que nadie creía demasiado en lo de la jubilación, y que se hablaba de algún puesto honorario esperándolo en Roma (no el que finalmente tuvo, obvio). “Usted apueste al Hogar Sacerdotal, que gana”, aseguró. Por suerte no le hice caso, monseñor.

La biografía formal de Francisco podría resumirse en unas pocas páginas. De costumbres escuetas y hazañas que, dejando de lado el final de la “obra”, tampoco dan para una superproducción heroica filmada en 3D, su trayectoria parecería bastante normal. Peor aun, la tentación de resumir todo a la formación jesuítica resulta enorme y, desde el punto de vista biográfico, peligrosa. “Nadie sabe qué hay en el corazón de un jesuita”, enseña el dicho. Pues bien, si todos los jesuitas son un misterio a resolver, Francisco le agrega varios componentes personales al asunto.

En una época donde los superhéroes deben realizar hazañas memorables que terminen en explosiones de fuegos artificiales, la brutal intensidad del Papa se manifiesta en la intimidad, y poco tiene que ver con los gestos de sobriedad que el planeta adora, costumbres que sí son parte de su educación y resaltan apenas porque nos acostumbramos a la pompa y circunstancia de los poderosos quienes, en la Iglesia y otras instituciones similares, salen a caminar disfrazados.

Conocí a Francisco en 2005, justo después de aquel mítico “cabeza a cabeza” con Benedicto XVI. Por entonces era toda una celebridad a quien llamaban el “Papa Latinoamericano”, euforia que para cuando en serio llegó a serlo, ya había desaparecido por completo. Eso sí, fuera de la Iglesia que comenzaba a descartarlo, mantenía intacta la condición de referente social criollo. El desfile de personajes dentro del Arzobispado seguía siendo incesante y, con excepción de algunas figuras oficialistas, nadie tomaba una decisión en el país sin contar con la bendición del cardenal Bergoglio, “aprobación” que en la mayoría de los casos se limitaba a la fantasía del visitante. Porque en la práctica no era hombre de andar respaldando a nadie. Escuchar a todos y conocer sus planes formaba parte de su estrategia a la hora de gobernar. Lo demás corría por cuenta del peregrino y su frondosa imaginación.

A diferencia del grueso de las personas que lo rodean, nuestros caminos jamás debieron cruzarse. Primero, quien escribe no es necesariamente el más devoto de los católicos. Mientras la mayoría de los laicos que pueblan la Iglesia recorren

largas y tortuosas rutas antes de sentarse siquiera frente a un vicario de cualquier templo perdido en la Argentina (hay gran desconfianza), yo caí en la oficina de Francisco sin escalas previas ni premeditaciones de ningún tipo. Segundo, y quizá más importante, lo nuestro no fue “amor a primera vista”. Si bien es cierto que su presencia tiene un efecto hipnótico, al principio me costaba entender por qué la gente caía rendida a sus pies si lo único que hacía durante las reuniones era contar chistes malos de curas y monjas. Y cuando hablo de “caer a sus pies” no me refiero solo a católicos: vi cómo importantes empresarios de otras religiones lo tenían en un pedestal. En cuanto a su devoción por mi capacidad profesional (eso me decían sus allegados), creo que se trataba de un “cuento” para mantenerme entretenido y trabajando ad honorem en la Curia. Es más, sospecho que durante largo tiempo me halagó por cortesía, pero dudo que pudiera recordar mi nombre y ubicarme con certeza dentro del mapa de conocidos, intuición que sus colaboradores niegan hasta hoy con insistencia digna de mejor causa.

A pesar de todo y por distintas razones, comenzamos a “chocar” una y otra vez (a veces de manera violenta), tanto que junto a mi creciente interés por desentrañar el misterio de su enorme carisma, se sumó su inquietud por saber quién era Omar Bello y por qué aparecía en escena si no andaba buscando nada concreto ni aprovechaba las situaciones que se me presentaban. “Usted es el único empresario que jamás pidió una foto conmigo”, me dijo una vez a manera de piro-po, y aunque lo que quería decir estaba claro, no pude evitar pensar: “¿Para qué me sirve una foto con él?”.

Mención aparte merece la entrevista que, contra todos los pronósticos, me concedió modificando su agenda en tiempo récord. Ni siquiera se la pedí, solo le avisé que iba a escribir una nota sobre él para el diario Perfil; cuestión de cortesía. “Mejor venga para acá y hablemos”, dijo. “¿Por qué me recibe si usted no da notas?”, fue lo primero que le dije, y salió del paso con una broma acerca de la manera aguda en que escribo y la necesidad de cubrirse por las dudas. A la

distancia supongo que quería dos cosas. Por un lado, dejar algún testimonio fuera del círculo católico cerrado que suele manejar las comunicaciones eclesiológicas convirtiéndolas en cuentos para niños; por otro, medirme y conocerme mejor. No es mi intención abusar del misticismo pero si me apuran les diría que Francisco sabía de antemano que algún día me convertiría en su biógrafo, y en uno que haría esfuerzos por no caer en la tentación de dejarme seducir por sus encantos, ni encarar el rumbo fácil de la crítica feroz y despiadada, los dos extremos que su compleja personalidad permite.

A través de anécdotas, situaciones y hechos puntuales que en su mayoría transcurrieron detrás de los gruesos muros de la Iglesia Católica argentina (la única que transitó en profundidad el Papa), este libro muestra a un Francisco desconocido incluso para aquellos que creen saber todo acerca de él. A su vez, analiza los pliegues de una personalidad escurridiza que desata odios y amores, por lo general al mismo tiempo y con las mismas personas. Más que dividir las aguas, el Santo Padre genera convulsiones en el alma de aquellos que están cerca. Para algunos se trata de un método que busca enseñar el camino correcto, otros directamente hablan de manipulación emocional. En mi caso creo que estamos ante un personaje fascinante que, por sobre todo, enseña una única lección (no es su intención, le sale así): en un período de la historia donde la ambición nos lleva a acumular, Francisco demuestra que el poder total y absoluto sigue siendo hijo directo del despojo. Aun si suponemos que es la persona más ambiciosa y voraz de este planeta, él preserva la sabiduría de entender que a las alturas se llega tirando lastre, estrategia evidente que parecemos haber olvidado, y en la que también van incluidas las personas que nos acompañan. Cruel pero lógico.

“¿Cómo se sentirá ahora que llegó a lo más alto?”, le pregunté a uno de sus pocos amigos cercanos. “¿Llegar? Jorge ni siquiera está cerca, va por la santidad”. Definición que para los católicos tiene un sentido muy específico, pero también podría leerse como la simple voluntad de volar lo más alto que se pueda.

CAPÍTULO 1

HABEMUS VEDETTE

En medio de la comida, el recién elegido Papa Francisco le devolvió a Monseñor Eduardo García el anillo que lo distinguía cardenal primado de la Argentina, el mismo que había prometido regalarle al Arzobispado porteño.

—Tomá, Gallego. Lo están esperando en Buenos Aires, pero no me hagas lo mismo que Moria Casán...

El que observaba la escena sin entender era Bartolomé I, arzobispo de Constantinopla y jefe de la Iglesia Ortodoxa. Francisco se dio cuenta de que Bartolomé I no sabía a qué se refería y lo puso en autos.

—Moria Casán es una vedette argentina que se puso pechos muy pero muy grandes, hace poco la acusaron de robar unas joyas cuando fue a desfilarse al Paraguay... —

El Papa argentino estaba en funciones.

Para un cardenal ya renunciado y, según sus propias palabras, con planes concretos de retiro al Hogar Sacerdotal (lo más parecido a un exilio), la sensación de terminar vitoreado por una multitud en Roma, a pocos minutos de ser elegido el primer Papa latinoamericano de la historia, debería resultar perturbadora, o por lo menos emocionante: difícil imaginar qué logros o acontecimientos en la vida de un religioso católico pueden reflejar mejor la idea de trascendencia. Mucho más si se le suma un aspecto terrenal: solo dos años atrás y antes del VatiLeaks, Jorge Bergoglio estaba desahuciado dentro de la estructura eclesial mundial, opacado por monseñor Héctor Aguer, quien además de haberle ganado la guerra interna en la Argentina, tenía el apoyo vaticano para alzarse con la curia porteña ni bien el actual Papa renunciara.

A pesar de todo eso, aquellos que lo conocen bien coinciden en que el recién bautizado Francisco lucía contento, parecido a un chico con juguete nuevo que, sabe bien, no solo lo "transfor-

maría”, por decirlo de una manera elegante, sino que debería luchar contra la tentación de aburrirse. Claro que a diferencia de los chicos, ni bien se cerraron las ventanas palaciegas, debe haber caído en la cuenta de que no podrá hacer ninguna de las dos cosas y que otra vez, como ocurrió en su gestión al frente del Arzobispado de Buenos Aires, tendrá que apelar a los matices de su compleja personalidad con el fin de lograr que esa organización de la que es rey absoluto, se mueva -en el mejor de los casos- unos centímetros hacia la dirección deseada.

Igual que todos los hombres, Bergoglio llegó a lo más alto con la esperanza de que ese enorme poder actúe por sí solo para descubrir que el juego es exactamente al revés. Jamás estuvo más expuesto, librado a las habilidades de un carácter que en las masas despierta admiración, y puertas adentro, sensaciones ambivalentes de amor y odio. Sería sencillo decir que solo los “malos” lo desquieren, pero además de faltar a la verdad, se estaría cerrando los ojos ante un personaje fascinante por donde se lo mire, a quien la corrección política, tan común en estos días, le pone motes de tipo bondadoso, humilde, despojado; el famoso “Papa de la gente”.

Nadie que se haya cruzado con él en serio podría sostener esta versión de Lassie papal que tan cómoda les queda a los medios masivos; tampoco reducirlo a la categoría de mentiroso o hipócrita, tendencia que comenzará a circular en la medida que su espíritu conservador salga a la luz: querrá hacer grandes cambios, no revoluciones profundas.

Mientras tanto, igual que un niño que espera las 12 en Navidad, mira el “paquete” desde afuera sin abrirlo, dejándolo cerrado (pensemos en su primera reacción frente a los aposentos papales) y evitando contaminarse con el medio ambiente.

Aunque disfruta con la imagen que está proyectando al mundo, Francisco es un misterio a revelar, las intensidades que maneja en la cotidianidad nunca se vieron reflejadas en su gestión criolla, y es probable que lo mismo ocurra en Roma. En todos los sentidos posibles es más grande que sus actos, aunque en este caso el término grandeza no siempre porta connotaciones positivas, hay que tomarlo desde una mirada literal: grande. Y

todo lo que entra en esta concepción plantea brutales desafíos. Quedarse con la idea del curita bueno que usa zapatos viejos y ropa usada es una pena. Hay mucho más para ver.

La manera en que se movió durante los primeros días de su papado, rodeando las murallas y manteniendo fuertes distancias emocionales con todo, es un buen punto para empezar a infiltrarse en los recovecos de un alma que no tiene problemas a la hora de contactarse con los otros, al tiempo que cierra los grifos del conocimiento. Se puede ser su amigo sin conocerlo, tomar mate y hasta sentirse cerca de él estando muy, pero muy lejos de su alma.

Moverse ligero y divertir es parte de esa estrategia distractora. Cuando monseñor Eduardo García -conocido por todos como “Gallego García”, y que participó de la anécdota de Morria- viajó a Roma para acompañar al recién elegido Papa Francisco, los medios argentinos especularon con el futuro de este hombre cercano a Bergoglio. ¿Comenzaban los cambios en la Santa Sede? ¿Francisco se llevaba a su mejor amigo? Todo alimentado por la creencia inicial (conducta muy argentina) de que el Vaticano se convertiría en una sucursal de Buenos Aires. Lo cierto es que el Gallego llegó al Vaticano con instrucciones muy precisas y acotadas: “Traé otro juego de pantalones y todos los remedios que tengo en la habitación de la Curia”.

Ya en tierras vaticanas y por orden del Papa, se encargó de algunos trabajos menores; entre ellos, solucionar conflictos de protocolo que aparecieron durante el día de la asunción. “Arreglá esto rápido que no quiero dramas justo ahora”, dijo Francisco. Se refería a un asunto muy puntual: dónde sentar al jefe de Gobierno Porteño, quien había quedado fuera de la comitiva oficial encabezada por la presidenta Cristina Kirchner, su principal enemiga política. Gracias a la viveza criolla de García, el trasero del alcalde de Buenos Aires terminó aposentado en el asiento del país más alejado, exótico, desconocido y por ende menos propenso a la queja que monseñor pudo encontrar.

A pesar de las especulaciones se fue con las manos vacías. O casi. El mismo día de su regreso y con poco tiempo para llegar al aeropuerto, García pasó a dejarle saludos al flamante Papa.

—Espere un minuto —le dijeron en recepción y lo llevaron hasta Francisco que, distendido y de buen humor, almorzaba con Bartolomé I. Sumando fieles, esa mesa concentraba buena parte de la religiosidad planetaria.

—Vení, Gallego. Quedate un rato más y comé con nosotros.

Roma había coronado a un rey que hubiera contado con la admiración de Maquiavelo.

CAPÍTULO 2

LA MANO DE DIOS

“¿Por qué será tan famoso?”, pensé la primera vez que nos cruzamos. A simple vista Bergoglio parecía un señor grande malhumorado que pagaba nuestro trabajo ad honorem con cinco minutos de chistes malos; eso sí, todos mis colegas lucían embobados ante su escueta y deslucida presencia. Fue verlo, babearse y dedicar la próxima media hora a charlar sobre lo maravilloso que era el cardenal. Digan que a diferencia de los demás yo estaba ahí por motivos “personales”, caso contrario hubiera sido debut y despedida.

En 2005, mientras dirigía la filial local de una conocida multinacional publicitaria, publiqué “Los Cuatro Jinetes”, un ensayo sobre la argentinidad que tomaba como punto de partida las personalidades de cuatro criollos famosos, Diego Maradona entre ellos. El texto tuvo mucha difusión en los medios y motivó que me llamaran de NOTICIAS para escribir una nota de tapa sobre el Diez y su relación con nuestros conflictos sociales crónicos. “San Maradona” fue el primer artículo que publiqué en la revista y su salida vino acompañada de un efecto secundario inesperado: la furia visceral de mi suegro. Don Roberto Araujo era un católico devoto que llevaba años mirándome de reojo y esperando el instante preciso de saltarme a la yugular. Capaz de levantarse en plena madrugada para rezar el rosario, desconfiaba de ese yerno que tomó la comunión a los 30, cuando el cura le recordó que sin dicha ceremonia el casamiento por iglesia se complicaba, y cuyo comportamiento en misa, además de delatar inexperiencias ceremoniales varias, demostraba un absoluto desconocimiento de los pasos a seguir.

—¿Tengo que besuquear a todas las viejas?, —preguntaba una y otra vez a mi suegro al llegar el momento de la paz. Y eso por no mencionar mis críticas lacerantes a los sermones dominicales, en particular a los que daba un sacerdote amigo de la familia, quien,

concordando con mi suegro y sus sospechas, me obsequiaba una refinada desconfianza que venía acompañada con declaraciones de guerra feroces.

—No te cases, que Omar esconde algo —le ordenó a mi mujer meses antes de nuestro casorio. Lo peor no fue el golpe a traición, sino sentirme desnudado por su mirada de rayos x. Por suerte sus palabras llegaron tarde y cayeron mal. Con el vestido cosido ninguna novia escucha razones ni está dispuesta a bucear en las oscuridades del alma ajena.

Enconos mutuos incluidos, las relaciones parentales fluían más o menos bien hasta que “San Maradona” vio los kioscos. La energía contenida durante años explotó en un tsunami violento, devastador. ¡Asociar la santidad católica con un futbolista de conducta reprochable! Para peor la imagen que ilustraba el texto tenía look de estampita religiosa, con Diego mirando al cielo en actitud Divina y un ropaje santurrón que lo convertía en una especie de socio de Francisco. Haciendo gala de modales inflexibles pero civilizados al fin, Roberto me retiró el saludo y la palabra, aunque no cerró las puertas de su casa ni esquivó festividades familiares, convites recurrentes que debido a la cantidad de hermanos eran muchos y muy variados. ¿Cumpleaños de los chicos? Ahí estaba él, regalo en mano y con una cara de velorio que me dedicaba en exclusiva. “Cuando bajo la persiana, la bajo para siempre”, aseguraba lanzando dardos lingüísticos de ese tipo al aire. Y en lo que a mí respecta había trabado hasta las hendijas más diminutas de su ya estrecho portón ideológico. Ni los ruegos de mi mujer aflojaron al nono, que por primera vez en un década tenía pruebas concretas que avalaban su teoría, y no andaba dispuesto a soltarlas así nomás: su hija estaba casada con el demonio y frente a la posibilidad de que un día la bestia girara la cabeza al mejor estilo “El Exorcista” y se pusiera a vomitar blasfemias contra Dios y María Santísima, se dedicó a perfeccionar el arte de la intolerancia preventiva, tapiando sus oídos y manteniendo prudencial distancia. Solo le faltó marcar un círculo de sal entre él y yo.

En esa cruzada doméstica andaba cuando mi secretaria me anunció que un grupo de personas del Arzobispado porteño

quería verme.

—Vienen a pedir una donación —deduje.

—¿Te parece?

—Seguro. ¿A qué como van a venir? Vas y los despachás con alguna excusa elegante. Les decís que más adelante vamos a hacer una donación, que necesitamos autorización de los yanquis para dar plata o algo así.

Volvió a los pocos minutos.

—Insisten en verte y aseguran que donaciones no quieren.

—¿Y qué quieren?

—No sé, dicen que es particular y confidencial...

No soy paranoico, si no, hubiera pensado que mi suegro los mandaba a rociarme con agua bendita en un rito sanador autorizado por el mismísimo Papa. Influidado por la actitud de Roberto, estuve medio guarango con los santurrones: proyección, que le dicen. Sin pedido de entrevista y en un día donde todos los clientes parecían explotar al unísono con demandas y amenazas (el Padre Nuestro de la publicidad), aseguré que les dedicaría cinco minutos por reloj, nada más. También debían esperar que concluyera una conferencia telefónica con Estados Unidos. Llamado “importantísimo” que, por supuesto, solo existía en mi frondosa y publicitaria imaginación. Aceptaron sin chistar.

Media hora larga después entré a la sala de reuniones, fingiendo apuro para despacharlos rápido. Eran dos hombres y una mujer, muy formales y circunspectos. La señora en cuestión, elegante y alta, consumió su porción de tiempo con su curriculum.

Uno de los hombres, creo que era el esposo, permaneció callado, recuerdo que tenía la corbata más ancha que vi en mi vida: el otro, supongo que leyendo en mi cara lo frágil de la situación, fue directo al punto.

—Estamos lanzando un nuevo canal y el cardenal Bergoglio lo necesita, licenciado Bello.

Se ve que venían trajinando empresas y el apellido “Bergoglio” generaba efectos mágicos en las audiencias: de hecho, lo pronunció con una intensidad vocal operística.

Un poco por ser cardenal primado y mucho porque recién salía de aquel mítico cabeza a cabeza con Benedicto XVI, Francisco

ya disfrutaba entonces, al menos en Argentina, de una fama parecida a la que tiene hoy en el resto del mundo. Se comentaba que a los ojos de muchos latinoamericanos era el Papa en las sombras, un líder nato al que las malas artes del kirchnerismo habían dejado fuera de juego dentro del cónclave vaticano, en especial por la difusión de un paper secreto sobre su participación durante la dictadura militar en los años setenta.

Al final terminamos charlando dos horas y aunque los tres voceros clericales salieron convencidos de que estaba deslumbrado por la posibilidad de lanzar al mercado un canal de televisión con valores apostólicos romanos, lo que en realidad me movilizaba era la idea de enrostrarle a mi suegro el rol de consejero mediático ad honorem que me ofrecían con pompa y circunstancia digna de la realeza vaticana. Yo, el demonio observado con desdén por el grueso de mi devota y extensa familia política, me sentaría a la mesa chica del “casi papa”, y cambiaría la historia de los medios de comunicación criollos.

La primera reunión del Honorable Consejo Consultivo que tendría en sus manos el lanzamiento del canal de la Iglesia Católica argentina resultó un fiasco de proporciones considerables, no tanto por el contenido en sí, que parecía rescatable y bien intencionado, sino porque el cardenal primado, quien según sus colaboradores nos necesitaba como el juez a la verdad, jamás apareció por la sala de reuniones, ni se dignó a un mísero saludo protocolar. Los empresarios católicos presentes, quienes realmente estaban en ese lugar por vocación de servicio a la Iglesia, apenas sintieron la ausencia de “su majestad” en el sagrado recinto. Claro que yo quería demoler a mi suegro y, sin la figurita principal, todo el esfuerzo religioso perdía sentido. ¿Qué logro le enrostraba en su pétrea cara? ¿Estuve reunido con una jauría de hombres parecidos a vos que también me miran de reojo cada vez que abro la boca? Porque con excepción de Julio Rimoldi, hombre a cargo del proyecto y mano derecha de Bergoglio en materia de comunicación televisiva, los demás exudaban cierta incomodidad frente a mis comentarios.

La segunda vez que el grupo se juntó en el Arzobispado, ya pasado un mes del primer encuentro frustrante, Bergoglio apa-

reció. Se lo notaba cansado y carente de entusiasmo, intuyo que Rimoldi lo llevó hasta nosotros a la rastra. Católicos apostólicos romanos y todo, juntar las cabezas de varios empresarios pesados con el objetivo de que trabajen gratis y escamotearles a la estrella principal de la obra dos veces seguidas, implicaba serios riesgos para la continuidad del proyecto comunicacional. Después de contar sus deslucidos chistes sobre curas y monjas, chascarrillos que festejamos con excesos dignos de mejor causa, agradeció nuestra participación desinteresada y se despidió con su ya mítico “recen por mí”.

Envalentonado por aquel baño celestial cardenalicio, ese mismo domingo conté la anécdota en un almuerzo familiar. Antes de que largaran los chorizos me lancé al vacío (al espacio sin red, no al corte de carne) con un discurso descolocado y fuera de contexto. Lo hice a viva voz, buscando alcanzar a mi suegro quien para evitar el contacto cuerpo a cuerpo se sentó al otro extremo de la mesa, bien lejos de Lucifer Bello y sus azufres infernales. No obtuve ni un gesto de aprobación. Siguió enfrascado en su ensalada mientras yo me hundía en esa catarata de cuentos sobre la Curia, narración eclesiástica llena de detalles que parecía no despertar el interés de nadie (y eso que todos eran muy creyentes).

En definitiva y contra cualquier pronóstico judeocristiano, retomamos el diálogo algunos meses más tarde, cuando enfermó mal y pasó una temporada en casa. Mirado en perspectiva resulta curioso, pero nunca hablamos de la Iglesia, tampoco comentamos nada acerca del cardenal o lo que hacía junto a él en el Arzobispado. Sabiéndose acosado por la muerte, Roberto me transformó en una suerte de compinche que entendía por lo que estaba pasando y cada tanto lo ayudaba a darse un gusto fuera de la estricta vigilancia médico/familiar. El pacto diabólico con su yerno comenzaba a cobrar sentido. A veces bastaba saludarlo a la mañana para volver con una botella de buen tinto escondida en el sobretodo. La complicidad de esos últimos meses nos unió más que mis constantes encuentros con Bergoglio o el hecho de que dejara de criticar las homilias domingueras del curita amigo.

En paralelo a la reconstrucción del vínculo con mi suegro y casi sin darme cuenta, me fui convirtiendo en un alumno aventajado,

de notas altas y asistencia perfecta a la curia porteña. Colaboré en el diseño de la campaña que lanzó el producto Canal 21, recomendé cuestiones ligadas a la programación y aporté buenos consejos en el área comercial. Eso sí, aunque Julio Rimoldi repetía que Bergoglio estaba deslumbrado con mi creatividad y capacidad de trabajo, yo sabía que apenas me registraba. Creo que en realidad registraba muy poco a todos los presentes, pero yo era el único que se animaba a percibirlo sin sufrir ni sentirse ninguneado por la figura religiosa más importante de Latinoamérica. Venía a todas las reuniones, saludaba con calidez y simpatía, decía cuánto apreciaba nuestra participación desinteresada y se deshacía en elogios a todos los presentes. Sin embargo, su mirada exudaba desinterés, como si estuviera ante una primera cita y los concurrentes permanecieran fuera de foco, lejos de su órbita cercana.

Con el tiempo entendí dos cosas importantes en relación con Francisco. Por un lado, es cierto eso de que nadie sabe qué hay en el corazón de un jesuita; por otro, la mejor manera de encontrar un lugar en la memoria del Papa (no me animo a decir en su corazón) es generarle algún tipo de conflicto o problema que lo obligue a mirarte como si fueras una ecuación por resolver. En cierta forma, el camino más corto para llegar a él es la “fuerza”, nunca rendirle pleitesía o besarle los pies. La gente intenta seducirlo con la belleza del paisaje y Francisco está entrenado para detectar y desactivar bombas unipersonales camufladas bajo el suelo. Además de la evidente carga simbólica, esa promocionada y hoy mundialmente famosa frugalidad papal tiene por objetivo limpiar el campo visual de distracciones que empañen su mirada incisiva. Sería ingenuo pensar que todos los jesuitas son iguales a Francisco, aunque es obvio que adhieren a una filosofía similar y están cortados por tijeras gemelas. Pero lo que se percibe en el papa argentino es distinto y vino con su ADN, no es solo parte de la formación sacerdotal que recibió durante su carrera. El mundo está ante un animal político puro que elimina cargas innecesarias porque entiende que los oropeles atentan contra la efectividad en el desempeño de su función, y que los brillos enturbian esa herramienta clave llamada lucidez.

—Tenemos que ir a buscar el reloj de papá porque mañana entregamos el departamento de Caballito —disparó mi mujer en el almuerzo. Para ser sincero, lo último que quería ese domingo era salir de casa y someterme a un viaje con destino de depresión segura. A la copiosa lluvia invernal, se sumaba el punto de que me habían echado del trabajo (debería decir “desvinculado” pero no es mi estilo) y estaba tratando de empezar un negocio propio con algunos clientes que me acompañaban en la patriada. Después de tener oficinas en Puerto Madero y viajar en primera clase a Miami cuatro veces al año o más, diseñar campañas desde la cocina de tu casa no es lo que se dice una experiencia estimulante para el ego. Por otra parte, ¿para qué quedarse con un reloj cucú que lleva cinco décadas sin funcionar? A la tristeza estructural que arrastraba en esa época desangelada debía sumarle aquel viaje dominguero a una casa vacía y triste donde colgaba ese reloj inútil que mi suegro, fallecido pocos días antes, nos había dejado a manera de herencia.

—Déjame un rato sola que me quiero despedir —ordenó mi mujer, y sin oponer objeciones partí a la calle solo, con el armatoste envuelto a las apuradas en un nylon agujereado que le quedaba corto de todas partes. El único estacionamiento disponible estaba a tres cuadras; por años había recorrido esa distancia una y otra vez en fiestas, cumpleaños, casamientos y vaya a saber cuántos eventos familiares, llevando piononos en Navidad y volviendo con las bandejas vacías, cargando carritos de bebé o pensando cómo le diría a Majo que su mamá tenía un cáncer terminal y estaba condenada. Pero ese domingo particular marcaba el fin de una etapa. Muerto mi suegro, la casa se había vendido y ya no tendríamos más celebraciones ni tragedias, por lo menos no las tendríamos ahí, en ese espacio donde se había criado toda mi familia política y constituía una suerte de nido que asfixiaba, contenía y daba refugio; todo al mismo tiempo, todo junto.

Anocheecía cuando encaré la avenida Rivadavia con el cucú en cuestión humedeciéndose bajo la lluvia y emitiendo unos ruidos raros, como de resortes metálicos rotos que golpeaban contra madera hueca.

¡Omar! gritaron de golpe. Intenté seguir caminando y ha-

cerme el distraído. Lo último que quería era encontrar a alguien ese domingo de miércoles.

—¡Bello! —insistieron con ganas y no me quedó otra que parar y ver quién era el personaje que estaba empeñado en emporar mi ya deprimente fin de semana.

—¿Qué haces por acá? —dijo un señor empapado igual que yo y me estampó un abrazo.

—¿Cómo estás, Bellito? —insistió.

—Bien, bien —contesté. Sabía que lo conocía de alguna parte pero no podía recordar de dónde.

—Veo que no te acordás. ¡No tenés la menor idea de quién soy! —comentó riéndose y sin mostrar fastidio o enojo ante mi evidente laguna.

—Cómo no voy a saber...

—No, no sabés. ¡No tenés la menor idea, hermano querido! Soy Julio Rimoldi, del Arzobispado...

En la Iglesia todo es lento y tortuoso, o eso parece ante las miradas extranjeras como la mía. Las reuniones mensuales en la Curia se fueron espaciando hasta su virtual extinción y el mentado consejo asesor de notables entró en una nebulosa que ni el carisma del cardenal Bergoglio logró remontar. Tampoco se desvivió por sostenerlo, debo admitir. Creo que en determinado momento se hartó de escucharnos hablar y pasaba a saludar solo por respeto (o por presión de Julio). A veces quedaba tildado, con la cabeza ladeada y una expresión de mal humor evidente de la que salía contando algún chiste malo que, como era costumbre, desataba la hilaridad impostada de los concurrentes.

Precariedad laboral mediante y frente a la necesidad de facturar, enterrar esas reuniones espaciadas y poner pies en polvorosa me costó bien poco. Mi primera aventura eclesial duró lo que un suspiro de monja. Cuando empecé de nuevo desde cero después del despido, lo último que pensé fue en el Arzobispado y sus ceremoniosas demandas de participación ad honorem: necesitaba menos honorem y mayor facturación concreta, fórmula que no parecía fácil de encontrar en la franciscana iglesia de Bergoglio. No voy a negar que algo de vergüenza también sentía, de decirles que los atendería cinco minutos en mis imponentes oficinas de

Puerto Madero a ese encuentro callejero húmedo y con un cucú patético que se me escurría entre los brazos, resultaba evidente que mi existencia había dado un giro de 180 grados, aunque no precisamente hacia la gloria profesional y personal. Suponiendo que quisiera volver al cenáculo de notables que asesoraban a monseñor, ¿con qué cara los miraría ahora? Porque lo primero que me iban a preguntar era dónde tenía las oficinas nuevas, y estas estaban en un lugar de marketing dudoso en las altas esferas empresariales locales: el living de mi casa.

—Volvé con nosotros, Omar. El Cardenal y yo te necesitamos. No nos interesan las agencias de publicidad, nos importan las personas y queremos trabajar con Omar Bello.

Bastaba verme, reloj cucú en remojo incluido, para deducir lo mal que estaba en aquel entonces. Aunque la necesidad del cardenal me resultaba dudosa (intuición que corroboré más adelante), Julio sí parecía necesitar que volviera a ese consejo asesor que, según decía, desde mi partida había dejado de funcionar y permanecía en estado de coma irreversible.

Aquella noche dormí mal, a los problemas laborales que me quitaban el sueño se sumaba ese encuentro casual que hasta el más agnóstico de los mortales consideraría inquietante. ¿Alguien me estaba señalando algo? ¿Debía volver a la Iglesia? ¿Sería por ahí la cosa nomás? Todos planteos entendibles en el contexto de una cabeza quemada a fuerza de Clonazepam y antidepresivos varios. Voy a buscar el reloj cucú de mi suegro y me encuentro con la mano derecha del cardenal primado en plena avenida Rivadavia (ni siquiera vive cerca). Imposible no pensar en algún tipo de mensaje oculto o replantearse cuestiones ligadas al destino y sus jugarretas extravagantes. El ascensor tardaba unos segundos más o yo me demoraba en envolver el adefesio y nunca nos hubiéramos cruzado.

Creo que ese día nació mi vínculo con el actual Papa Francisco. Si lo anterior fue un tentempié profesional olvidable, lo que vino más tarde me permitió conocerlo de la mejor manera, sin el filtro de la admiración incondicional o esa cuota excesiva de religiosidad que te lleva a arrodillarte a sus pies por el simple hecho del cargo que ocupa o las alturas que alcanzó en la Iglesia. Lo que vi

fue un hombre sumergido en la cotidianidad del trabajo, especialmente el de la comunicación y el marketing, materia sobre la que todos creen saber y se sienten con derecho a opinar (él también). Después se sumaría la perspectiva periodística: fui el último en entrevistarle antes de que se convirtiera en Santo Padre, cuando ya había renunciado a su cargo y, según repetía sin que nadie le creyera, pensaba terminar sus días en el Hogar Sacerdotal, hospicio que recoge a muchos curas retirados y con escasos medios.

La anécdota del encuentro callejero sirve para encuadrar algunos hechos que ocurren alrededor del Papa Francisco y que a simple vista lucen emparentados con el misterio. Obvio que se podrían ignorar todas esas señales “místicas” y atribuir las a la más pura casualidad, aunque entonces deberíamos admitir que las casualidades que circundan a Francisco son interesantes y sugestivas. ¿Un ejemplo? Como dije, esa noche no pegué un ojo y me levanté temprano, los chicos y mi mujer todavía dormían. Fui a la cocina, preparé un mate y, como el diario no había llegado, me puse a hojear una revista. En eso andaba cuando descubro que estoy siendo acunado por un sonido nuevo. Al principio no le presté atención porque pensé que venía de afuera, pero enseguida comencé a registrar la casa en busca de un origen. El reloj cucú de mi suegro, ese que llevaba cincuenta años sin funcionar y había soportado una lluvia brava, comenzó a andar solito, marcaba cualquier horario, pero las agujas se movían con perfección admirable, lo mismo el péndulo dorado.

Semanas más tarde se lo llevé a un conocido relojero porteño, experto en piezas antiguas y raras. Según comentó, el traslado pudo haberlo activado. “A veces la gente se olvida de ellos, los deja colgados y vuelven a funcionar ni bien se los sacude un poco”, afirmó. Parecía una explicación atendible y lógica, claro que al salir me guiña un ojo y larga muy suelto de cuerpo: “Acá pasa todo el tiempo lo mismo. Estoy cansado de escuchar estas historias, creo que los relojes andan y dejan de andar cuando se les da la gana. Llevo toda la vida en esto y para mí sigue siendo un gran misterio”.

CAPÍTULO 3

EL ÚLTIMO DÍA

—¿Qué sentiste cuando anunciaron que Bergoglio era Papa? —pregunté.

—Fue una emoción enorme. No sé por qué los últimos días tenía el nombre de Jorge en la cabeza. Claro que no lo pensás...

—¿Te parece que se lo imaginaba?

—Esta vuelta no, te aseguro que no... Bueno, supongo que alguna idea podía tener...

El mismo ex colaborador de Bergoglio, pero con una botella de Etchart Privado encima, dos horas largas después:

—¡Qué jodido!, pensé ni bien lo vi ahí.... Tanto jorobar con que no quería ser Papa, que se iba a misionar no sé dónde, y lo veo salir contento como perro con dos colas, diciendo: “Vengo del fin del mundo”. ¿Sabés qué? Creo que el viejo la tenía muy clara desde que cerró la puerta y nos dejó en banda...

—¡Che!, ¿no era que te había emocionado y que no se la veía venir?

—Sí..., bueno, puede ser. La verdad es que no sé...

La imagen de Francisco abandonando el país con esa pequeña valija donde caben todas sus pertenencias terrenales, pasajes de avión en clase turista y la convicción de una vuelta segura, ya es un mito que pide pista en los libros de historia. Claro que resulta bastante inexacta. Desde mediados de 2012 Jorge Bergoglio aumentó sus comunicaciones con la Santa Sede, y los últimos días antes de su partida fueron muy activos, desde charlas con periodistas italianos hasta contactos en las más altas esferas de la Iglesia, hubo de todo y para todos los gustos. En ese contexto de actividad febril incluso su enojo por tener que adelantar el viaje (no podía faltar a la “despedida” de Benedicto XVI) entra en el territorio de la sospecha. ¿De verdad se molestó cuando le dijeron: “Vos no podés faltar”?

Quienes conocemos al Papa no podemos más que descreer de su abierto apoyo al arzobispo de Boston, Sean O'Malley (uno de los papables), respaldo sin matices que, off the record, evidenció ante varios hombres de prensa en las horas previas al Cónclave que lo proclamó rey de la Iglesia Católica. O'Malley es un prócer que encaró como ninguno el tema pedofilia y por antecedentes bien podría haber accedido al trono de San Pedro. Su carrera tiene puntos de contacto con Francisco y una edad (68 años) perfecta en términos de vida útil. El único y gran problema radica en la nacionalidad. Si hay algo que la intuición del ex cardenal primado argentino no pudo ignorar es que la Iglesia jamás entronizaría a un yanqui. Con el grueso de los católicos residiendo en países latinos que despotrican contra la soberbia del imperio norteamericano, someterlos al tutelaje de un patrono que habla con acento gringo es lo más parecido al suicidio. Cualquiera que haya conversado al menos una vez con Bergoglio sabe que jamás cometería el error de jugarse por esa ecuación desafortunada. La pregunta es: ¿por qué lo hizo?

Que a Francisco le gusta el poder y sabe cómo manejarlo dista de ser una novedad. Por ejemplo, durante la finalización de su mandato en Buenos Aires no solo esquivó el nombramiento de obispo coadjutor (su sucesor), sino que jugó a las escondidas con los distintos candidatos en danza. Guareciéndose a la sombra del relativo "soy apenas una opinión más", lo que a todas luces dista de ser verdad en la jerarquía eclesiástica, el actual Papa preservó las riendas de la Iglesia Católica criolla sin ceder un tranco. Mientras los cardenales primados en retirada que nombran obispo coadjutor contemplan su propia decadencia al ver cómo la tropa se alinea detrás del nuevo jefe y lo condena al olvido, Bergoglio llegó al Vaticano virgen de toda degradación y con su capital político intacto. Se decía que le quedaba un año más de gobierno (raro que la Iglesia cambie en contexto de elecciones legislativas), y por lo visto no estaba dispuesto a transitarlo cual jubilado que ve pasar las decisiones frente a sus narices al tiempo que prepara su reposo del guerrero en el Hogar Sacerdotal.

La pregunta del millón es: ¿se pensó Papa? Más aun, ¿por eso quiso mantener el poder? Aunque implicaba una falta de respeto, varios de quienes lo visitábamos seguido le sugeríamos que si Benedicto XVI partía de este mundo, él sería rey de la Iglesia Católica. Pero la onda expansiva papal comenzó a diluirse en 2011, cuando a la cercanía de su renuncia al cargo se sumó el tema de la edad en aumento: fanatismos aparte, monseñor se estaba poniendo viejo y sus chances de manejar la Santa Sede eran cada vez más remotas. Ahora y con el diario del lunes impreso, creo que todos nos equivocamos al momento de evaluar el significado de la renuncia del Papa emérito, todos menos Jorge Bergoglio.

Francisco es hijo de la inédita renuncia papal. Sin ese gesto previo es probable que la llegada al trono de un papa americano hubiese demorado varios años, y que Bergoglio acabara sus días en Flores, buscando algún tipo de atajo a la santidad. Por el peso que tenía dentro de la Iglesia, seguro le terminaban ofreciendo un cargo alto en el Vaticano. Pero dudo que aceptara el convite ya que su personalidad está formateada para jugar a todo o nada, y meterse en semejante burocracia a través de la ventana no representa su estilo de conducción; otra cosa es calzarse la corona y domesticar esa monarquía absoluta desde lo más alto y con los recursos bien guardados en un puño.

Comparado con otros cardenales papables, Bergoglio no conocía al detalle los pasillos vaticanos, peor todavía, en cierta forma era un outsider de la organización que hoy dirige; fue justamente esa distancia lo que le permitió llegar al lugar que ocupa. Igual que él y su negación a nombrar obispo coadjutor, Benedicto XVI no renunció para perder poder sino todo lo contrario. Acosado por las fuerzas conservadoras de la estructura eclesial, Ratzinger sabía que en breve se convertiría en algo parecido a un vegetal y sería cooptado por sus enemigos, quienes, aprovechando esos problemas de salud crecientes, organizarían la sucesión montándose sobre los restos del papa cadavérico. Al correrse y generar un hecho histórico, Benedicto logró influir en ese proceso de sucesión que de otra forma hubiera soportado un prolongado y peligroso período de

cocción sazonado por sus detractores, período que, entre otras cosas, dejaba fuera de juego al actual Papa Francisco.

Bergoglio entendió algo que el resto del mundo, pasmado por la impactante noticia de una dimisión papal, ni siquiera visualizó. Frente a la muerte de Benedicto XVI, sus chances de llegar a Papa hubieran resultado prácticamente nulas. Con esa renuncia, la situación volvía a fojas cero, es decir a 2005. El proceso agónico, los grandes funerales posteriores, todo ese aparato construido con el fin de que los cardenales transen y ganen tiempo, hubiera servido para fortalecer las alianzas existentes y clausurar las ya inescrutables puertas vaticanas. Pero al correrse de golpe, Benedicto XVI generó un oleaje que como buen pescador Francisco supo aprovechar. El río revuelto por Ratzinger le dejó el papado servido en bandeja. O casi.

—A veces no entiendo nuestra Iglesia... Todos dicen que Jorge no quería ser Papa y fue una máquina de operar —me comentó un sacerdote que lo conoce bien.

—¿Está mal? —le pregunté.

—No, mal no está, pero los últimos días hizo un circo... Que estaba cansado, que no quería viajar, que encima le dijeron que no podía faltar a la despedida de Benedicto. Me decía eso y yo sabía que hablaba con medio mundo y operaba a lo loco. Bueno, ese es Jorge...

En ese contexto favorable, Bergoglio empezó a trabajar en las sombras. Con los obispos esperando ser nombrados en la curia porteña y con el gobierno “durmiendo” sin evaluar sus chances concretas de alzarse con un triunfo, el frente interno permanecería anestesiado. Lejos de cualquier devaneo papal, los popes de la iglesia criolla seguirían preocupados por su futuro cercano y, distraído por otras cuestiones, el kirchnerismo no gastaría energías en campañas sucias relacionadas a la conducta del Papa durante la dictadura de los setenta, acciones destructivas que por otra parte ya creían bien instaladas en la cúpula vaticana, y a las que le atribuían un efecto residual que resultó inexistente. Así las cosas, el ex cardenal tenía un único tema por controlar: distraer a la curia romana posicionándose en el “lugar justo”, y ese lugar justo fue el rol de Kingmaker

(hacedor de reyes) papal.

Dado su linaje papable nadie hubiera creído en un Bergoglio que llegaba a Roma con el objetivo de pasar desapercibido y ocupar un rol secundario en la elección. El juego del jesuita desinteresado en los cargos que había funcionado tan bien en 2005, esta vuelta resultaría poco creíble y levantaría sospechas en los cardenales votantes. Por tal motivo, decidió mostrarse hiperactivo aunque con una vuelta estratégica brillante: comenzó a jugar a favor del prestigioso Sean O’Malley. El brazo italiano que después de décadas buscaba retomar el poder en la Santa Sede tenía así dos puntos en contra; uno lo vieron enseguida pero el otro no. ¿Cuál fue más evidente? La renuncia de Benedicto XVI los había dejado mal parados delante del planeta entero y necesitaban aire para recomponerse. ¿El menos visible? Con Sean O’Malley, Bergoglio estaba señalando a un grupo aparentemente inofensivo en términos electorales (Yankee go home) pero de un enorme valor simbólico si se lo mira desde el lugar del “camino a seguir”.

Sin poder decir “La Iglesia me necesita a mí”, Francisco dirigió los misiles hacia su versión americana. Obvio que en un momento debía jugarse y lo hizo. Su discurso en el pre Cónclave, espacio en el que los cardenales señalan hacia dónde debe ir la Iglesia, fue el más aplaudido, lejos. Lo demás sería cuestión de tiempo y algo de buena suerte. Ya dentro del Cónclave y con la onda reformista instalada, la máquina del tiempo retrocedió hasta 2005 y eligieron a la versión latina de O’Malley, o sea, nuestro cardenal primado. Un porqué clarísimo y contundente. A caballo de ese disparo lejano que significó el apoyo a los yanquis, logró distraer al grueso de la fuerza europea y doblegarla. El conservadurismo y la realidad de la Iglesia Católica, poco amante del inglés y su acento imperiaalista, harían el resto.

Las volteretas estratégicas, algunas de claro corte maquiavélico, son un sello en la cotidianidad de Francisco. Sus colaboradores cercanos las conocen, disfrutan y sufren. Como los grandes deportistas, no necesita esforzarse para meter un gol imposible o romper récords históricos: las “maravillas” le

brotan de manera espontánea y natural. Semejante don a la hora de manipular personas o situaciones genera en los demás sentimientos ambivalentes. Están quienes lo aman por su habilidad para resolver problemas apelando a esos refinamientos, y quienes piensan que entre su imagen pública de santo transparente y esos movimientos intrincados que digita tras los muros hay una distancia insalvable.

—Vos lo odiás —le dije un día a uno de sus colaboradores.

—No, no lo odio; al contrario, lo quiero mucho. Pero el tipo me manipuló por años, casi me manda al cementerio.

—¿Cómo te manipuló? ¿En qué?

—Con los afectos. El tipo te manipula con los afectos. Vos lo considerás tu papá y se deja, te sigue el juego. Claro que a la hora de los bifos no te perdona, hacés algo que no le gusta y no te perdona...

—¡Es un jodido, entonces!

—¡No! No es un jodido. A mí me ayudó un montón, pero te manipula...

Un ítem más a considerar es que se puede ser “víctima” de sus manejos sin percibirlo, incluso quedar pegado en su telaraña creyendo todo lo contrario.

Pepe Di Paola es el más conocido de los curas villeros argentinos. Por combatir el narcotráfico dentro de la Villa 31 fue amenazado de muerte y estuvo a punto de terminar en un zanjón. Dentro de la Iglesia aseguran que ahí, en la calle y sin jerarquías, están los mejores sacerdotes del lote, y que a medida que se asciende en la jerarquía, la cosa empeora. “Necesitás un baño de Pepe”, dicen medio en serio y medio en broma después de varias reuniones seguidas con obispos que ocupan cargos destacados en la organización más antigua del mundo.

Si no fuera por Bergoglio y sus habilidades políticas, Pepe ya estaría muerto. Le bastó nombrarlo en una de sus homilias para que la situación se normalizara y la vida del cura villero quedara a buen resguardo. Se diría que lo adoptó como hijo. Hasta acá el cuento de hadas moderno y religioso que repiten casi todos los argentinos y la idea que Pepe tiene de Francisco: un padre salvador. Pero la relación entre ambos encierra

su intrahistoria, matices que solo unos pocos conocen. Pepe es un idealista que ni bien se sintió protegido por el cardenal decidió apostar a todo o nada intentando crear un centro para chicos y jóvenes en estado de indefensión, un espacio que le permitiera rescatarlos de la calle. Son varios los testigos que por esos días vieron a Francisco muy molesto con la idea, no preocupado, molesto en serio y hasta enojado con Pepe y su proyecto de Hogar. Idealismo aparte, la practicidad de Bergoglio le permitía ver que en el mundo actual asociar niños y curas no es buena idea, y eso a pesar de su enorme confianza en Di Paola. Al mismo tiempo, quitarle su apoyo en la patriada resultaba políticamente incorrecto y podía victimizar al curita en ascenso mediático. ¿Qué hizo? De nuevo su visceral habilidad política: decidió apoyarlo a su manera conectándolo con Roma para buscar permiso y fondos, sabiendo de antemano que la precariedad de Pepe naufragaría ante esos monstruos de las finanzas y la politiquería vaticanas, y lo devolvería a casa con la consistencia de un pollito mojado.

Bergoglio sabe muy bien cómo conseguir fondos romanos porque transitó varias veces el burocrático y complejo proceso que supone la patriada, especialmente cuando de proyectos relacionados a los niños se trata; no hay posibilidad alguna de que confundiera el manejo de las formas y sus vericuetos diplomáticos. Logró exactamente lo que quería sin pagar el enorme costo de decir “no”.

Si hasta ahí ya alcanza para colgar la movida papal en el Louvre de la manipulación emocional, lo que vino más tarde eleva en mucho el precio de la obra. Devastado por la patética experiencia vaticana, Pepe le comunicó al entonces cardenal que por el momento dejaría a un lado la idea del Hogar. “¿Por qué?!” preguntó Bergoglio actuando sorpresa, y le ofreció interceder en persona ante las autoridades romanas. Cansado y después de haber atravesado esa aventura desalentadora, el mismo Pepe prefirió dar un paso al costado y mandar a dormir un rato su idea. ¿Resultado? Pasó una larga temporada en el interior del país.

Según con quién se hable dentro de la Curia, algunos enten-

derán el episodio Pepe como un punto alto y refinado en el largo proceso de la compleja enseñanza clerical, mientras que otros dirán estar frente a la reencarnación misma de Maquiavelo y sus discutibles artes. Esta suerte de ambigüedad en las relaciones interpersonales se presentará a lo largo de toda la carrera sacerdotal de Francisco, incluso la polémica acerca de su actuación durante la última dictadura militar podría entenderse en esos términos aceitosos que habilitan dobles lecturas muy marcadas. Alguien que salvó puede sentirse traicionado y viceversa. Siendo provincial de la Compañía de Jesús en Argentina, ¿ayudó o perjudicó a Orlando Yorio y Francisco Jalics (los sacerdotes secuestrados en la dictadura)? Se lo pregunté personalmente a fines de 2012 y me remitió al libro “El Jesuita” aduciendo que no tenía nada más para aclarar y que tampoco podía obligarme a que le creyera (ni a mí ni a nadie). Sus enemigos tienen cientos de ejemplos parecidos al de Pepe para apoyar la hipótesis de algún tipo de intervención viscosa del Papa Francisco en el asunto, sus amigos también, aunque las usan de manera diferente. Lo cierto es que “El Jesuita” no es, como se difundió en los medios, un libro escrito casi contra la voluntad de Bergoglio, sino una herramienta estratégica bien planificada con el fin de blanquear, entre otras cosas menos trascendentes, el oscuro episodio del secuestro de los sacerdotes jesuitas en la década del setenta. Su preparación y salida al mercado fue lo más parecido a un secreto de estado vaticano, de hecho fui uno de los primeros en saber de su próxima salida pero no por boca del entonces Cardenal Primado, quien aseguraba no dar entrevistas al periodismo: me lo contó uno de sus asesores pasado de copas, hombre que después de esa infidencia letal caería en desgracia. Francisco perdona todo menos la traición de sus colaboradores cercanos.

—¡Hay que echarlo ya! —reclamó Bergoglio levantando la voz. Las paredes temblaron. —¡Ni un día más puede estar acá este tipo! ¿Entendieron?

Se refería a un empleado de la Curia que, según se dice comúnmente, se le había metido entre ceja y ceja.

—Me lo echa enseguida. ¿Entendido?

—Pero va a querer hablar con usted... —replicó uno de los ecónomos.

—Dije que lo eche ya. ¿En qué idioma hablo?

—Está bien, monseñor... Lo echamos enseguida.

“Promover para remover” es uno de los lemas no escritos más respetado de la Iglesia. Suena extraño pero alguien que se porta mal puede terminar en un puesto mejor, eso sí, muy alejado del lugar original donde cometió el pecado. Claro que a pesar del lema a veces es necesario echar gente, y en esos casos Bergoglio tampoco abandona sus mañas. Ya echado, el empleado en cuestión pidió una audiencia con el cardenal y se la concedió rápido, sin hacer preguntas.

—Pero yo no sabía nada, hijo. Me sorprendés... —aseguró el actual Papa cuando el “echado” le narró sus cuitas.

—¿Por qué te echaron? ¿Quién fue?

El hombre salió de las oficinas cardenalicias sin trabajo pero con un auto cero kilómetro de regalo, creyendo que Francisco era un santo empujado por circunstancias ajenas a su control, dominado por una caterva de asistentes maliciosos. La historia de ese despido es repetida hasta por los encargados de seguridad de la Curia porteña.

En ocasiones, esa viscosidad estratégica se hace visible y uno es invitado a formar parte del juego clerical. A fines de 2012, ya con Bergoglio retirado y sabiendo que lo conocía personalmente, la editorial Perfil me pidió una semblanza del actual Papa. La idea original era entrevistarlo, pero los desalenté asegurándoles que más allá de “El Jesuita” y alguna otra excepción a la regla prefería evitar al periodismo, en realidad le habían hecho una sola entrevista periodística en toda su vida. Cuando llamé para avisarle que escribiría una nota sobre él, grande fue mi sorpresa al descubrir que no solo me daba la nota sino que hacía un espacio en su agenda con asombrosa celeridad, algo prácticamente imposible para un hombre público por cuyas oficinas desfila gente importante todos los días.

Vamos a hacer una cosa —dijo por teléfono.

Lo que quiera Monseñor...

Usted viene, me entrevista pero no le dice a nadie que lo

hizo, o sea, escribe su nota sin contarle a Perfil que me entrevistó, la escribe como impresiones suyas. ¿Entendido? Si le doy una entrevista a usted después vienen todos...

Ni bien llegué y agradecí su deferencia largó: "No es una deferencia. Yo lo leo... Y la verdad prefiero que nos veamos cara a cara". La última nota de Francisco antes de convertirse en Papa, dos horas y media de entrevista personal, se convirtió en "impresiones" del filósofo y publicista Omar Bello sobre el cardenal retirado; otra vez su preferencia por los caminos intrincados.

Ahora bien, más allá de la humorada sobre leerme y conocer mis intenciones, las razones que habilitaron aquella última entrevista hoy histórica son bastante complejas. Conociéndonos mucho y todo, yo no formaba parte del círculo íntimo del cardenal ni respondía a las características del periodista católico apostólico romano que por creencias, conexiones o compromisos, constituye un reaseguro a la hora de escribir sobre la Iglesia y sus miembros. Las circunstancias que cruzaron nuestros universos fueron fortuitas y misteriosas. Yo era un extraño que se había infiltrado en su universo y conocía como pocos los pasillos del Arzobispado, especialmente a través de sus colaboradores cercanos que, acostumbrados al almidón de las conversaciones eclesiológicas, soltaban la lengua frente al desparpajo de un publicitario devenido en periodista de medio tiempo sin demasiados compromisos con aquella institución milenaria que por un lado les había dado todo, y por otro los asfixiaba con sus manejos monárquicos. Aunque nos habíamos conocido por años, Francisco usó esa entrevista para medirme. De pronto yo no era solo uno de esos empresarios que lo ayudaban o le entregaban donaciones a cambio de una foto, sino que me había convertido en un testigo privilegiado de su privacidad sin ser íntimo, y encima escribía para una de las revistas más polémicas del país (NOTICIAS).

La simple idea de imaginar a su colaborador más íntimo borracho, contándome secretos arzobispales debe haberlo desconcertado. Los extranjeros nunca llegan tan lejos ni terminan involucrados con intensidad en asuntos que hacen a la vida

diaria de la Iglesia, trapos que no son ventilados fuera de casa ni ante los invitados ocasionales. Con Bergoglio convertido en Papa, todos me preguntan cómo fue aquella entrevista privilegiada y larga en la que habló de todo. El encuentro tuvo dos niveles bien diferenciados. Primero la charla en sí, con un ex cardenal sabiéndose bajo la lupa de aquel entrevistador poco profesional (no estudié periodismo) pero sin el salvavidas de la religión o el respeto a los cargos jerárquicos eclesiológicos, manto que convierte a los hombres de prensa de la iglesia en admiradores o esclavos; segundo, su recorrido felino y amenazante alrededor de mi persona.

Desde el punto de vista físico, Francisco es menudo y yo, además de medir un metro ochenta, peso más de ciento veinte kilos. Sentados como estábamos a menos de un metro de distancia podía percibir en primer plano su enorme carisma y cierto grado de peligrosidad. Aunque mi persona ocupaba casi todo el espacio, era él quien metía miedo, todo dentro de una corrección absoluta y con ese tono de voz dulce que ahora conoce el mundo. Resulta curioso porque jamás se movió de su silla y sin embargo lo recuerdo girando alrededor mío igual que un animal feroz dando la vuelta a su presa, olfateando el nivel de ferocidad del enemigo casual que le ponen adelante. Me encantaría decir que la "danza" duró mucho y que el encuentro creció en una catarata de chispazos, pero faltaría a la verdad. Enseguida entendí que si bajaba los niveles de competencia y exudaba cuotas de inferioridad aceptables, el jesuita más famoso de la Argentina perdería algo del respeto solapado que me tenía pero bajaría la guardia y entonces hablaría con fluidez. Así fue nomás: ese día Francisco dedujo que yo no era tan peligroso y me regaló una brillante entrevista, la única fuera del entorno que dio cuando todavía era un "ser humano". Fue el último de una larga cadena de favores que nos hicimos mutuamente, y que incluyó delirios tales como la desopilante visita a la reina internacional del juego.

CAPÍTULO 4

LA REINA DEL JUEGO

—¡Cuántos pelotudos más voy a tener que entrevistar para que el canal se ponga en marcha! —refunfuñó Bergoglio. La expresión suena poco cardenalicia pero está justificada. Desubicada, rodeada por una congregación de corruptos y haciendo alarde de ciudadanía americana cuando su acento venezolano resultaba inconfundible, la reina del juego de azar latinoamericano era el último personaje que monseñor estaba dispuesto a soportar. Para colmo de males hablaba tanto que ni pudo amonestarla por el negocio impresentable que regenteaba. “Vengo a blanquear el rubro”, aseguraba con orgullo mientras tiraba nombres como Barak Obama, de quien se decía amiga personal y consejera. Después descubriríamos que limitó el blanqueo a sus caribeños dientes. A pesar de sus alardes corporativos, la gestión de “su majestad” se limitó a enmascarar chanchullos varios que, ocultos tras el manto de empresa seria, se multiplicaban al amparo de sus coloridas polleras.

“¡Conocí al Papa!”, empezó a gritar la reina desde su exilio mexicano ni bien se develó el misterio de la fumata blanca en Roma. Incorrecta en todos los sentidos posibles aunque católica devota en extremo, la enemiga número uno del difunto Chávez (al menos eso creía ella) me debía una de las emociones más grandes de su existencia: haberse reunido con el cardenal a solas en Buenos Aires. Claro que para ese entonces ya estábamos peleados, ni siquiera cruzábamos palabra y los directores de la multinacional que dirigía, cansados de sus excentricidades, la habían mandado a las tierras de Cantinflas con el fin de otorgarle una jubilación elegante que abonara los secretos que guardaba. Porque si madame bingo abría la boca, varias personas, entre ellos conocidos políticos criollos, estarían en serios problemas.

Los pliegues del negocio publicitario son casi tan misteriosos

como la religión y sus leyendas negras de secretos y mensajes ocultos que tantos libros venden y películas inspiran. Algunas pocas veces se ganan clientes aplaudiendo al talento creativo, pero el grueso de las oportunidades cae por cuestiones ligadas a la amistad, el tramado político o la corrupción. De hecho, cuando llegan a manejar grandes empresas de publicidad, los creativos ya no están en su mejor momento; parecido a protagonizar films justo en el período donde los papeles interesantes quedaron atrás, y lo que ofrecen son producciones en serie. La gente de marketing, encargada de contratar a las agencias, es lenta a la hora de incorporar nuevos nombres y rápida en la sencilla tarea de arruinarlos con trabajos que liman el genio de raíz. Compran miradas frescas y las echan a perder al maridarlas con las exigencias de un jabón en polvo cuya estrategia, siempre relacionada al blanco y sus virtudes para el ama de casa fregona, fue pautada de antemano en algún país del Primer Mundo.

Menos acostarme con el cliente, sacrificio que al aumentar treinta kilos hace rato nadie me demanda, ya había cumplido con todas las "normas" que hacen a la conquista de un nuevo negocio. Sin embargo, y a pesar de que estaba muy cerca del objetivo, siempre faltaba algo, y otro amenazaba con ocupar mi puesto en las filas de tiburones hambrientos de bingos. Tan duros están los tiempos, que el empresariado local, además de pedir retorno, se da el lujo de exigir excentricidades dignas de remuneraciones más altas. En los ochenta demandaban prostitutas vip, pero estaban dispuestos a pagarlas. En esas etapas previas de enamoramiento (es un decir) estábamos con la empresa de bingos cuando mi contacto, suerte de asistente todo terreno de la tiránica reina en cuestión, ve la presentación de agencia y se excita.

—¿Conocés al cardenal Bergoglio? —preguntó asombrado.

—Sí, sí, tenemos la cuenta del Canal 21.

—Mirá, Bello, la vieja es lo más parecido a un asesino serial, pero chupacirios al mango. ¿Le podremos conseguir una entrevista con Bergoglio?

—¿Entrevista? Mirá, no sé... No creo que al cardenal le inte-

rese reunirse con una mujer que regentea bingos... La Iglesia está en contra del tema, es uno de sus demonios más perseguidos.

—Justamente por eso. Mirá, Omar, avisos hace cualquiera, pero contacto con el cardenal solo tenés vos.

—Pero...

—Si conseguís una reunión privada para la "javie" la cuenta es tuya.

Me descolocó: en los años que llevaba mostrando la cartera de clientes -rito típico de nuestra profesión, donde ponemos toda la "carne al asador"- nadie había reparado en el 21, el canal del Arzobispado que me tenía por asesor ad honorem desde 2005. Pero esta vez, el pequeño medio de la Iglesia Católica parecía la llave maestra que conducía al éxito.

Hubiera preferido que me pidiera el doble de comisión por sus servicios de "asesoría": lo de juntar al cardenal primado y la reina del juego iberoamericano parecía imposible y peligroso, en especial porque la Iglesia venía sacando informes contra los bingos en todos los idiomas y medios existentes. Aferrándome a esa tontería que asegura "el no ya lo tenés", corrí a la Curia y, casi temblando, expresé mis necesidades diplomáticas en relación con el cardenal, y hasta les prometí un suculenta donación de la que nunca nadie me había hablado, ni siquiera la reina, y eso que solía mentir con la repartición masiva de billetes para obras de caridad que jamás se concretaban o quedaban perdidos en los bolsillos del equipo que comandaba.

—Por el lado de la donación no vayas —me sugirieron con criterio—. Pidámosle un favor y veamos qué pasa...

Si frente a Francisco podía mostrarme tal cual era sin fingir personalidad de misa diaria ni regalar estampitas, ante la reina del juego no quedaba otra que disfrazarse de diácono. La señora podía desplegar sus conductas cuasi mafiosas, esconderlas tras un manto de empresa multinacional preocupada por la gente, y hasta pactar con lo peor de la política criolla a la hora de lanzar bingos y casinos; eso sí, todos los días concurría a la iglesia más cercana y lavaba sus culpas sentándose bien cerca del cura, acompañada por su fiel servidora -casi una

esclava- importada de algún país centroamericano, y su secretaria argentina, una “señora bien” venida a menos que, según decían puertas adentro de la empresa, en las horas libres hacia las veces de novia constante.

Una de las ventajas de gobernar la Iglesia Católica es la posibilidad de reunirse con el mismísimo diablo apelando al argumento de la conversión, o si quieren algo menos comprometido, amparándose en la idea de que una palabra sanadora o la posibilidad de comunicarse no se le niegan a nadie. Lo que para mí representaba un riesgo enorme (Bergoglio reuniéndose con la reina del juego), para el cardenal era apenas una reunión aburrida más de las tantas que tenía a diario. En caso de que la prensa se enterara del inverosímil encuentro, podía decir que los portones del Arzobispado permanecían siempre abiertos y quedar como un hombre amplio, capaz de conversar incluso con sus enemigos acérrimos. Pero en ese entonces, acuciado por la necesidad de ganar aquella cuenta como estaba, cuando me dijeron que Bergoglio por fin le daría a la señora una audiencia privada, caí en una especie de ataque místico inflado por el agradecimiento extremo, y hasta le recé a San José, el santo preferido del cardenal. También seguí trabajando gratis varios años, de más está decir.

No obstante la apertura, me pidieron que su majestad evitara hablar del negocio que regenteaba delante del cardenal, y que tuviera paciencia en caso de que la “retaran” por arruinar la vida de los pobres con maquinitas tragamonedas y otros inventos diabólicos por el estilo. Tendría 15 minutos y debería ser recatada en sus comentarios y opiniones mundanas.

—¿Qué te pasó? —pregunté, aunque sabía bien por qué lucía “arrasada”, ya que me habían pasado los chismes al llegar.

—Tremendo, chico. Me operaron de la nariz porque tengo una sinusitis que no se me va...

—¿Te duele?

—Ahora menos, pero a la noche la pasé bastante mal.

—Hasta la sinusitis te hace más linda... —cerré con ironía. Ni por todo el oro del mundo perdía esa oportunidad de punzarla.

La reina se había sometido a un lifting corajudo y el tamaño del vendaje la convertía en una versión caribeña de Carmen Miranda. Amplio y todo, el Cardenal no iba a modificar su agenda por una simple “sinusitis”. Entusiasmada por el encuentro, la reina acomodó su cara como pudo y terminamos frente a Bergoglio en la fecha justa. Corporizando todas las leyes de Murphy juntas, la ilustre visitante empezó a hablar de juego responsable y otras mentirillas por el estilo. Encima, atiborró las manos de monseñor con libros y folletos sobre el particular, donde se aseguraba que a diferencia de las otras, su empresa no era diabólica ni lucraba con la desesperación ajena. En pocos segundos, la mujer había transformado a uno de los líderes del catolicismo mundial en una suerte de equoco listo para promocionar Las Vegas y sus virtudes terrenales.

—¿Qué emoción verlo, monseñor! Nuestra empresa tiene programas para contener a los jugadores ludópatas...

—Bueno, bueno... —arrancó Bergoglio y respiró hondo.

—Para nosotros la aprobación de la Iglesia es fundamental. ¡Si todas las capillas tienen bingo! ¿No?

Mientras sostenía esa montaña de papeles, monseñor trataba de contenerse y nos miraba feo. Quien más sufría era Julio Rimoldi, hombre que había posibilitado aquel encuentro bizarro por gratitud a mi esfuerzo en el consejo asesor.

—Para mí, el Papa debió ser usted. No tengo ninguna duda de eso —largó mi futura clienta en un arranque de desubicación más grave que el primero.

—Bueno... —insistió el cardenal. Pero no pudo terminar la frase porque la reina se puso a llorar de la emoción.

En determinado momento y mientras la mujer se deshacía en alabanzas, sentí que la respiración de Bergoglio adquiría un tono áspero que no parecía provenir de su único pulmón sino de una indignación contenida que se detuvo al ver mi cara de terror, y de una proverbial rapidez de reflejos exhibida por Julio que terminó despojándolo de esos folletos que promocionaban las ventajas de jugarse la vida en los bingos. Dado que la reina hablaba sola y se escuchaba a sí misma, nunca registró que, más allá de algunas palabras de ocasión, el cardenal per-

maneció callado a lo largo de todo el encuentro, con la cabeza ladeada y su mirada perdida. Fue al terminar ese encuentro cuando mencionó a los “pelotudos” que debía fumarse en aras del canal. Igual, frente a su majestad se mantuvo estoico, y salvo por su cara ligeramente torcida —signo inconfundible de que no aguantaba más, un gesto solo conocido por sus íntimos—, dejó que las cosas fluyeran. Al final ella le regaló un libro sobre las ventajas de la seriedad en la industria del juego, obsequio desubicado que monseñor, como era de esperar, evacuó rápido.

Encuentro con el futuro Papa y todo, acceder a la cuenta de bingos me costó dos grandes desafíos más, como si estuviera concursando en un programa de tele. El primero fue una pomposa misa por la muerte de uno de los socios originales de la empresa de juego en cuestión. Parece que el muerto, despojado de todo por el actual dueño gracias a una supuesta maniobra fraudulenta con las acciones, había caído en una profunda depresión que derivó en infarto. Eso sí, una vez fallecido, a los victimarios no se les ocurrió mejor idea que homenajearlo con una celebración mortuoria a todo trapo, de esas que todavía se ven en España y algunos países de Latinoamérica.

A pesar de permanecer casi mudo y expresar cierto nivel de molestia, Bergoglio hizo con la reina del juego lo mismo que en todas sus audiencias: convencer al otro de que entre ambos está naciendo una gran amistad, y que pronto estarán compartiendo charlas íntimas sobre teología. Recostada en esa creencia, la señora de las tragamonedas llamó a su contacto con Dios; o sea, a mí.

—Mira, Omar. Tengo que organizar una misa en memoria de un gran amigo. Me gustaría que fuera en la Catedral, oficiada por Monseñor. Luego te pasaré las canciones que quiero para el coro. Por supuesto que correremos con los gastos y dejaremos un suculento donativo. Ah, no olvides llamar a un camarógrafo, necesito que todo sea filmado porque mandaré el material a Europa.

Las piernas me temblaban. “¿Cómo salgo de ésta?”, pensé.

—Mirá, acá ya no se usan mucho estas misas, pasaron de

moda. Somos discretos y preferimos la sobriedad...

—Ah, entiendo. Pero será algo sobrio... Tú me ayudarás a organizarlo. En una semana se cumple un mes de la muerte y lo haremos en esa fecha. Después te paso el cancionero. Besos...

Esta vez esquivamos un problema evitando molestar al Cardenal (su paciencia tiene límites), y conseguimos un cura que se prestó al circo por amistad, no en la Catedral, por supuesto, pero nos ofreció El Socorro, templo tradicional de Buenos Aires.

El espectáculo de doscientos rostros sospechosos de una de las industrias más sucias del mundo, trajeados y con cara de circunstancia asistiendo a esa misa barroca llena de música clásica, comandada por un sacerdote que no sabía ni quién era el muerto ni cómo rescatarlo de los infiernos que seguro habitaba, fue uno de los puntos más bajos de mi vida profesional. Y marca hasta dónde podemos llegar los publicitarios a la hora de buscar clientes. Claro que la última jugada religiosa, esa que me dio la cuenta, fue más compleja todavía y estuvo rodeada de misterio; al día de hoy no le encuentro explicación lógica.

La reina del juego tenía por obsesión conseguir una réplica de la Virgen de Luján, patrona de los argentinos. A simple vista y comparado con la audiencia cardenalicia, el deseo parecía fácil de cumplir. Sin embargo, había un problema. Mientras una imagen común de la Virgen puede comprarse en cualquier santería, las réplicas originales, sacadas de los dos únicos moldes que existen en la Argentina, son costosas (1.000 dólares) y solo se entregan por orden de un obispo que generalmente se las regala a primeros mandatarios o personalidades importantes del mundo.

—¡Cómo! —pataleó Bergoglio el día que le transmitieron mi nueva demanda—. ¡La Virgen de Luján quiere ahora!

Supongo que, empujado por las circunstancias, al final aprobó el delirio. Pero debíamos hacer la maniobra en secreto y sin que se enterara nadie.

Con la ayuda de un cómplice designado, llegamos hasta la

Basilica un lunes de invierno por la noche. Detrás de nosotros venía la reina con su chofer y la esclava centroamericana. Después de llevarla a una recorrida privilegiada por las entrañas desconocidas del templo, le obsequiamos la réplica bien resguardada en una caja de madera y vidrio. Estamos hablando de un objeto pesado, grande; varios kilos y medio metro generoso de altura, con piedras de calidad que imitan la joyería original y un porte que impresiona al más agnóstico. El chofer de la señora fue el encargado de depositarla en el baúl. Esa noche cenamos en casa. Lo misterioso vendría después.

El objetivo original de la reina era entronizar la réplica dentro de las lujosas oficinas que la empresa tiene en Buenos Aires.

—¿Te parece? —dudó un miembro de su equipo.

—¿Por qué no? —preguntó la reina.

—Mirá, no sé. Esto es una empresa de juegos... Además no todos son católicos. Mirá si nos hace un planteo el sindicato...

Fervorosa aunque lejos de ser tonta, la reina decidió llevar la Virgen a Miami, donde vivía, y depositarla en esas oficinas que, a diferencia de las porteñas, eran mínimas y tenían no más de cuatro asistentes tan fervorosos como ella.

Los dramas comenzaron en el aeropuerto cuando la reina trató de impedir que los empleados de migraciones “desnudaran” a la Virgen para revisarla (idéntico proceso se repitió en los Estados Unidos). De todas formas y una vez escaneada, lo primero que hizo al llegar fue llamar a un cura y dirigirse a su oficina réplica en mano (en mano de la esclava centroamericana, obvio).

En este punto conviene hacer un paréntesis. La Virgen de Luján llegó a Buenos Aires desde Brasil en el año 1630 por orden de un hacendado que quería entronizarla en su estancia de Santiago del Estero. En realidad fueron dos vírgenes las que arribaron al puerto con el objetivo de que el estanciero eligiera. Ya en suelo criollo, fueron transportadas en carreta hacia su destino final. Al tercer día de viaje, en los pagos de Luján, la caravana se detuvo y no hubo forma de hacerla avanzar. Vaciarón el carretón de bultos y los bueyes continuaron sin incon-

venientes. Así varias veces hasta que los lugareños abrieron una de las cajas y se toparon con la imagen de la Inmaculada Concepción. Parecía obvio: la Virgen quería quedarse ahí. Son casi cuatro siglos de veneración intensa (muchísimo en una nación con 200 años de historia) en los que la Virgen se convirtió en patrona y el lugar donde decidió aposentarse, centro de peregrinación nacional.

El mismo día de su arribo a los Estados Unidos, cura yanqui amigo, esclava, reina y Virgen de Luján avanzaron decididos por la calle Lincoln Road, pleno centro de Miami Beach. La movida de entronización pensada a manera de trámite emotivo duró nada menos que tres horas. Primero, el portero del edificio estaba enfermo y hubo que esperar la llegada del reemplazo, ya que era fin de semana y nadie encontraba las llaves, después se cortó la luz y el grupo electrógeno nunca arrancó; al final y cuando por fin pudieron atravesar las puertas sonaron todas las alarmas del lugar atrayendo a la policía, que ni bien llegó confundió al terceto religioso con usurpadores. Cansado de tanta vueltas y conocedor de la historia de nuestra Patrona, el sacerdote americano dijo:

—Me parece que la Virgen no quiere estar acá.

—¿Y por qué no querría? ¿Qué hay de malo?

—No podemos saberlo pero en una de esas es el tema del juego...

—¿Le parece, padre?

—En tu caso yo me la llevaría conmigo...

La reina aceptó el consejo y todos se trasladaron hasta su casa donde hoy reside para que ella y su esclava centroamericana le recen todas las mañanas.

—Gracias a vos se produjo un nuevo milagro —me comentó medio en serio, medio en broma, un obispo amigo—, en 400 años nadie había sometido a la Virgen a semejante estrés; en definitiva siempre tiene que elegir dónde quedarse...

A fines de 2012, cuando el entonces renunciado cardenal me concedió aquella entrevista exclusiva, lo primero que le dije al llegar fue:

—Padre, hace varios meses que ya no tengo la cuenta del

juego. Creo que no es conveniente involucrarse con ese tipo de negocios.

—Por fin, Bello —contestó mientras se le iluminaba la cara. —Esa señora me mandó una computadora con el sello de la empresa y no supe bien qué hacer. ¡Ni regalarla podía! Después le sacamos el sellito y fue a parar a la villa, a alguien que podía necesitarla mucho.

Era obvio que el futuro Papa no aprobaba esa relación, igual esquivó el rechazo directo y apostó a los caminos sinuosos que tan buen resultado le dan, especialmente desde que había sido nombrado obispo en 1992.

CAPÍTULO 5

REGLONES TORCIDOS

Antonio Quarracino, el cardenal primado que rescató a Bergoglio del ostracismo para convertirlo en su mano derecha y tenderle un puente de oro que lo depositó de cabeza en el Vaticano, pasó a la historia como una caricatura que escupía barbaridades a cada paso. Bergoglio se refirió a él con cariño durante la entrevista que me concedió:

—Pobre Antonio...

—Se dice que lo único bueno que hizo fue nombrarlo a usted obispo coadjutor. Porque la verdad es que se mandó sus buenas macanas...

—Creo que quedó lo peor de él, pero Quarracino fue un gran cardenal primado, siempre trataba de estar cerca de la gente y en ese sentido yo recogí el guante...

—La gente se lo toma a risa.

—Pobre Antonio.

Para la Iglesia Católica argentina, los años noventa fueron muy parecidos a esa etapa fugaz que muchos médicos llaman "mejoría de la muerte". Por un lado la era de golpear puertas y conseguir beneficios a fuerza de presión estaba llegando a su fin. Por otro, la amistad entre Antonio Quarracino, el cardenal primado que rescató a Bergoglio de una oscura iglesia cordobesa haciéndolo obispo, y el entonces presidente Carlos Saúl Menem, logró que desde el punto de vista económico se vivieran tiempos de gloria en el Arzobispado porteño.

Aunque la institución que presidía estaba perdiendo poder y prestigio, Quarracino enmascaró ese derrape detrás de una bonanza financiera que tapaba todos y cada uno de los agujeros de su gestión. Necesidad o capricho que tenía, Menem aparecía cual genio de la botella y cumplía sus deseos. En cierta forma, el predecesor de Francisco cayó en una trampa similar a la que el kirchnerismo diseñó para algunas organizaciones

de derechos humanos, es decir, cambiaron libertad de acción y pensamiento por poder económico. Carlos Menem quería una Iglesia domesticada y alcanzó su objetivo invirtiendo fuertes sumas que, como pasa ahora con esos líderes que mantuvieron su dignidad ante los asesinos de la dictadura para terminar humillados por el dinero oficial, desataron codicias y corrupciones varias dentro de la institución eclesiástica criolla. En aquel contexto y sabiéndose contaminado por el poder central, fue donde Quarracino recurrió a los servicios de Bergoglio.

Dado que Francisco pasó buena parte de los ochenta en una ignota iglesia cordobesa, confundirse resulta fácil. Incluso en la Curia están quienes no entienden ese movimiento del entonces cardenal primado a favor del jesuita más importante de nuestra era, y lo atribuyen a la intercesión del Espíritu Santo. "Dios escribe derecho sobre renglones torcidos", asegura el dicho y en el caso de la sociedad entre Quarracino y Bergoglio parece más válido que nunca.

¿Por qué un cardenal reaccionario rescató a ese ignoto sacerdote? A simple vista, entender se hace cuesta arriba. Antonio Quarracino, quien en plena década del noventa fue capaz de afirmar por televisión que los homosexuales debían ser confinados en un gueto especialmente diseñado para tal fin, posó su varita mágica sobre un cura de provincia moderado. Y para quienes gustan de rescatar el perfil retrógrado de Francisco basta con recordarles que alrededor del cardenal primado había personajes más experimentados en esas lides: monseñor Aguer es el mejor ejemplo. Comparado con él, Bergoglio parece un militante revolucionario.

La realidad es que Quarracino, quien había estado bastante cerca de los curas tercermundistas, conocía muy bien al Bergoglio de los setenta, ese que antes de exiliarse en Córdoba había llegado a provincial de la Congregación Jesuítica en tiempo récord (el cargo más alto), tenía brillantes dotes de administrador y cargaba sobre sus hombros unas cuantas polémicas.

Para buena parte de los jesuitas argentinos, el apellido Bergoglio es sinónimo de traición, y semejante sobrenombre no se forjó en sus supuestos contactos con la dictadura, sino que

nació a partir de su gestión como provincial durante el período 1973/1979. Francisco arrasó con el statu quo de la congregación hasta el punto que le arrancó la joya más preciada de la corona jesuítica. Así convirtió en sociedad civil la Universidad del Salvador (USAL), y se la entregó a un grupo de laicos, entre ellos a Francisco "Cacho" Piñón, militante de la agrupación Guardia de Hierro, a quien conocía más que bien.

Dentro de la Iglesia Católica, los procesos de desprendimiento suelen ser muy tortuosos. Ya sea que se trate de propiedades o casas de estudio, la idea enraizada es que no deben perderse ni entregarse a gente externa. Cualquier venta superior a los 300.000 dólares demanda aprobación vaticana, y si bien es cierto que a pesar de esas limitaciones se hicieron grandes negocios bajo cuerda, la tendencia lleva a preservar y acumular, nunca despojarse. Obvio que dentro de ese clima viciado donde los negocios se resuelven entre unos pocos que se conocen mucho, al final del camino las pérdidas pueden ser mayores, algunas veces por impericia o torpeza y otras porque se aprovecha la cerrazón para violar el sistema desde las entrañas mismas, amparándose en un tramado de complicidades muy rebuscado. Tanta es la desconfianza, que se dan paradojas notables: mientras los religiosos cambian de puesto y son sometidos a controles cruzados que definen el futuro de su carrera eclesiástica, varios de los civiles que lograron infiltrarse permanecen en sus puestos por décadas y se las ingenian para sortear los distintos movimientos sísmicos. Saben que además de temerle al cambio, los curas tienen compromisos que los llevan a no delatar a sus predecesores, y si el laico en cuestión estuvo metido en negociados, lo primero que pensarán antes de desenmascararlo es hasta qué punto queda enganchada la Iglesia y su antecesor en el cargo.

Por su experiencia y capacidad de acumular información, nadie audita mejor que la Iglesia, al mismo tiempo se trata de trabajos inútiles que suelen permanecer en secreto o ser utilizados a la hora de disciplinar a un colega que se hizo el vivo, suerte de as bajo la manga que casi nunca se efectiviza.

El mayor orgullo de una diócesis pasa por algo que erizaría

el pelaje de las empresas privadas (no así del Estado): tener solo tres ecónomos civiles a lo largo de una centuria, lo que se supone es signo de estabilidad, y hacerlos trabajar ad honorem, lo que se supone es correcto. El resultado de semejante creencia es la aparición de personajes que no cobran sueldo pero se hacen ricos manejando cuestiones que los sacerdotes esquivan o desconocen. De todas maneras, la imagen del laico que saquea al curita bueno resulta más conveniente que justa: hay sociedades laico/religiosas muy efectivas que generaron ricos en ambas partes. La debilidad del control externo también ayuda. Como el grueso de las fundaciones pero con más experiencia y años, la Iglesia Católica es bastante inmune a las miradas ajenas. Y es “arriba” donde se genera la mayor parte de los problemas.

Contra lo que se cree, el cura de barrio está muy expuesto y vive de la limosna que, al menos en la Argentina, sigue clavada hace años en un promedio de dos pesos semanales, algo así como 25 centavos de dólar. Cuando tienen que realizar obras y encarar colectas entre sus feligreses, esos sacerdotes barriales suelen estar desnudos frente a una comunidad que los controla y les exige resultados. Si bien es cierto que no todos los religiosos hacen voto de pobreza, el pueblo mira mal los excesos económicos, aunque a veces provengan de las propias familias acomodadas de los sacerdotes que ayudan o les compran un auto con el fin de que tengan mayor libertad de movimiento. Es difícil que un cura de pueblo maneje plata gruesa o la consiga.

Donde sí suele haber grandes terremotos es en las altas esferas. A mayor jerarquía eclesiástica, está mal visto que los donantes entreguen dinero con un fin específico. Mientras los curas de pueblo deben decir dónde va el dinero y para qué lo quieren, sus jefes reciben sumas que pueden usar a su leal saber y entender. Cualquier poderoso que le pida audiencia a un cardenal primado (es parecido con los obispos) sabrá que tarde o temprano deberá entregar algo a cambio, y hacerlo sin pedir explicaciones ni esperar rendición de cuentas. Las donaciones mejor recibidas son aquellas que se dan en silencio

y acompañadas de un “para lo que usted necesite, monseñor”. Tan arraigada está esa costumbre dentro del sistema, que si se pide plata para una obra específica se recibirán sumas chicas. Cuando hay capitostes eclesiásticos de por medio, las cantidades crecen. El método responde a una ley no escrita aunque conocida por todos los poderosos del planeta: incluso dentro de la Iglesia la plata sirve para comprar poder, y si uno quiere ganarse la confianza del monseñor de turno, el camino más corto pasa por confiar en su criterio sin ponerle trabas ni pedirle rendición de cuentas.

A lo largo de la historia y mientras la Iglesia Católica mantuvo un poderío absoluto, la cuestión económica fue el eje de todas las preocupaciones y fuente del mayor de los temores internos. ¿Qué dirán los obispos si el cura es agarrado con las manos en la masa? Sin embargo, durante los últimos años el temor más grande se fue desplazando hacia el área de la pedofilia y los delitos sexuales. También respondiendo a aquello de que Dios escribe derecho sobre renglones torcidos, semejante mutación vino acompañada de un “mani pulite” intestino, además de resultar complicado, quedarse con el vuelto de la limosna ya no es el pecado más terrible que un sacerdote puede afrontar. Por ese motivo, que se lo termine escrachando en público por robar (en el supuesto caso de que algo tan raro ocurriera) no sería demasiado grave. Idéntica tolerancia se tiene en materia de celibato. “Por suerte está saliendo con una mujer”, llegó a decirme un obispo en referencia a su cura.

Igual, cuando Quarracino eligió a Bergoglio las cosas eran muy distintas. Aquellos que lo conocieron a lo largo de su gestión dicen que más allá de sus exabruptos verbales, el predecesor de Francisco era un hombre inteligente que se sabía inmerso en un lodo espeso y sin demasiadas fuerzas como para salir por su propia mano. Al mismo tiempo intuía que sus relaciones cercanas a Menem tendrían en el futuro un costo enorme para la Iglesia; en cierta forma era una suerte de adicto consciente de su situación que, después de mirar a los costados, entendió que entre sus pares cercanos no había nadie capaz de acudir en su ayuda y salvar a la Iglesia. Dentro de ese contexto, el polé-

mico jesuita fue lo más parecido a un manotón de ahogado que terminó saliendo bien. Después de permanecer casi diez años perdido en Córdoba, su historia revolucionaria en el campo de la administración era casi desconocida por los demás obispos que quedaron con la guardia baja. Por otra parte tenía ese aura jesuita que hoy todos saben hasta dónde puede llegar pero que en aquella época lo dejaba fuera de los juegos políticos palaciegos. Dentro del Arzobispado hay una foto muy significativa donde quedó inmortalizado el sello Bergoglio. Se lo ve frágil y rodeado de colegas que a simple vista lucen mejor preparados que él para la lucha, con una expresión tímida y retraída. ¿Resultado? Hoy ninguno de ellos sigue ahí y Francisco es Papa.

Aunque por los personajes involucrados en el pase de manos cuesta creerle, Bergoglio asegura que entregó la Universidad del Salvador a los civiles con el fin de evitar que cayera en las garras de la derecha. Francisco "Cacho" Piñón, quien como dijimos había militado en Guardia de Hierro, organización que fusionaba justicialismo y catolicismo sin apoyar la lucha armada, no parece en principio un hombre de izquierda. Claro que puertas adentro de la Iglesia Católica, esas nociones ideológicas extremas suelen presentarse desdibujadas, y lo que para cualquiera sería un reaccionario más, a ojos de un sacerdote puede ser la resurrección del Che Guevara. De hecho y salvo por la controvertida entrega de un honoris causa al genocida Emilio Massera al comienzo de su gestión (mancha que persigue a la Institución), Piñón evitó convertir a la USAL en un reducto derechista recalcitrante.

Pero si Quarracino fue el padre menos pensado, Francisco tuvo otra madre inesperada de la que también se habla poco.

CAPÍTULO 6

MAMÁ CONCEPCIÓN

—¿Esa es su mamá? —pregunté.

—No, no... Es doña Concepción, la mujer que nos crió a los cinco hermanos...

—No creo haber leído sobre ella en "El Jesuita".

—No, creo que no... Lo que pasa es que un día me porté muy mal con ella...

—¿Alguna travesura?

—Ojalá hubiera sido una travesura. Era grande y la lastimé mucho, cosas que no se le hacen a la gente.

—¿Le puedo preguntar qué pasó?

—Veinte años seguidos la busqué. Todos los días rezaba por ella, para poder encontrarla.

En el despacho de Bergoglio, sobre una repisa, descansa la foto de una mujer mayor. Llama la atención porque, con excepción de los religiosos, no hay muchos signos de pertenencia alrededor de él. A simple vista cualquiera pensaría que se trata de la madre, pero no lo es. O sí; incluso en algo tan simple como saber si esa mujer es o no su mamá, la respuesta siempre resulta intrigante.

Como cualquier otra, la emocionalidad de los sacerdotes católicos es compleja, sin embargo pueden identificarse algunas constantes muy marcadas. Mientras algunos curas se aferran a su familia de origen y hasta terminan convertidos en padres sustitutos de sus sobrinos, otros van tomando distancia de a poco, perdiéndose dentro de las iglesias y emparentándose con sus fieles. Ni siquiera se apegan demasiado a los colegas porque saben que la vida sacerdotal es un ir y venir dictado por las necesidades o caprichos de los jefes inmediatos. Francisco no solo pertenece a este último grupo desapegado, sino que supera al más ermitaño de sus camaradas. Si bien anda lejos de los monjes de clausura en términos de contacto con la gente, esca-

pa a cualquier clasificación que lo ate de pies y manos y le quite libertad de acción.

En "El Jesuita", su amable biografía oficial, los cuentos familiares están expuestos con la distancia emocional de quienes privilegian el contenido moral de las historias, no su capacidad de conmover al otro o develarle algún misterio. ¿Un ejemplo? Durante la entrevista que le hice habló de su abuelo con afecto:

—Mi abuelo materno era carpintero, uno muy bueno por cierto; tenía la costumbre de merendar bautizando el té con vino. Todos los días la misma ceremonia. Su gran compañero de ruta y meriendas era Don Elpidio, proveedor de anilinas.

Pero enseguida modificó el rumbo y cambió emotividad por mirada política:

—Don Elpidio era nada más y nada menos que Elpidio González, político radical que había sido vicepresidente de la nación, y ya retirado se ganaba la vida como proveedor de anilinas. Las cosas cambiaron mucho desde entonces...

—Siempre conté con la bondad de los desconocidos —afirma Blanche DuBois, personaje protagónico de la obra teatral "Un tranvía llamado Deseo" (A Streetcar named Desire) de Tennessee Williams. La frase parece pensada para Bergoglio, quien a fuerza de desandar ataduras emocionales se convirtió en un vagabundo capaz de armar familia en cualquier parte, levantando campamento sin problema ni bien el clima, las ganas o el destino le indican que llegó la hora de irse. Claro que su movilidad tiene poco que ver con los kilómetros y las geografías: a Bergoglio no le gusta nada viajar, menos en avión.

—Nunca me gustó viajar. Ni siquiera me gusta moverme dentro del país. Prefiero quedarme en un lugar sin andar mucho.

Va de persona en persona, nunca de hotel en hotel, y sus travesías responden a impulsos. Horas antes de embarcarse a Roma, encaró uno de esos viajes entre almas desconocidas que tanto le gustan, llamó a todos los linyeras que con su permiso viven al costado de la Catedral porteña en situación de calle, y los invitó a almorzar dentro de la Curia de Buenos Aires. El y los indigentes comieron solos, sin testigos directos que boconearan

a la prensa ni montaran un circo alrededor del gesto.

—¿Se habrá despedido por alguna intuición? —pregunté.

—¡Qué culpas estará pagando! —sentenció uno de sus hombres más cercanos a manera de respuesta. Son lecturas.

Bien lejos de los donantes ocasionales y sus derrapes sensibleros, aquellos que ayudan en serio saben que la cosa no pasa por agarrar un abuelito desamparado y darle refugio en un hogar cómodo. De hecho, los misioneros tienen cierto grado de tristeza en la mirada. Desamparo y bondad distan de ser sinónimos. Quienes andan fuera del circuito pueden ser muy agresivos y esquivan los ejércitos salvadores que les ofrecen cama y comida limpias, también un plato caliente en los palacios clericales. Bergoglio entra y sale de esas situaciones intensas con liviandad asombrosa. Un día son sus hermanos y al otro está en el Vaticano rodeado de cardenales ambiciosos que se disputan el poder central de la Iglesia Católica. Con ninguno se enlaza demasiado y a nadie deja fuera. El problema es que no todos sus compañeros de ruta comparten semejante desapego y por eso los huérfanos se multiplican al costado del camino.

Alguien de su círculo íntimo lo definió así: "Se trata de una persona que puede dar mucho pero de la que hay que esperar muy poco. La desventaja de no aferrarse a las cosas es que terminás tomando distancia de la gente que te quiere, al menos es una gran desventaja para nosotros...". No sé si solo por bondad, aunque resulta evidente que para Francisco los desconocidos están primero.

En un punto de nuestra entrevista le hice notar que sus cuentos familiares portaban mucha carga de pasado y escaso presente, y que lo mismo había sentido al leer "El Jesuita", donde más allá de una mención a su sobrino sacerdote todo parecía atrasar cuatro décadas. "Éramos cinco hermanos y quedamos dos", ensayó a manera de única respuesta y se quedó callado. Tratando de remontar esa cuesta le señalé la repisa donde estaba la foto de aquella señora mayor.

Bergoglio se crió dentro de un hogar de clase media en Flores y como casi todas las madres de su época, la suya era ama de casa tiempo completo, pero esa vida tranquila se quebró des-

pués del quinto parto cuando sufrió una invalidez temporal que la dejó fuera de juego. Aunque intentó mantenerse presente y activa, delegó parte de la crianza de sus hijos en manos de doña Concepción, la mujer del retrato que por casualidad o acción divina (esto último creería Francisco) me regaló un cuento familiar menos didáctico.

—Doña Concepción nos terminó criando a todos, muy buena mujer, muy cariñosa y dedicada a lo suyo. Un día siendo yo obispo, Concepción pasó por el Arzobispado a visitarme, parece que necesitaba algo, creo. Llegó en mal momento la pobre, no sé qué problema teníamos. La despaché rápido y de muy mala manera. Cuando me arrepentí ya era tarde y no pude reparar el error. Veinte años estuve rezando para que Dios me permitiera reencontrarla, pedirle disculpas y ayudarla en lo que necesitara... Al final y cuando ya había perdido las esperanzas subo a un taxi y me lo encuentro al hijo, en plena calle y de sorpresa. Fue una emoción enorme y pude reparar en el hijo lo que le negué de mala forma a la madre.

No estoy en condiciones de poner en dudas las cualidades maternas de doña Concepción, y reconozco que la anécdota tiene todos los condimentos necesarios para caminar sola y convertirse en un cuento clásico que además de narrar cómo es Francisco, nos conecta con los misterios de la religión que comanda. El afecto entrañable por esa señora ligado al rechazo y un posterior reencuentro a través del hijo (rezo mediante) pueden aspirar al rango de metáfora bíblica apta para replicar en misa y conmover a los fieles. Sin embargo, también delata el profundo vínculo papal con los “extranjeros”, aquellos desconocidos en los que tanto confiaba Blanche DuBois, gente que no pertenece al entorno ni está unida por lazos de sangre, y va adquiriendo una enorme trascendencia ocasional que dura lo que un suspiro; intensidad breve que muere en un extraño para resucitar en otro y así.

Si la distancia emocional con la propia tropa era un dato que dejaba al aire “El Jesuita”, su pintura de Concepción desnuda al hombre que ya de chico y con la vocación religiosa lejana (entró en el seminario a los 21), empezó a construir familias a

su medida, bien separadas del núcleo sanguíneo que lo acunó. Profundizando pude averiguar que Concepción no fue lo que llamaríamos una segunda madre, y que para un chico de nuestra época sería apenas una niñera más de las tantas que pasan por su vida. La sola presencia fotográfica de esa mamá postiza en un espacio que tampoco se caracteriza por la abundancia de recuerdos familiares habla de un Francisco libre en materia de sentimientos.

Para decirlo sin vueltas, elige quién ocupará el rol materno en aquella ilustre sala visitada por cientos de personajes importantes. Aunque se trate de una decisión inconsciente encierra enorme relevancia simbólica y lo describe de pies a cabeza. Durante años, los visitantes atentos y perceptivos se llevaron la imagen cálida de doña Concepción en la retina, especie de huella perdida en un entorno que salvo por la presencia de Jesús y San José, no tiene demasiados referentes que lo definan.

Dado que no soy periodista, puedo darme el lujo de esquivar la objetividad y decir qué sentí aquel día de nuestra entrevista. Yo veía a un Bergoglio solitario que bien podía haber sido hijo único de un matrimonio fallecido décadas atrás. Al mismo tiempo sabía que tenía una gran familia, con hermanos y sobrinos que no mencionaba demasiado o estaban “sepultados” en los años anteriores a su consagración religiosa. Es curioso, si se lee “El Jesuita” se verá que cuando Francisco debe elegir un personaje notorio de su infancia nombra a la abuela, pero ni bien lo presiono con el objetivo de que se instale en el presente y recupere alguna figura familiar cercana, saca a relucir a esa mujer que es una madre por elección, y cuyo reencuentro en la vida le llevó veinte años de rezos. Sospecho que en el interior de Francisco conviven dos personas, aquel chico que quedó varado medio siglo atrás, incluso antes de la enfermedad infecciosa que lo dejó sin un pulmón, y este Papa que elige a quién otorgarle un espacio materno sin considerar cuestiones sanguíneas. Con humor y malicia, ese chico interno rompe el cerco y se manifiesta seguido en el trabajo cotidiano con sus equipos, especialmente cuando se trata de cuestiones ligadas a la comunicación masiva.

CAPÍTULO 7

UNA CAMPAÑA PARA EL PAPA

La presión que ejerce Bergoglio en la cotidianidad suele venir acompañada de una mezcla que junta dureza y humor. La anécdota que sigue, protagonizada por uno de sus colaboradores más cercanos, es un buen ejemplo de lo que vivirán en Roma de ahora en más:

—¡Te llama el cardenal! —gritó la secretaria uno. Tras la puerta, silencio de radio.

—¡Te está llamando el cardenal! —insistió pero esta vez golpeando fuerte.

—¿Estará hablando por teléfono? —le preguntó a la secretaria dos que venía solo unas horas por la tarde.

—No, los internos están desocupados.

—¿Por celular?

—Eso puede ser aunque no lo escucho. ¿Vos lo escuchás?

Los llamados de Bergoglio eran sagrados y no estaba acostumbrado a esperar del otro lado de la línea, hasta podía venir en persona si no le contestaban enseguida.

—¿Estás bien? Te está llamando el cardenal —volvió a insistir golpeando todavía más. De pronto se abrió la puerta y entró el cardenal en persona, con cara de pocos amigos.

—¡El cardenal! —gritaron a dúo las secretarias y esta vez escucharon una voz masculina fastidiada que contestó: “Estoy en el baño, ¡carajo! ¡Decile a Bergoglio que solo estoy para la Virgen María! Que se vaya...”

Varios minutos después, el “buscado” en cuestión abrió su oficina para encontrarse con un hombre que le dice: “Soy la Virgen María”. Bergoglio auténtico.

En la superficie del trato diario, Francisco es un hombre que libera tensiones a través del humor. Sus chistes suelen ser malísimos y los cuenta pésimo, aunque tiene una gracia natural que suple esas limitaciones actorales, en especial divierten sus

ocurrencias y dice los “boludo” más histriónicos que escuché en mi vida. Pueden ser lacerantes o simpáticos según corresponda, pero todos resultan una verdadera creación artística. Con los “pelotudo” se defiende bastante, de todos modos no alcanzan los niveles de perfección que un “boludo” papal bien dicho araña. Cuando los empleados del Arzobispado vieron aquella famosa foto del reciente Papa acariciando al perro de un ciego, largaron varias carcajadas. Dejando de lado que esos perros no pueden ser tocados por terceros ya que su adiestramiento termina viéndose afectado, parece que Francisco tampoco es un admirador extremo del mejor amigo de los hombres. La picardía forma parte de su expresión diaria, y suele tener comentarios en ese sentido guardados bajo la manga.

—¿Tu mujer descubrió a la otra? —le dijo a un empleado que salía del Canal 21 a las cuatro de la mañana.

—¿Y usted qué hace a esta hora?

—El problema no soy yo, que voy a tomar el colectivo para ir a San Pantaleón, el problema lo tenés vos que estás acá a las cuatro de la mañana...

—Lo que pasa es que sonaron las alarmas y me vine. Al final era un murciélago.

—Sí, sí, murciélagos —replicó Francisco con ironía.

Quienes gustan del pensamiento lateral vivirían felices cerca del Papa ya que toda su comunicación cotidiana, a diferencia de la oficial, le rinde culto a esa mirada que elige las periferias:

—¿Les parece un buen lugar para poner la cafetera?

Todos los presentes, entre ellos algunos de los empresarios más importantes del país, dimos vuelta la cabeza sin entender de qué estaba hablando. Por culpa del tránsito, varios habían llegado tarde a la reunión y todavía se estaban acomodando en los coquetos sillones de la Curia porteña. Pasados unos minutos de desconcierto, el cardenal repitió su enigmático mantra:

—¿Les parece un buen lugar para dejar la cafetera?

—¿Quiere que la pongamos en otro lado? —preguntó un miembro de su equipo abalanzándose sobre el objeto humean-
te.

—No, no, sólo pregunto si les parece un buen lugar para dejar la cafetera.

Así estuvimos un rato hasta que por fin y cuando empezábamos a incomodarnos, siguió:

—¿Ven ese cuadro? Bueno, es una de las pocas obras de arte colonial que se conservan en el país. Estaba muy pero muy deteriorado y su restauración fue complicada. Una de las cosas más difíciles que tenemos en la Iglesia es lograr que los sacerdotes preserven las obras que están en los templos, incluso hacemos cursos para que vayan entendiendo el tema; las pintan con cal, les cortan partes o terminan carcomidas por la humedad...

La famosa cafetera que concentraba nuestra atención estaba debajo de la pintura que Bergoglio acababa de señalar (digna de exhibirse e inédita en Argentina), disparando su vapor blanco sobre la maravilla restaurada. No recuerdo el nombre del pintor, más aun, ni siquiera podría asegurar si estaba firmado o se trataba de un anónimo. Eso sí, el comentario es un Bergoglio digno de exhibirse en el Louvre. Nunca conectó ambas cosas o dijo: “Córranla porque van a quemar el cuadro”, simplemente dio un giro didáctico muy efectivo o, si quieren, muy jesuita. Sospecho que después de su cátedra la cafetera nunca volvió a conectarse en ese lugar.

El camino que eligió produjo también un efecto colateral estratégico. Ese día, nuestro objetivo era juntar fondos para el Canal 21 y no queríamos apejar al concepto “donación”, por eso armamos una presentación de marketing donde hablábamos de rating y otras cuestiones por el estilo. Si bien el cardenal aprobaba esa línea de trabajo seria y profesional, sabía que la Iglesia es cualquier cosa menos un grupo inversor que rinde cuentas. Cuando se para en ese espacio práctico pierde atractivo y misterio. La mención del cuadro puso a los capitostes millonarios en su lugar; de golpe no éramos otro canal que vendía su programación, sino hijos de Dios que portaban un mensaje trascendente.

Discutir sobre publicidad con un cardenal primado no es para cualquiera, peor cuando se trata de presentarle una campaña completa. Conceptos como target objetivo o porción de mercado suenan mal y hacen ruido dentro de los templos. Sin

embargo, esa fue mi primera gran tarea en la Curia, lograr que monseñor aprobara los avisos del Canal 21. En el negocio publicitario llamamos "brief" al documento básico que dispara todos los trabajos posteriores, suerte de resumen consensuado con el cliente que contiene el material necesario para poner manos a la obra. Ahí se plasman cuestiones de posicionamiento, objetivos de mercado y público al que debemos dirigirnos. Por razones obvias relacionadas al lenguaje de la Iglesia Católica, el brief celestial que recibimos era algo más gótico que los tradicionales, aunque agudo y preciso. Tampoco conoció el papel, como los relatos orales fue transmitido a través de la palabra en sucesivas reuniones. Para los publicitarios, ni papiros, solo frases que debíamos guardar en la memoria. A pesar de esas ambigüedades, el entonces cardenal Bergoglio sabía lo que quería: programas con valores pero sin sobreabundancia de sacerdotes, algo lindo que pudieran mirar todos los televidentes más allá de sus creencias personales, posturas o religiones. Demasiado bueno para ser real.

A la personalidad fuerte y magnética de Francisco hay que agregarle un dato fundamental: puede quedarse serio y en silencio, generando un clima perturbador. Que un día te reciba con chistes de curas y monjas o apele a la picardía no implica que al siguiente, cuando algo no le gusta o tiene un problema que resolver, se prive de dedicarte el más adusto de los gestos. Claro que esas sutilezas se decodifican con el tiempo y la exposición continua a su cotidianeidad. Si la simple idea de presentarle campañas publicitarias a un cardenal primado resulta extraña, imaginen cómo nos sentíamos frente a ese papable latinoamericano. Porque al igual que hoy, en 2005, cuando le presenté los primeros avisos, arrastraba un aura papable producto de aquel mítico cabeza a cabeza con Benedicto XVI. Después, ese "perfume a Papa" se fue desvaneciendo.

Durante aquella primera presentación, uno de los escollos a enfrentar estuvo ligado al espacio físico. Los publicitarios vivimos acostumbrados al despliegue: vamos muchos, llevamos proyectores, cartones gigantes y encuadres estratégicos innecesarios saturados de palabras técnicas. Como los grupos de

trabajo previo se juntaban en salas grandes, armamos el show confiando en esas gigantescas dimensiones eclesiológicas. Pero no, Francisco nos recibió en esa oficina con olor a pasillo y lugar para dos personas conscientes de su salud. ¿Traducción? Flacas. Dentro de la Curia porteña, los cardenales primados tienen un despacho descomunal y lujoso que tras la muerte de Antonio Quarracino, Bergoglio transformó en depósito para recibir donaciones. Ahí iban a parar antes de ser distribuidas o derivadas a Cáritas. El hecho concreto y patético es que nos encontramos apretados frente a Francisco, y sin poder desplegar el arsenal de artificio que llevábamos.

Dispuesto a no perder protagonismo, me empecé en contarle el enfoque estratégico sin soporte de powerpoint. Escuchó con su tradicional cabeza ladeada, como asumiendo que estaba ante una ceremonia particular del universo publicitario. Dado que la Iglesia está llena de ceremonias, lo que pudo haber sido un papelón me jugó a favor. Creo que no entendió nada ni le importó, pero si hay alguien en la tierra capaz de comprender que un acto ceremonial puede ser inescrutable aunque trascendente, esos son los sacerdotes católicos.

—¿Cuánto tiempo tiene? —pregunté advirtiéndole que parecía aburrido y temiendo que se levantara antes de ver los avisos.

—El que ustedes necesiten —respondió con corrección. A decir verdad, en ese momento yo no necesitaba tiempo sino que la tierra me tragara (la opción del cielo me parecía arruinada). Al llegar la hora de los cartones con piezas concretas, su expresión cambió, más que por lo que veía, porque quien escribe decidió llamarse a silencio. Mejoría facial incluida, Francisco tampoco parecía deslumbrado con las piezas y todos comenzamos a inquietarnos. El más comprometido era la persona que nos había llevado prometiendo un trabajo excepcional generado por una de las agencias publicitarias más grandes del planeta.

Al final de nuestra accidentada exposición se hizo un silencio inaguantable y, al menos desde mi punto de vista, en la salita faltaba algo de oxígeno vital y móvil.

—El perrito me gusta —aseguró sonriendo aquel hombre que, según decían, no era muy afecto a los pichichos.

—Creo que el perrito está muy bueno, muy bueno de verdad —se refería a una mascota que hacía las veces de isologo. A partir de ahí y por varios meses, si alguien quería recordarle quién era yo, decía: “Es el publicitario que hizo la campaña del perrito”. Recién entonces le brillaban los ojos y me encuadraba en tiempo y espacio. No solo aprobó el trabajo completo sino que nos regaló un libro sobre creatividad con una única condición: debíamos devolvérselo. Obviamente, y a pesar de todo, había captado la naturaleza de nuestra actividad.

—Recen por mí —pidió al pie del ascensor.

Varias veces volvimos a hablar de temas relacionados a la publicidad y el marketing. Entre otras cosas estaba convencido de que los medios de la Iglesia debían ser abiertos a todos y sobrevivir compitiendo sin ayuda en el mercado. Tenía los números en la cabeza y, a diferencia de otros sacerdotes, estaba al tanto de los valores. Resulta común que los curas caigan de espaldas cuando uno les comenta cuánto cuesta una página de publicidad gráfica o el segundo de televisión, no lo pueden comprender ni procesar; con Bergoglio pasa todo lo contrario. Conoce los costos que implica comunicar y entiende que el camino final no pasa por pedir donaciones. Su concepto favorito se puede resumir en la palabra sustentabilidad.

Igual que en el ejemplo de la cafetera, Bergoglio huía de las definiciones concretas y sin salida. Se ve que en ese territorio también prefiere esquivar ataduras que lo condenen a militar en un campo ideológico determinado. Jamás se prendía si en el medio de una reunión alguien comentaba: “Lo de Marcelo Tinelli ya no se puede ver”. Si resultaba más que obvio su desprecio a la televisión actual, de hecho no encendía el televisor desde 1992.

En la entrevista que le hice pregunté por qué un sacerdote tan preocupado por los medios de comunicación terminaba esquivándolos. Pensó unos pocos minutos y dijo:

—Vi algo que no me gustó... No me gustaría decir qué, pero en determinado momento vi algo que no me gustó y me prometí a mi mismo no volver a encender la televisión.

Lo que vio es tan misterioso como su relación con el periodista y escritor oficialista Horacio Verbitsky.

CAPÍTULO 8

SAN VERBITSKY

—¿Cómo le fue, Padre? —le preguntó su hombre de prensa cuando el periodista abandonó el despacho cardenalicio.

—Creo que me odia todavía más... —contestó Bergoglio.

—¿Por qué?

—Mejor dejémoslo así...

Bergoglio y el periodista Horacio Verbitsky, enemigo público número uno del actual Papa, se reunieron a solas en las oficinas de la Curia porteña hace tiempo y con el objetivo de limar asperezas mutuas, pero solo lograron empeorar las cosas. Contra lo que podría pensarse, el encuentro en cuestión fue breve y respetuoso. Sin embargo quedó claro que más allá de cualquier tema puntual, la química entre ambos es explosiva y no se limita al debate sobre la actuación del cardenal en los setenta, sino que abarca muchos otros aspectos.

“Aire viciado” fue un artículo escrito por Verbitsky en el diario Página 12 cuando el Canal 21 estaba naciendo. El texto tuvo enorme repercusión dentro del Arzobispado de Buenos Aires. En líneas generales, el periodista cuestionaba el hecho de que la Iglesia Católica tuviera un canal de aire, especialmente porque le había sido entregado a Antonio Quarracino por el entonces presidente Carlos Menem, símbolo por excelencia del liberalismo a quien los Kirchner, en un mismo movimiento, usan y demonizan. La sola idea de que el kirchnerismo terminara avalando esa transacción, irritó al hombre de prensa oficialista y puso contra la pared al cardenal, que ni bien leyó la nota decidió dar marcha atrás con todo lo realizado. Si uno quiere entender hasta qué punto impacta la palabra de Verbitsky en Bergoglio, lo que ocurrió con el Canal 21 es un buen punto de partida.

—Terminemos con esto de una buena vez. No salimos con el Canal —afirmó el cardenal.

—¿Por qué? Pero si tenemos todo listo, los equipos comprados...

—¿Viste la nota de Verbitsky? El canal no sale, hombre.

—Pero deme una oportunidad, monseñor —suplicó el encargado de llevar adelante la emisión.

—Te estoy diciendo que no, el Canal no sale...

—¿Podemos reunirnos al menos?

—Ahora no, me estoy yendo a un retiro. Suspendé todo.

El Canal que había sido cedido por Menem a la Iglesia Católica en los noventa, permanecía sin ser lanzado y tenía una licencia al borde del vencimiento. Bergoglio dudó mucho antes de sacarlo, ya que además de las complejidades económicas que acarrearaba su puesta a punto, intuía el debate político que se le venía encima. Eso si dejamos de lado las disputas palaciegas internas. ¿Para qué quieren los curas un espacio en televisión? Y en términos intestinos: ¿Quién iba a manejarlo? Los medios dan poder y la persona elegida tendría un verdadero misil en sus manos.

Ya cerca de la fecha de vencimiento, debió tomar una decisión y optó por seguir adelante dejando la conducción en manos del laico Julio Rimoldi, quien llevaba años trabajando en materia de comunicación dentro de la institución eclesial. La historia oficial asegura que él y su equipo recibieron signos divinos que empujaron semejante patriada (de nuevo el misterio en el centro de todo). Los más prácticos aseguran que Roma, donde se daba un debate furioso sobre el retraso en materia de medios y la forma en que otras religiones iban ganando terreno apelando a la tele, hubiera castigado al cardenal por desaprovechar esa oportunidad de quedarse con el último canal de aire argentino. Aunque la segunda opción parece más apropiada, de la primera también hay pruebas. En caso de que la idea de un Dios pendiente del lanzamiento del Canal 21 se les haga cuesta arriba, siempre pueden apelar a la suerte o, si son más agnósticos, a la casualidad. Lo cierto es que algunos episodios alrededor de aquel lanzamiento resultan extraños.

El canal se lanzó con ayuda económica romana. Claro que esos procesos son largos y no se resuelven de un día para otro,

hay que esperar aprobaciones que se dilatan porque vienen de muy arriba y atraviesan cantidad de controles burocráticos. La única alternativa que queda es lanzarse al agua y ver si en el medio del mar llegan las embarcaciones de rescate. Eso hizo Julio Rimoldi, todavía hoy director del Canal 21. Empezó a nadar con unos pocos pesos y el mandato de poner a punto la señal otorgada. En determinado momento, el agua le llegaba al cuello y necesitaba 10.000 dólares sí o sí. Caso contrario, el camino transitado se desandaba, y el lanzamiento podía postergarse, lo que al borde de un vencimiento de licencia es cualquier cosa menos una buena noticia. En eso andaba cuando una devota enterada del inminente fin del 21 pasó por las oficinas ofreciendo su ayuda. A simple vista era alguien común, sin ningún signo que delatara riqueza. Al borde de la desesperación, Julio le comentó que necesitaba 10.000 dólares, obvio que lo hizo con el fin de desahogarse, nunca pensó en obtenerlos ya que la dama, católica en extremo y todo, era una completa desconocida. La mujer se fue para volver al rato con una sorpresa:

—Acá le dejo la plata. Vine a Buenos Aires para renovar un plazo fijo pero si usted necesita la plata, acá está.

Crear o reventar; ambas opciones si prefieren.

Devotas salvadoras incluídas, las guerras internas se multiplicaban y quienes habían quedado fuera del proyecto, entre ellos algunos sacerdotes de peso en la Curia, se convirtieron en máquinas expertas a la hora de bombardear sin piedad el lanzamiento del canal. En ese contexto caldeado cayó la nota de Verbitsky que atemorizó al cardenal, y el proyecto entró a terapia intensiva. Para ser preciso, se le firmó un certificado de defunción gracias al periodista del Gobierno, y siguió en funcionamiento por decisión de Julio Rimoldi, que se negó a desconectar el respirador a pesar de contar con indicaciones cardenalicias precisas. Ni bien dijo "Tiramos todo para atrás", Bergoglio partió a ese retiro y permaneció sin comunicarse durante una semana larga. Cuando volvió para descubrir que sus órdenes no habían sido acatadas, eligió relajarse y seguir con el lanzamiento como si nada hubiera pasado. De nuevo,

los más creyentes ven una mano celestial interviniendo en el asunto, mientras que los otros aseguran que al advertir que la campaña moría en Verbitsky y no era retomada por el grueso de la prensa, el cardenal entendió que su decisión carecía de sentido, que había sido tomada a las apuradas.

Fue justo después de aquella crisis terminal que decidieron buscar ayuda y prestigiar el canal con el Consejo Asesor del que formo parte. Recién ahora que comenzó a ser llamado “El canal del Papa”, el 21 tiene chances de consolidarse dentro del mercado argentino y crecer. Durante años fue ninguneado y bastardeado de las grilla por oficialistas y opositores que lo condenaron a defenderse extramuros, donde mueren las señales menos atractivas.

Frank Sinatra aseguraba que los amigos servían para que te vaya bien, pero eran los enemigos quienes terminaban conduciendo al éxito definitivo. Sin duda Horacio Verbitsky jugó un rol clave en las operaciones que perjudicaron a Bergoglio durante el Cónclave de 2005, al mismo tiempo victimizó al actual Papa otorgándole una pátina de mártir que funcionó muy bien en su carrera al papado.

Desde los primeros textos de la historia humana, por ejemplo el Poema de Gilgamesh, héroes son aquellos que además de tener un enemigo concreto atraviesan situaciones críticas de las que deben salir. La cultura del éxito nos hace olvidar que los grandes líderes no son quienes triunfan siempre, sino personas que estuvieron a punto de derrapar y pudieron salir indemnes del espanto. Dado que la mayoría de los mortales vivimos a la sombra del fracaso, podemos admirar a los exitosos de las películas pero reservamos los privilegios en serio para quienes dicen cómo se remonta una pendiente sin morir en el intento. El cuento del jesuita bueno que usa los trajes de su antecesor fallecido y rechaza bienes materiales era atractivo ya en 2005, sin embargo el vía crucis de estos años inclinó la balanza con contundencia.

La gran ironía es que sin Verbitsky y su enorme aparato puesto a operar en contra del cardenal, es probable que la fama de Bergoglio permaneciera en estado larvario, dentro de su país.

Cuando se largaron aquellos famosos emails a las casillas de correo de los cardenales votantes en el Cónclave de 2005, textos que resumían las acusaciones sobre la responsabilidad del cardenal en el secuestro de los sacerdotes jesuitas que trabajaban en el barrio de Flores, la suerte de Bergoglio quedó sellada para siempre, obvio que en un sentido distinto del que pareció tener en ese momento. Al asumir Benedicto XVI, la candidatura del papa argentino empezó a madurar sin enemigos y protegida en los algodones de la victimización.

En el Arzobispado de Buenos Aires dicen que la pregunta correcta no es tanto por qué Horacio Verbitsky odia a Bergoglio, sino qué pasó entre ellos en aquella reunión secreta que empeoró todo y los separó más. No son pocos quienes afirman que Bergoglio intuyó la importancia de preservar a ese enemigo perfecto que le cayó del cielo, era una torpeza firmar con él un acuerdo de paz y convertirlo en amigo fiel. Francisco y el ex montonero ya son una unidad inseparable y funcionan como los personajes de las caricaturas, es decir, uno es héroe y el otro villano; dónde ubicar a cada uno depende de cuestiones ideológicas que los exceden.

—Véngase con “El Jesuita” leído —ordenó Bergoglio al concederme la entrevista y, según pude intuir a lo largo de nuestra charla, esa indicación estaba relacionada al tema de la desaparición de los sacerdotes jesuitas en plena dictadura.

—Pregúnteme todo, Bello —aseguró ni bien empezamos a hablar. De todas maneras en cuanto empecé a mencionar los setenta me remitió al libro:

—¿No lo leyó?

—Por supuesto —respondí— pero...

—No tengo más nada que decir y no puedo obligar a que me crean —cerró.

Igual se mantuvo tranquilo mientras le resumía las acusaciones periodísticas que pesaban en su contra, aquellas capaces de asegurar que después de pedirles a los sacerdotes Orlando Yorio y Francisco Jalics que abandonaran el trabajo barrial que venían haciendo en el Bajo Flores y ante la negativa de estos, les comunicó a los militares que ya no contaban con el apoyo

de la Iglesia, entregándolos a una debacle segura.

En "El Jesuita", Bergoglio relata que salvó la vida de varios religiosos, incluso menciona uno parecido a él a quien hizo pasar por la frontera prestándole su documento. Al menos conmigo evitó ese tipo de referencias heroicas, sí repitió que ambos sacerdotes estaban pergeñando una nueva congregación religiosa, y que le entregaron un primer borrador de las reglas a los monseñores Pironio, Zazpe y Serra. A partir de esa entrega, el superior general de los jesuitas los conminó a irse o quedarse dentro de la compañía, hizo hincapié en que se trató de un proceso muy extenso y tortuoso, que mal podía haber resuelto él en un abrir y cerrar de ojos.

A lo largo de los años, mucha gente me preguntó si creo en la inocencia de Bergoglio. Lo primero que puedo decir es que resulta evidente que el tema lo incomoda. Igual que con muchas cuestiones ligadas al plano emocional, se diría que preferiría guardarlas en un cajón y dejarlas ahí en el pasado, congeladas en un espacio que jamás interfiera con la actualidad. No se advierten culpas en él, aunque sí confusión. "Todavía guardo el borrador con las reglas", asegura y uno se pregunta por qué, o mejor dicho para qué lo guardó si tiende a desprenderse de todo. ¿Intuía ya entonces que esos sacerdotes se convertirían en problema algún día?

Ahora bien, en su rol de cardenal, Bergoglio remó contra la corriente y aunque pudo haber disfrutado de una excelente relación con el oficialismo, eligió convertirse en el único opositor visible, conducta que le acarreó problemas y disgustos. A partir de ahí, imaginarlo recorriendo los pasillos del poder en dictadura y tramando conspiraciones con los militares se hace difícil. Los amantes del Gobierno dirán que, justamente, se alejó de Néstor y Cristina por ser ellos un ejemplo de conducta democrática que no comulga con la ideología reaccionaria papal. Claro que conviene desconfiar de esa versión parecida a un cuento de hadas.

Sospecho que en los setenta, Bergoglio era lo que es hoy, un hombre en búsqueda de su destino que no miraba demasiado para los costados, tenía pocas ataduras emocionales y desplega-

ba una seducción que podía confundir a los otros. Quizá estos sacerdotes jesuitas esperaron mucho más de él, y hasta pudieron confundirse con su tendencia natural a despertar emociones fuertes en los demás. También hay un problema histórico: vivimos una época donde el manoseo de los setenta nos lleva a pensar en términos bipolares que entonces no existían.

Un obispo que conoce mucho al Papa y no está justamente embelesado por su figura me dijo: "Te aseguro que la versión de Verbitsky no cierra. Bergoglio jamás hubiera actuado de ese modo tan directo y vulgar, eso sí, hay personas que nacen para salvar a quien tienen al lado y otras que están puestas por Dios con el objetivo de encarar salvaciones más universales (o al menos eso creen ellos); bueno, Jorge está en el segundo lote y es probable que antes de llegar a Roma haya pasado muchas cosas por alto, pero eso de entregar no es lo suyo. Si querés verlo de una manera más dura, nunca hubiera arruinado su carrera con semejante error".

CAPÍTULO 9

MISTERIOS Y MILAGROS

—¿San Expedito o San José? ¿A quién debería rezarle?

—Por lo que veo, pídale a los Reyes Magos...

—¿Los Reyes Magos?

—Mire, Bello; la verdad es que no siempre se reza para pedir cosas, se supone que uno debe agradecer. Estamos hablando de santos, no del genio de la botella...

—Bueno, monseñor... La gente pide y mucho. Creo que el noventa por ciento va a las Iglesias a pedir. ¿San Expedito o San José?

—A ver... Si va por ese lado le diría que se quede con San José. Yo tengo una devoción especial por él.

—Pero dicen que San Expedito es infalible.

—¿Infalible? Las cosas que hay que escuchar...

—Yo le advertí que quería pedir.

—Ya le dije, pídale a San José. Mire, las vírgenes están todas ocupadas, concurridas, y ni le cuento San Expedito. En cambio San José es uno de los santos menos populares. No hay mucha gente pidiéndole a San José, ni muchas imágenes de él en las casas. ¡Pero resulta que es el papá de Dios! ¿Le gusta? Tiene llegada directa y anda medio desocupado...

—En “El Jesuita” hay un error grave —le comenté y Bergoglio me miró fijo, incómodo—. Dice que Guillermo Marcó fue su vocero y, según entiendo, los obispos no pueden delegar la voz...

Sospecho que captó el mensaje porque, además de reírse, evitó volver a hablar del libro en cuestión. Ningún obispo está en condiciones de delegar la palabra en nadie, a lo sumo Marcó pudo haber sido un delegado de prensa, nunca vociferar “en lugar de”.

Hasta 2006, cuando criticó a Benedicto XVI en la revista Newsweek, Guillermo Marcó fue un hombre muy cercano a

Bergoglio. Pero semejante error terminó dejándolo fuera de juego dentro de la Curia. La obediencia al Papa no puede tener fisuras, especialmente para un jesuita cuya orden nació con el objetivo de defender el poder papal en todas sus formas. Obvio que oficialmente jamás se habló del tema, y el distanciamiento entre ambos transcurrió con elegancia y diplomacia eclesiásticas, tanto que algunos ni siquiera advirtieron el desplazamiento del hombre que vivió varios años a la sombra del cardenal.

Ratzinger venía de dar una conferencia en el Aula Magna de la Universidad alemana de Ratisbona. Si la mayoría de las veces el discurso papal pasaba desapercibido en las audiencias masivas, este levantó enorme polvareda a nivel mundial porque según algunas interpretaciones, atacaba nada más y nada menos que al mismísimo Mahoma. En realidad, el renunciado papa, hombre de enorme sofisticación teológica y cultura, al citar a un emperador bizantino contra Mahoma, como portador del mal y la inhumanidad en su voluntad de imponer con la espada conversiones forzadas, quiso decir otra cosa (al menos esa fue la posición oficial vaticana). El problema es que los seres humanos de a pie carecemos de semejante refinamiento, y leemos las frases tal cual vienen; en efecto y sin el tamiz liberal de los claustros donde todo está permitido, Benedicto XVI había metido la pata feo. Mahoma no se toca. De todas maneras, lo último que debió hacer Marcó es estrellarlo en una revista de difusión continental: "Si el Papa no sale a reconocer los valores que tiene el Islam y todo queda así como está ahora, me parece que se habrá destruido en veinte segundos lo que se edificó en veinte años", largó muy suelto de cuerpo don Guillermo a la prensa.

No sólo las sirenas romanas sonaron a manera de alarma, sino que las orejas del cardenal primado argentino quedaron rojas de recibir tantos tirones y su vínculo con el Vaticano, que en aquellos años tampoco era excelente, cayó dentro de un pozo más profundo todavía. En especial se lesionaron las relaciones con el nuncio apostólico, especie de embajador poderoso que en los distintos países representa al Papa y, según se decía, en la Argentina comulgaba con los sectores más alejados de Bergoglio,

o sea, la derecha eclesial representada por monseñor Aguer.

Igual que muchos otros encuentros, la llegada de Marcó a la vida del cardenal fue casual, o si quieren una versión traducida a las creencias del actual Papa, producto de un designio divino que los cruzó en el momento justo. Recién designado arzobispo de Buenos Aires, Bergoglio sufrió uno de los golpes más duros de su carrera al quedar en medio del escándalo por la estafa que involucraba al Banco de Crédito Provincial, institución quebrada de fuertes vínculos con la Iglesia criolla que, en aquella época (1998), arrastró a la Curia con estafas que terminaron en juicios por administración fraudulenta.

Según se cuenta hoy en el Arzobispado, las cosas habrían sido más o menos así: enfermo y con las condiciones mentales medio alteradas (eso comentan), Antonio Quarracino pidió un préstamo de 100.000 dólares, cifra manejable en el contexto de una institución millonaria como la Iglesia. ¿El problema? El diablo metió la cola y alguien, con los documentos ya firmados, agregó dos ceros y endeudó a la curia porteña por nada menos que diez millones. Puede parecer novelesco pero el cambio de papeles es relativamente común en la Iglesia. Por ejemplo, a la hora de nombrar obispos, el Santo Padre recibe la lista con los candidatos, pero basta que algún secretario modifique el orden de los nombramientos y quien estaba en último lugar asciende al primero; este tipo de jugarreta suele ser muy común, en especial cuando los papas están viejos y enfermos. ¿Entienden por qué renunció Ratzinger?

En 1998, el flamante arzobispo llega a sus oficinas para encontrarse con una nube de periodistas que lo acosan con pedidos de declaración sobre un caso que tampoco conocía en profundidad. Para evitar el escándalo, lo hacen entrar por una puerta lateral y el grupo se reúne a discutir qué hacer frente al desastre.

—Tengo que dar la cara —afirma Bergoglio resignado y sus asesores le responden:

—Si sale ahora y con tan poca información, lo pasan a degüello.

En esas disquisiciones andaban cuando Guillermo Marcó pasa

por la puerta y le preguntan si está en condiciones de hacerse cargo de la crítica situación. Cabe aclarar que lo conocían poco, agarraron casi al primero que pasó y se animó. Audaz, decidido y ambicioso, el sacerdote dijo "sí", hizo un papel brillante y desde entonces se transformó en la mano derecha de Bergoglio, vínculo cercano y fraternal que capotaría con esas declaraciones en contra de Benedicto y su derrape musulmán.

En privado y a sus íntimos, Marcó asegura haber escuchado esas palabras de boca del cardenal; aunque esté en lo cierto, el drama pasa por habérselas hecho llegar a Newsweek. Francisco se sintió desprotegido y traicionado, único pecado que no está dispuesto a perdonar bajo ninguna condición.

Muchos religiosos enojados con la estructura eclesiástica, afirman que la mayor prueba tangible de la existencia de Dios es la permanencia en el tiempo de la propia Iglesia Católica. Lejos de valorar a la institución que los cobija, bromean: es un milagro que permanezca "a pesar de", con todos los errores y horrores cometidos a lo largo de su larga y cruenta historia. Igual y para alguien que no pertenece al aparato interno de la Iglesia, el mundillo de creencias cotidianas que maneja resulta maravilloso y conmovedor. Hasta que comencé con el asesoramiento a la Curia, San José era el padre de Jesús. Punto. Y aunque lo que voy a decir podría resultar blasfemo, jamás pensé que se le podía pedir algo concreto, el único punto que nos preocupa a los católicos light que nos acordamos de Cristo ni bien aparecen turbulencias en pleno vuelo.

—Vos, fumá —me dijo Julio Rimoldi.

—¿Te parece, Julio?

—San José nunca me falla...

—Vos sabés que yo no creo mucho...

—Un poco de fe, hombre. Además tengo las monjitas...

—¿Qué monjitas?

—¿Nunca te hablé de las monjitas? Ah, son un fenómeno...

—¿Y qué hacen?

—Rezan, rezan todo el día. Vos le llevás el pedido y ellas te rezan.

—¿Rezan todo el día?

—Bueno, también harán mermelada..., no sé. Pero el asunto es que rezan y son infalibles. ¡Vos, fumá!

Acostumbrados como estamos a las vírgenes o en su defecto a San Expedito y San Cayetano, la figura de San José no entra en esos parámetros de santidad que habilitan pedidos concretos y mueven multitudes. Charlando con el cardenal me permití preguntarle por qué era tan devoto de ese santo que solo vemos en Navidad, transformado en figurita de pesebre. Creo que enseguida entendió por dónde iba la cosa ya que se rindió y dijo: "La verdad es que nadie recuerda demasiado al bueno de San José. Estamos rodeados de vírgenes muy populares y pocos se detienen en el Padre de Dios. Para usted que quiere soluciones rápidas y directas, es el santo indicado, ya que no está demasiado concurrido por multitudes. Hay demasiadas personas en todo el mundo pidiéndoles a las vírgenes y San José está desocupado. ¡Y es el papá de Jesucristo!", cerró su comentario en medio de carcajadas.

Lo último que quiero es jugar a Freud pero, carcajadas aparte, el razonamiento de Bergoglio resulta muy instructivo, por lo menos habla de su personalidad. No deja de ser verdad que los católicos saturan a las vírgenes con pedidos de cualquier grupo y factor, y también es cierto que San José podría ser un atajo para depositar las demandas de manera directa. Hasta en sus chistes, Francisco hace gala del pensamiento lateral como vía de escape a aquellas cosas que repetimos sin pensar.

Otro dato relevante es la elección del nombre papal. Ni bien el mundo supo que se llamaría Francisco, todos esperaron para ver si estaba pensando en San Francisco de Asís cuando tomó esa decisión (algo que confirmó después). Yo, en cambio, reparé en otra cosa que me parecía más importante: por primera vez en siglos alguien elegía un nombre que nadie había usado, y que a pesar de las confusiones que se dieron al comienzo puede pronunciarse sin apelar a un número que lo contextúe, con decir "Francisco" basta y sobra.

Si San José llega directamente a Dios y está poco concurrido, Francisco inicia una corriente de la que no hay anteceden-

tes históricos cercanos, solo esa referencia al santo que en el contexto de la Iglesia actual desata múltiples interpretaciones y lecturas, todas positivas. ¿Viene a vender las riquezas vaticanas? ¿Terminará con el boato? Por otro lado, es bien concreta y expresiva, todos entienden qué significa vida franciscana y quiénes la profesan o se entregan a los placeres de la mundanidad. De nuevo, "Nadie sabe qué hay en el corazón de un jesuita", y Bergoglio se ajusta a esa configuración de manual. No solo resulta difícil leer algunas de las situaciones que atravesó en su vida sino que, intuyo, las que atravesase de ahora en más también resultarán complejas de interpretar en el mediano plazo. Detrás de esos signos sencillos que entusiasman a la gente se esconden miles de incógnitas por develar.

La irrupción de Guillermo Marcó es un ejemplo típico a la hora de graficar cómo entran las personas en la vida de Francisco. Aunque siempre está en la calle rodeado de gente, no se conmueve así nomás ni responde a todas las súplicas. "Demuéstreme que Dios existe", le dijo un hombre joven mirándolo fijo a los ojos hace años. Al poco tiempo estaba trabajando en la Curia, no con mucha disciplina y dedicación, hay que admitir; de hecho varios intentaron alertarlo sobre la conducta de ese muchacho que lo había conmovido con una pregunta rica en intensidad emocional, no necesariamente en contenido religioso ni verdad. Se ganó al cardenal con más viveza que necesidad. Bergoglio luchó a brazo partido para sacarlo adelante, pasaba horas enteras hablando con él, intentando convencerlo de que sentara cabeza y se arreglara con su mujer, ya que según parece vivía peleándose, borracho y a los tumbos. Mientras con unos pierde la paciencia enseguida, con otros puede insistir años antes de cansarse, incluso meter en problemas a sus empleados que, al fin del día, terminan lidiando con esos acomodados a los que les cuesta hacer pie.

Junto a San José y la Virgen Desatanudos, una de sus predilectas, conviven esas monjitas de Morcno (Orden de la Santa Gema) que según afirman varios testigos, son infalibles a la hora del rezo; a todos ellos debe haber recurrido en las horas bravas de su relación con el matrimonio Kirchner.

EL PRIMER OPOSITOR

—Creo que llegó la hora de reunirnos, cardenal. ¿No le parece? —afirmó Néstor Kirchner cuando era presidente.

—Me parece una muy buena idea —respondió Bergoglio algo sorprendido por el llamado.

—Entonces arreglamos la agenda y lo espero...

—En realidad no es tan así...

—¿Cómo? ¿Cómo que no es tan así?, —preguntó el presidente, molesto.

—Es que me llamó usted...

—¿Y?

—Quien me llama viene a mi casa, no al revés.

—Bueno, bueno —respondió Néstor Kirchner, que parecía desconcertado.

Fue la última y única oportunidad que tuvieron de verse a solas. Los famosos pedidos de audiencia (desmentidos por el Arzobispado) que ventiló la prensa, nunca existieron, y Cristina esquivó pasar por esa situación que perturbó a su marido.

"Al fin del día, los peronistas dejan mejores limosnas...". La frase fue pronunciada por un conocido obispo cercano a Bergoglio, pero sirve para resumir el pensamiento global de la Iglesia Católica criolla en relación al justicialismo más allá de que en los cincuenta, durante el segundo gobierno de Juan Perón, se agarraron a las piñas; conflagración violenta que terminó con iglesias quemadas y el General exiliado en Paraguay. Peleas y todo, las relaciones entre Iglesia y justicialismo distan de ser malas, ambas instituciones no solo se parecen sino que tienen una concepción similar del poder, donde uno manda y los demás obedecen sin chistar, por otra parte sus miembros huelen cualquier tipo de debilidad y ante el menor signo en esa dirección se reagrupan donde calienta el sol. Si Bergoglio evitó nombrar sucesor para mantener las riendas de su Iglesia,

Cristina Kirchner hizo lo mismo y postergó la elección de un delfín hasta último momento; toda semejanza entre ambos es cualquier cosa menos casualidad. Néstor consideraba opositor a Bergoglio porque era el único "peronista" que podía hacerle sombra, y ese estatus le daba una base de respeto que, en términos justicialistas, representa mucho más que cualquier reunión privada anodina. Sería injusto decir que el cardenal sufrió durante la gestión kirchnerista. Igual que en el caso de Verbitsky, la ausencia oficial en el Tedeum le otorgó a Bergoglio una pátina heroica muy conveniente.

Lo de la limosna tampoco es metáfora. Mientras el peronismo suele chocar de frente con el clero, a la hora de contribuir demuestra más generosidad que la oposición. "Nunca sufrimos tanto como en los gobiernos radicales", comentó un sacerdote ya retirado que debió administrar en épocas de Raúl Alfonsín. Igual que todas las organizaciones encargadas de mover personas, la Iglesia sabe que dinero y poder van de la mano. Las distintas diócesis, en especial aquellas de mucho peso político o densidad poblacional, están desbordadas de problemas. Por un lado, la imagen de riqueza que rodea a la Iglesia hace que los juicios laborales y de todo tipo se multipliquen; incluso los abogados creen que sacarle un millón de dólares a un obispo resulta sencillo, y dedican buena parte de su tiempo a elaborar demandas, por otro las riquezas eclesiásticas existen y la convierten en una de las organizaciones más ricas del planeta. Sin embargo, el grueso de la plata está en bienes que son celosamente custodiados por el Vaticano. Toda transacción que supere los 300.000 dólares debe ser informada a la Santa Sede, que no es muy permeable a la enajenación de propiedades. Obvio que algunos se avivan, hacen diez cheques de treinta mil y esquivan los controles, pero a un obispo impune le seguirá otro austero cuya misión será poner la casa en orden, eufemismo que supone: "Arreglate con la plata de las limosnas".

Para colmo de males, el flujo de donaciones importantes también está estancado. Hasta la década del cuarenta era común que solteronas devotas o católicos sin familia dejaran sus herencias a un obispo amigo, de hecho el grueso de la fortuna

eclesiástica proviene de esos actos de generosidad cercanos a la muerte que, para preocupación de quienes se encargan de administrar hoy, son cada vez más "extraños". Los ricos solitarios van a la tumba entregando sus posesiones a una organización dedicada a salvar ballenas o limpiar pingüinos bañados en petróleo. Ni hablar de las iglesias electrónicas que carecen de vergüenza a la hora de pedir fondos. En ese sentido, la Iglesia Católica se volvió muy cautelosa, tiene miedo de pedir porque está en el centro de todas las miradas y se sabe cuestionada en términos de acumulación de riquezas varias. Por ejemplo, más allá de algunas exenciones impositivas y un sueldo destinado a los obispos, el Estado no aporta un peso para el sostén de los templos. Se dan casos de diócesis con un pasado rico y un presente pobre que ni siquiera puede sostener esas estructuras edilicias magníficas que los fieles construyeron décadas atrás. De no ser por la voluntad del entonces presidente Néstor Kirchner, que dispuso una partida de fondos y la sostuvo a pesar de las diferencias ideológicas, la Basílica de Luján, uno de los templos más notorios y visitados de Latinoamérica, corría serios riesgos de quedar inutilizable o venirse abajo. Eso sí, los costos que acarrea su mantenimiento y seguridad corren por cuenta del Arzobispado de Mercedes Luján.

En nuestros días, la gran duda en relación con el celibato de los curas pasa más por una cuestión económica, no religiosa. Decirlo a boca de jarro sería escandaloso, pero si los fieles actuales no son capaces de mantener a un pobre cura de barrio al que se le cae su templo en la cabeza por falta de mantenimiento, ¿quién aportaría para el sustento de su mujer e hijos? Otras religiones lo hacen sin problema, aunque en el caso de la católica su asociación con las riquezas termina jugándole en contra. Además existe un tema cultural: quienes demandan modernizaciones de ese tipo son aquellos que no mueren por ir a misa, es decir, ni siquiera depositan los dos pesos correspondientes. ¿Irian a la iglesia si los curas se casaran? Bergoglio piensa que no y tiene razón.

En su libro "El discurso inaugural de la papisa americana", la

escritora Esther Vilar, autora del famoso "El varón domado", narra la ficción de una Iglesia Católica que por fin decide acceder a las exigencias de todos sus fieles, o sea, se deshace de sus bienes, acepta el divorcio, la homosexualidad, hace votos de absoluta pobreza y admite que las mujeres sean sacerdotes. ¿Resultado? Cada día pierde mayor cantidad de adeptos. En un último gesto desesperado, la papisa aprovecha su elección para recuperar el boato y todas aquellas grandilocuencias simbólicas que la Iglesia había entregado a cambio de modernización. Una idea muy enraizada en los claustros eclesiásticos es que mientras el cincuenta por ciento de la gente te quiere la otra mitad te odia, y que modificar conductas solo sirve para invertir el orden de la ecuación, nunca para ganar más adeptos. La encrucijada es que las aperturas traerán otro tipo de fieles (y ni siquiera está garantizado) aunque espantarán a quienes van hoy que, seguro, partirán hacia opciones más radicalizadas como el Opus Dei.

Sí se está pensando en un proceso lento que revalorice a los diáconos y les otorgue mayores funciones dentro de la estructura eclesial. Este movimiento tendría dos ventajas: la gente se iría acostumbrando a alguien que puede ser casado y con familia, y al mismo tiempo su "promoción" supliría la falta de curas que representa un gran drama a nivel mundial y, según todos los observadores, no tiene ni tendrá vuelta atrás, especialmente desde que los controles de ingreso se volvieron muy estrictos. "Sin locos, homosexuales y delirantes nos quedamos solos. ¿Quién va a querer ser cura?", me comentó un sacerdote amigo. Su chiste tiene mucho de verdad.

Durante su cogobierno con Quarracino, Francisco entendió que abrazarse al poder político central resulta peligroso; desde ese lugar, optar por una posición distinta de la de su antiguo jefe parece natural. Pero la decisión de correrse tuvo sus costos. La Santa Sede no vio con buenos ojos esa postura rebelde del cardenal y fue persiguiéndola con discreción vaticana. Como cualquier otra multinacional, la Iglesia tiene enormes intereses en la Argentina y enfrentar a los gobernantes de turno implica ponerlos en riesgo, en especial con los Kirchner, que se especializan en la materia. Basta borrar algunos privilegios y la ins-

titución completa entraría en crisis; ningún cardenal primado quiere ocupar ese lugar en la historia, ser el hombre que tensó el clima al punto de empobrecer a sus colegas y condenarlos. Sólo hay que cambiar el estatus constitucional de la Iglesia para asestarle un golpe mortal.

Las distintas diócesis tampoco ayudaron ya que sufrieron más que Bergoglio. El Arzobispado porteño es muy poderoso y está en condiciones de amortiguar golpes varios; otros vieron cómo al alinearse con la pareja oficial, los intendentes se volvieron austeros o tomaron una postura persecutoria. Si antes les perdonaban los impuestos, ahora comenzaban a cobrarlos, y los terrenos vacíos que no eran usados para fines religiosos corrían el riesgo de ser captados en parte de pago. Son muchos los curitas que en la desesperación poblaron baldíos con cruces y una inscripción que decía "Próximamente iglesia".

Dentro de la Iglesia, la opinión de los pares es clave. Cada tanto y ante la posibilidad de un cambio o ascenso, los sacerdotes que trabajaron con el potencial beneficiado tienen la chance de escribir sobre él, y les aseguro que no se privan de nada. Los obispos ostentan enorme poder aunque cuando llega la época de las evaluaciones son castigados sin piedad por sus "empleados": muchos ascensos murieron en esas cartas secretas donde un cura de una parroquia perdida puede convertirse en asesino serial y frustrar el camino a la gloria, no tanto por su opinión en sí sino porque termina siendo utilizada por alguien de más arriba que la valida desde el punto de visto político. Las leyendas negras también pesan mucho y cualquier historia es capaz de trepar hasta lo más alto del poder Vaticano. Hay hombres muy valiosos anclados en sus puestos ya que alguien inventó o ventiló un romance. Podrían ser rescatados por los poderosos pero, debido a que nadie quiere quedar fuera de carrera, suelen quedar varados en algún sector operativo y menor de sus diócesis.

Cuando entrevisté a Bergoglio hizo una suerte de mea culpa y aseguró que sus años de opositor habían quedado atrás, que la experiencia le indicaba la dificultad de gobernar: "Es realmente muy cansador. Te pasás horas y horas tratando de convencer a las personas, de mostrarles el camino; eso me pasó a mí y le

pasa a Cristina. Yo sé muy bien las tormentas que deben sor-tear". Y agregó que se consideraba incomprendido, que nunca había usado sus homilias con el objetivo de atacar al oficialismo. Claro que ya estaba retirado y esperando su partida al Hogar Sacerdotal.

Ahora que es Papa, la gente desespera por hablar con Bergoglio, pero no es ahí donde van a encontrar al verdadero personaje sino en sus homilias: difícil que sea brutal en los encuentros cara a cara, eso sí, ni bien agarra el púlpito dice exactamente lo que piensa y siente. Una de las razones por las cuales Cristina Kirchner dejó de ir al Tedeum en la Catedral porteña es que resulta imposible saber qué dirá Francisco. Aunque parezca mentira, algunos obispos de primera línea no solo comparten sus homilias con el gobierno de turno, sino que están abiertos a incluir modificaciones si la autoridad lo pide.

La respuesta de Bergoglio ante la requisitoria de Néstor Kirchner muestra cómo se maneja el poder en las altas esferas de la Iglesia. Hoy por hoy, la Institución sabe que en el pueblo perdió predicamento, sin embargo y en términos de intereses políticos, cualquier foto con un obispo puede marcar la diferencia. La Institución sigue pesando y mucho. Claro que se trata de una situación pasajera. Francisco sabe que si no vuelven a las bases, en breve terminará también su influencia "arriba". Pasó en Europa y ocurrirá acá si no se actúa rápido. En ese sentido, la renuncia de Ratzinger implicó un golpe enorme, necesario pero devastador. Si alguien sabía lo que significaba renunciar, ese era Benedicto XVI, quizás el más brillante de los papas recientes si lo miramos desde su capacidad intelectual. Salvó a la Iglesia y al mismo tiempo le dictó un ultimátum: esto es un Estado, y para más datos, uno viciado de corrupción. Al bajarse se posicionó en el lugar de presidente, como si hubiera dicho: "No soy el representante de Dios en la tierra, soy un primer mandatario acosado". El punto más bajo y vergonzante en muchísimos años. Es probable que en el futuro, Benedicto XVI sea el papa que salvó a la Iglesia, el único capaz de inmolarse con el fin de que las cosas se visualicen y puedan ser cambiadas.

¿Marketing del poder o poder del marketing?

UN PAPA MARKETINERO

Damos por sentado que los líderes espirituales católicos deben ser desprendidos y frugales, suerte de continuidad con la imagen de Cristo. Sin embargo, semejante decisión estratégica no encuentra consenso absoluto dentro de la Iglesia: de ser así, la mayoría de los templos tendrían que ser abandonados a la brevedad. Aún en las villas de emergencia, la parroquia suele ser el lugar más lindo del barrio, no un sucucho miserable en el que las personas se arrodillan a rezar. En un mundo atravesado por el capitalismo salvaje, la imagen del Papa y de sus zapatos veinteañeros resulta conmovedora, al mismo tiempo que plantea dilemas profundos desde el punto de vista filosófico y religioso. Ya de entrada, Francisco recortó por contraste, pero lo hizo desde una perspectiva personal, no institucional. Sabemos que quiere una Iglesia pobre para los pobres, pero ¿está dispuesto a dejar una Institución empobrecida? Esa debilidad central marcaban quienes, dentro de la misma Iglesia criolla, lo acusaban de marketinero serial; es decir, transforma el despacho papal en depósito y convierte la residencia cardenalicia en espacio para seminaristas, pero más allá de esos maquillajes formales, muy en sintonía con sus propias creencias y deseos, la Curia sigue intacta.

Como las marcas que te invitan a "no comprar el discurso imperante", Bergoglio actúa diferente dentro de un contexto que permanece igual. Aquellos que lo quieren dirán que está pensando en cambios a larguísimo plazo, que si choca contra el tren de frente termina destrozado en medio de las vías; los otros lo verán como un hijo del marketing que solo busca llamar la atención. ¿No es un acto de soberbia renunciar a las habitaciones papales? Para nosotros seguro que no pero, ¿qué dice de quienes durmieron ahí antes que él? Porque el pobre Benedicto XVI no queda muy bien parado, tampoco los que usaron el pa-

pamóvil blindado y la Guardia Suiza. Al mismo tiempo, ¿cuál es la hazaña de alguien que cierra el palacio vaticano? Una cosa es venderlo y otra muy distinta dejar de usarlo. También están quienes creen que la pompa es fundamental a las religiones, y que hay que tener el coraje de asumirla. Hasta el momento, Francisco hizo mucho con muy poco, lo ayuda el hecho de ser el primero en varios años que elige hablar de pobres y pobreza. Ahora bien, ¿qué les queda a los próximos? Porque ese camino que inició tiene dos salidas únicas: la vuelta a los oropeles deslumbrantes o el desprendimiento material definitivo. Nuestro Papa argentino puede darse el lujo de caminar por la cuerda floja de los signos (tiene escaso tiempo), menudo problema les dejó a los que vendrán después de él.

Si alguien de su equipo es cuestionado, Francisco evitará las defensas directas. Por ejemplo, cuando uno de sus hombres más fieles comenzó a ser atacado por el resto, lo sentó en su oficina un día entero con la puerta abierta de par en par. Primero, el empleado en cuestión no entendía nada. ¿Por qué tengo que trabajar acá?, al poco tiempo fue viendo cómo aquellos que desfilaban para ver al cardenal eran testigos de la confianza ciega que le tenía. Más allá de la humildad, son pocos los que se sientan en el sillón del jefe. Con ese simple gesto apagó la hoguera y los chismes dejaron de circular de una vez y para siempre. Tampoco toma decisiones apresuradas en los territorios que conoce bien. Mientras una simple nota de Verbitsky casi lo lleva a abortar el nacimiento de Canal 21, ni la más elaborada de las campañas en contra de su empleado de confianza y experto en asuntos económicos logró torcerle el brazo. Una cosa es la opinión pública y otra muy distinta las internas palaciegas, aunque encierren altas cuotas de verdad. Lo fue corriendo pero a su manera y en sus plazos.

“¿Conoce mejor manera de viajar por Buenos Aires?”, me contestó cuando le dije que era mucha la gente que veía en su promocionada sencillez una cuidadosa estrategia de marketing, y que descreían de sus viajes en subte o colectivo. Para aquellos que tienen una imagen demoníaca del marketing, es decir que lo entienden a manera de construcción vacía y mentirosa que se

utiliza a la hora de vender o cautivar inocentes capaces de creer en cualquier cosa, les despejo todas las dudas: Francisco no es ese tipo de marketinero que asegura dormir en Santa Marta, y por las noches se escabulle a los lujosos aposentos papales o acaricia la cruz de oro que no usa (hay muchos así dando vuelta), cazarlo en medio de esas debilidades es imposible. Incluso sus peores enemigos admiten que es una máquina destinada a largar peso con el fin de ganar altura. Que come poco, que se levanta a las cuatro de la mañana y puede aparecer en una iglesia perdida con el objetivo de confesar a cataratas de desconocidos que ni siquiera lo reconocen; todo eso es verdad, y si fuera mentira se trata del mentiroso más trabajador de la historia, ya que ejerce su cuento las veinticuatro horas sin descanso ni renunciaciones.

Para desgracia de sus críticos, el Bergoglio privado tiene muy pocas diferencias con la imagen pública que proyecta, por lo menos cuando hablamos de gestos concretos. Eso sí, que los actos simples cobren tanta importancia habla del estado crítico que atraviesa la institución que preside, no necesariamente de su santidad. Francisco se convierte en una suerte de mártir por el simple hecho de despreciar los excesos de la sociedad de consumo, de despreciarlos desde una perspectiva personal, no institucional. Porque como jefe de la Iglesia argentina tampoco produjo cambios estructurales profundos, se limitó a trabar las puertas de los palacios, a reconvertir los distintos espacios al tiempo que dormía en las dependencias de servicio. Pero los palacios siguen ahí, apenas transformados por la conducta de un sacerdote despojado que marcó el ritmo de su gestión personal y no el futuro de la Iglesia. Todo puede ser reciclado en cualquier momento por un cura menos austero, que decida sacar las cajas y devolver el despacho a su función original. Puede que al próximo le cueste hacer semejante movida ya que las comparaciones resultarían odiosas, claro que a futuro todo podría pasar. “Yo así no vivo”, aseguró Bergoglio, de ahí a marcar el pulso definitivo de la Iglesia hay mucha distancia, y la prueba de fuego se presenta ahora cuando sí tiene la posibilidad concreta de dar un golpe de timón debido al poder absoluto que

ostenta en el Vaticano.

Si dejamos de lado esa mirada demoníaca que asocia marketing y mentira en un mismo combo perverso, y nos reconciliamos con la actividad capitalista, Bergoglio puede ser considerado un sacerdote marketinero que sobrevalora el poder de los gestos y, por tal motivo, pone en riesgo su capacidad de transformar el mundo en serio. Hasta el momento, período que incluye al grueso de su carrera eclesiástica, el “método Francisco” fue muy efectivo para escalar en una institución barroca sin defensas ante un jesuita puro que, a diferencia de la mayoría de sus colegas de orden, sí quería ascender y lo hizo en tiempo récord. Claro que su brutal personalismo puede ser factor de cambios concretos, o la comprobación definitiva de que la Iglesia Católica, igual que todas las instituciones mundanas, cada tanto debe recurrir a un gatopardismo que distraiga y le permita ganar tiempo con el fin de recomponerse y seguir en el mismo camino. También podría ocurrir que sean los demás y no él quienes aprovechen a este Papa caído del cielo, le saquen el jugo y lo conviertan en una herramienta de marketing letal que retrase cualquier tipo de evolución necesaria. Porque mientras nos distraemos con sus zapatos y gestos políticos, lo esencial, lejos de ser invisible a los ojos, está detrás de este hombre que promete a través de su conducta franciscana.

En sus 15 años como cardenal primado de la Argentina, Francisco tuvo un objetivo muy claro: luchar contra la derecha que, entre otros, encarnaba monseñor Héctor Rubén Aguer. Jamás expresó sus planes en forma directa (no es su estilo), aunque resultaba obvio que caminaba en esa dirección. Si a lo largo de Latinoamérica Bergoglio era un papa en las sombras, en la Argentina y para los sectores poderosos Aguer ostentaba el título de arzobispo de Buenos Aires. No solo tenía excelentes vínculos con el Vaticano sino que su relación con el nuncio apostólico de entonces era muy buena. Al frente de La Plata, la segunda diócesis en importancia del país, Aguer llegó a tener por momentos más poder que Bergoglio, y aunque no recibía apoyo del oficialismo, sí contaba con el respaldo de empresa-

rios que miraban torcido al jesuita y sus gestos de humildad extrema.

Si la enemistad con Verbitsky allanó el camino papal de Francisco, su enfrentamiento con los Kirchner le permitió surfear la competencia del refinado obispo platense. Después de todo y ante el crecimiento de las agresiones contra la figura del cardenal, el Vaticano no podía soltarle la mano o admitir que su hombre más importante fuera vencido por el gobierno de turno. Más aún, de no haber sido por la cercanía del proceso electoral criollo (las legislativas), es probable que la supervivencia de Bergoglio después de la renuncia al cargo cuando cumplió 75 hubiese pasado a la historia como una de las más breves. Se “salvó” porque nadie quería arriesgar un cambio de caballo en medio del río. Pero la realidad es que cuando partió a Roma, sus días estaban contados. El papa emérito comenzó a mirarlo ni bien las papas, valga la aparente redundancia, comenzaron a quemar —antes estaba más cerca de considerarlo un personaje complicado y rebelde—. Tuvo que atravesar una profunda crisis para entender que, en definitiva, entre él y Bergoglio no había demasiadas diferencias, y que estaba rodeado de animales mucho más peligrosos. De pronto, el jesuita del fin del mundo se convirtió en la opción ideal para luchar contra los tumores enquistados en la Santa Sede.

Hoy las expectativas sobre el futuro de Francisco están divididas de una manera curiosa. La mayoría cree que todo lo que conocemos sobre él es una suerte de ensayo, que a lo largo de su vida se vino preparando para ser papa, y que este cargo no es más que un escalón en el camino que lo conducirá a lograr lo que en verdad quiere: convertirse en santo, no en uno del montón sino formar parte de aquellos que dejan huella y son seguidos por la gente. Pero las diferencias en serio aparecen a la hora de graficar cómo alcanzaría esos niveles de santidad. Para algunos (los más) profundizará su marketing personal hasta toparse con un atentado que lo saque de juego o cualquier situación peligrosa donde quede claro que “le pasó por actuar de manera diferente de los burócratas”. Es obvio que se trata de un movimiento inconsciente, no es que lo esté pensando.

Así las cosas, seguiría la línea que inició en Buenos Aires con los riesgos lógicos que supone ejercerla en el centro del Primer Mundo y siendo santo padre. Los menos creen que hará grandes cambios dentro de la Iglesia, llamando a un concilio y ejerciendo un papado revolucionario que marcará un antes y después en la institución que preside.

A simple vista se diría que Francisco quiere llevar su Iglesia hacia atrás, jamás empujarla a una evolución drástica que no tenga retorno. Claro que ese retroceso no pasa por lo dogmático sino por una vuelta al contacto con la gente. Sabe que al limpiar la institución de brillos y formalidades tiene la mitad del camino ganado, al menos es lo que llama la atención hoy. Un papa dentro de su caja de cristal blindada es lo menos cercano que un católico puede imaginar. En ese sentido, el marketing que desplegó en Buenos Aires podría resultar no solo efectivo sino también muy riesgoso, camino directo a la santidad. Quizá solo se trate de gestos simples que adquieren relevancia por la época triste y deslucida que le toca en suerte. De todas formas queda claro que, como dice el tango, le toca bailar con la más fea.

CORTES Y QUEBRADAS

—¿Cuál es su película favorita? —le pregunté a Bergoglio en diciembre de 2012.

—Me gusta mucho 'La Strada', de Federico Fellini.

—Muy buena...

—Sí, sí, excelente; especialmente recuerdo una escena. Gelsomina, la protagonista, está muy triste porque se siente poca cosa, especialmente se siente poca cosa para Zampanó, el hombre que ama... Me acuerdo que era de noche y se sienta al lado de un viajante que la ve llorar...

—Me acuerdo, estaban al lado de una carreta o algo así, ¿no?

—Sí, creo que sí. La cosa es que el viajante no sabe qué hacer y entonces agarra una piedra del suelo y le dice algo así como "¿Ves esta piedra, Gelsomina? Bueno, esta piedrita es tan importante como el universo entero. Parece poca cosa pero si no estuviera, nada tendría sentido"; entonces ella se pone contenta y agarra esa piedra como si fuera un tesoro, entiende por un rato el valor de todas las obras de Dios, incluso el valor de ella que se sentía muy disminuida...

—Sí, me acuerdo perfecto; de eso y del grito final de Anthony Quinn, quien hacía de Zampanó, cuando descubre que Gelsomina muere cuando la deja sola.

—Tremendo ese grito —acota Bergoglio.

No sé si quienes organizan esos festivales en los que el Papa debe soportar a Diego Torres y otros cantantes familiares por el estilo se animarían a proyectar "La Strada". Se trata de una historia muy dura: Gelsomina, una chica con cierto retraso mental (hoy diríamos capacidades diferentes) es vendida por su madre a Zampanó, artista callejero que va de pueblo en pueblo ganándose la vida. Aunque se trata de un hombre bruto que la trata mal, Gelsomina se enamora y le obsequia una fidelidad

absoluta. Por supuesto, Zampanó tiene relaciones con ella pero la considera una cosa, un objeto que se usa y desecha; de hecho contrata prostitutas en el camino, frente a una Gelsomina que sufre en silencio. Al final la abandona para volver arrepentido y descubrir que murió. El grito de dolor que lanza Zampanó es uno de los más dramáticos de la historia del cine. Eso y la frase "E' arrivato Zampanó", pronunciada por el dúo cada vez que llegaban a un pueblo, quedaron por años en el inconsciente colectivo de los cinéfilos.

"Síndrome de Estocolmo", diría cualquier psicólogo mediocre de nuestra era, pero lo de Gelsomina era amor verdadero, también el que sentía Zampanó aunque no se diera cuenta. Todo eso percibió el Papa que, supongo, para valorar semejante obra de arte debió derrotar unos cuantos prejuicios.

Casi todos saben que además de su promocionada afición por el Club San Lorenzo, Francisco ama el tango. Ya en el rol de cardenal primado dedicó buena parte de su tiempo a consolar los últimos años de Tita Merello, quien, según aseguró varias veces, le recordaba a la famosísima actriz del neorealismo italiano Anna Magnani, protagonista de películas como "Roma ciudad abierta" y otras por el estilo que mostraban la tragedia italiana posguerra. Obras que dieron origen a una corriente creativa capaz de influir en Hollywood, incluso teniendo en cuenta que filmaban sin plata, en blanco y negro y 16mm, con gente común recogida de la calle y ninguna experiencia frente a cámara; muchos de ellos se suicidaron porque no pudieron soportar ese estrellato súbito que empezaba y terminaba en un solo papel (rara vez volvían a trabajar).

—¿Cómo fueron esos años con Tita? —pregunté.

—Muy difíciles. Tenía mucho miedo de morir, estaba asustada y le costaba encontrar paz...

—¿Tanto?

—Sí, entraba y salía de depresiones profundas. Creo que mi compañía la aliviaba un poco. En el año 1997 decidió quedarse a vivir dentro de la Clínica Favalaro y jamás volvió a salir, creo que una sola vez para que le hicieran alguna entrevista, pero no estoy del todo seguro; se quedó ahí porque en su casa se había

mareado y no quería volver, creía que en la Clínica estaba protegida contra la muerte. Falleció en la Navidad de 2002, para entonces yo estaba al frente del Arzobispado, todo era triste y es lógico que fuera así, se fue apagando de a poco y con una lucidez mental extraordinaria. Porque nunca perdió la cabeza ni mucho menos...

—¿Por qué la asocia con Ana Magnani?

—Por la forma de actuar y los papeles que hacía. Pero creo que Tita era todavía más completa porque encima cantaba tangos, no tenía buena voz pero decía muy pero muy bien. Fue una gran cantante; para mí la mejor de todas.

Con 77 años, Bergoglio no solo tenía edad para pertenecer a la generación que vivió la gloria del tango, también fue testigo de los años de oro del cine argentino, filmes hechos para mujeres que después de una etapa arrabalera dirigida a las clases bajas poco ilustradas ("Tango", por ejemplo), entró en los sectores medios con productos livianos del tipo "Claro de luna", protagonizado por las mellizas Mirtha y Silvia Legrand. Mientras los pibes de barriadas bravas y alejadas iban a ver cintas de cowboys en continuado y por unos pocos centavos, aquellos que pertenecían a la clase media como Bergoglio, en especial a partir de 1940, salían con sus madres a disfrutar estas películas ingenuas que siempre tenían algún tipo de lección moral capaz de hacer lagrimear a las señoras de su casa, y aunque los chicos se aburrían por falta de acción o exceso de almíbar, al fin del día era mejor ir a esos cines que quedarse leyendo cómics o escuchando radio, el medio por excelencia de la época. Estrenadas en Lavalle, por ese entonces meca de los cineastas, las cintas criollas salían de cartel enseguida para iniciar largos maratones en la periferia de la ciudad y el interior. Igual que ahora, cualquier película americana resultaba imbatible, pero esos programas especiales eran para los sábados a la noche (muy de vez en cuando), en Flores y a la vuelta de su casa. Bergoglio tenía los últimos títulos de Lumiton o Argentina Sono Film, productoras que junto a Estudios San Miguel concentraban el grueso de la actividad filmica del país, y hacían las delicias de los niveles medios.

Si los gustos de Bergoglio en materia de cinematografía universal resultan sofisticados y hasta complejos, su pasión por las cintas criollas responde al modelo típico de niño bien que empezó con las Legrand, junto a su mamá en las tardes de cine para damas, y evolucionó en la adolescencia con la filmografía áspera y sensual de Merello.

Cuando llegó a Bergoglio, Tita era una devota que se había iniciado en el "camino del Señor" recién en los años ochenta, siendo ya una mujer muy mayor y golpeada feo por la vida, en particular era notoria su soledad. Tenía un pasado turbulento que incluso hoy llamaría la atención en términos de amoríos y promiscuidad. Hasta 1950, Merello tuvo un único dios: Luis Sandrini, actor cómico que fue estrella nacional indiscutida y la abandonó para casarse y formar familia con una mujer mucho menor. Semejante plantón generó dos movimientos en aquella actriz/cantante despechada; por un lado jamás volvió a formar pareja estable, por otro, creció profesionalmente hasta convertirse en la mejor actriz argentina de su tiempo. Los films que atesora Bergoglio pertenecen a esa segunda etapa, y se caracterizan por un fuerte contenido social sazonado con algo que no estaba tan claro ni resultaba evidente en Magnani: erotismo.

Mientras que en Italia se produjo una división entre las actrices prestigiosas y los símbolos sexuales que llegarían después (Gina Lollobrigida, Sofía Loren), en la Argentina, Merello fusionó ambas corrientes, y lo hizo a pesar de ser alguien que atravesó el grueso de su brillante carrera bien pasados los cuarenta. Con esto quiero decir que Tita no era solo una gran actriz que excluía la sexualidad o la sublimaba haciendo teatro clásico, al contrario, toda su obra tiene un fuerte contenido de erotismo que ahora está matizado por el paso de las décadas, pero entonces sobresalía y debió resultar obvio a los ojos del ex cardenal primado porteño, quien tenía entre 16 y 20 años cuando comenzó a admirarla.

Mención aparte merece la pata peronista del asunto: Tita Merello era menos peronista de lo que nos quieren hacer creer hoy, sin embargo su arte nacional y popular parecía calzar perfecto en el marco del movimiento ideológico justicialista (por eso

fue perseguida al caer Perón). Apenas una vez actuó de rica y en una colaboración secundaria ("Deshonra"), en el resto de los guiones interpretó roles que parecían copiados con papel de calcar: fémica de pasado oscuro, generalmente prostibulario, que se reivindica a través del trabajo y la honradez o muere. En caso de que busquen una interpretación básica pero pertinente, Tita Merello, la actriz favorita del Papa Francisco, es lo más parecido a una versión porteña y tanguera de María Magdalena. Tanto en sus actuaciones como en la vida, Merello representa la típica mujer de existencia liviana que se redime a través de la fe religiosa o el sacrificio.

Hace un par de años me llamaron de Flores, el barrio porteño donde nació y se crió Francisco: la idea era devolverle brillo porque atraviesa una decadencia fea. Tan agudo es el problema que algunas áreas comenzaron a cambiar de nombre, como si se avergonzaran de su linaje. Si Palermo se extiende cada día más con sus versiones Hollywood o Soho, Flores parece estar en manos de reductores de cabezas. Los viejos viven encerrados y la juventud no encuentra motivos de orgullo o arraigo. Personajes ilustres como Libertad Lamarque y Hugo del Carril, quienes alguna vez habitaron sus calles, cayeron en el olvido, y a diferencia de San Telmo carece de una identidad definida que le aporte valor turístico, solo queda el recuerdo de un estilo de vida que desapareció.

—¿No cree que a Flores le faltó un tango bien popular que lo immortalice, uno como "Barrio de Belgrano"?

—Pero hay uno..., "San José de Flores", creo que se llama. Sí, sí, "San José de Flores". ¿Lo conoce?

—Sí, pero no lo deja muy bien parado, "Me da pena verte hoy Barrio de Flores...", me parece que dice.

—Será mi destino rodar y rodar...

CAPÍTULO 13

ANOREXIA PAPAL

“Los Servicios de Inteligencia criollos no deben ser muy buenos”, pensé al ver que, durante su primera visita oficial, Cristina Kirchner le llevó al flamante Papa un set para tomar mate. Si era tan espiado como se decía (siempre se comentaba de teléfonos pinchados y otras cuestiones por el estilo), debían saber que aunque matear es una de sus actividades preferidas, recibir regalos activa en él un suerte de “anorexia”. Cuando compartí mi pensamiento con gente cercana a Francisco, advertí que el gesto presidencial portaba, además, una lectura política:

—¿Qué va a hacer el Papa con todos los regalos que le están llevando?

—Acá los donaba. en una de esas, arma una vitrina especial...

—contestó la mano derecha criolla de Francisco.

—Pero quedar no se los queda. ¿No?

—No, no se los queda. Dice que juró regalar todo lo que le dan.

—¿Y el mate que le entregó Cristina Kirchner?

—¿Qué pasa con el mate?

—Digo, a Bergoglio le gusta mucho el mate. ¿Usará el equipo que le llevó la Presidenta?

—No creo que lo use...

Francisco es muy frugal con la comida, costumbre que arrastra desde los 21 años cuando debido a una infección machaza que lo dejó al borde de la muerte durante varios días y, según dicen, terminó de definir su vocación religiosa, le sacaron parte del pulmón derecho (tiene limitada su capacidad respiratoria). Su dieta: pollo, pescado, algo de carne, mucha verdura y nada de alcohol, la única debilidad que tiene son los dulces en todas sus formas. A la cabeza de sus gustos en la materia van los chocolates, pero si quieren saber cuál es su postre favorito, ese al que no le puede decir “no” bajo ningún concepto: galletitas de limón

bañadas en chocolate.

Un día y solo porque andaba por ahí trabajando, me colé en un pequeño festejo de cumpleaños que le hicieron los empleados del Canal 21. Si el hecho de que le llevaran dulces de cualquier grupo y factor cerraba (nada de presentes pomposos para el cardenal), ¿por qué se los regalaban rotos? Más aún, varios estaban directamente mordidos, o al menos alguien les había cortado un pedazo sin disimulo. Conocía la tradición de romper el papel, no la de destrozar el obsequio en cuestión. Claro que nadie se asombraba y hasta parecían miembros de una congregación que conocían las reglas del convite: nada de lo que se le daba al cardenal podía estar intacto y en condiciones aceptables de presentación.

Recién cuando terminó la “fiesta” y todos volvieron a sus oficinas, me acerqué a Julio Rimoldi, director del Canal 21, y le pregunté sobre el affaire de los obsequios destrozados.

—¿La pasaste bien, Bello?

—Sí, el cardenal parecía contento...

—Sí, sí, es muy difícil convencerlo para estas cosas, pero hoy coincidía con un festejo interno y entonces vino.

—Muchos dulces...

—Le encantan, muere por el chocolate y los dulces en general, creo que es la única debilidad que le conozco al hombre.

—Pero por qué se los daban todos así...

—¿Rotos?

—Sí, sí, todos rotos y despedazados.

—Porque Bergoglio no acepta regalos. Le das algo y tiene que entregárselo enseguida a otra persona, es una promesa o algo así que hizo hace mucho tiempo y la cumple a rajatabla.

—No sabía, nadie me había dicho nada.

—La verdad es que mucho no le gusta que se sepa, nosotros ya le tomamos el punto y rompemos todo así no se lo puede regalar a nadie, especialmente con los dulces, que le encantan. Igual siente que le hacemos trampa.

Casi todos los desprendimientos de Bergoglio tienen un porqué, alguna razón que se guarda y no siempre expresa. Así como prefiere esquivar los motivos que le impiden ver televisión (solo

sabemos que vio “algo”) y nos queda intuirlos, su resistencia a recibir regalos también permanece en una suerte de nebulosa. Porque jamás dice “No me regalen nada”; al contrario, le llevás un presente y lo recibe con alegría, agradeciendo igual que un chico feliz. Se diría que lo estaba esperando desde siempre, y el hecho de que conozcas su “secreto” cambia en poco el ritual que repite ante cada “ofrenda” que se le hace:

—Sé que usted no acepta regalos pero igual se la traigo, total una vez que la vea puede regalarla... —le dije un día con relación a una película.

—¡Pero muchas gracias! — contestó entusiasmado.

Pasó por alto que conociera esa parte de su intimidad y se quedó con el film sin problemas; eso sí, tampoco dijo: “Es cierto, no acepto regalos”, ni preguntó: “¿Y usted cómo sabe que hice una promesa?”.

Creo que con el paso de los años, Bergoglio fue desarrollando una especie de anorexia en relación con el materialismo y sus códigos mundanos de acumulación compulsiva. Se diría que siente cierto placer a la hora de desprenderse de las cosas, nunca es demasiada la carga que tira por la borda o entrega a terceros. En sintonía con quienes sufren esa enfermedad va sacando “alimentos” hasta alcanzar límites insospechados de inanición que lo vuelven inmune a los sobornos. Sin embargo, el sacrificio de semejante conducta no se le nota, incluso su reacción ante el mecanismo automático que desarrolló se emparenta con el disfrute. Despojarse le hace muy bien; al mismo tiempo y respondiendo al mote “anoréxico de manual”, vive rodeado de abundancias que serían perturbadoras para cualquier mortal. Si los enfermos de anorexia se calman cuando ven mucha comida alrededor, comportamiento que se evidencia al momento de organizar una fiesta (la saturarán de delicias), Bergoglio abraza una contradicción similar que lo define: elige la pobreza pero vive dentro de un palacio, puede que ocupe el cuarto más alejado, frío y desangelado del palacete que le toca en suerte, aunque en definitiva pasea sus ropas viejas y raídas entre lujos extravagantes que le sirven de marco o contención. El problema no es la “comida” sino su relación con ella.

Una característica extendida dentro de las clases altas es, justamente, organizar banquetes exquisitos por los que deambulan cuerpos esqueléticos que nunca los degustarán; comer en público está mal visto pero menospreciar el contenido de las bandejas (en cantidad y calidad) también, movimiento esquizoide que pasa por normal y rara vez es cuestionado. Buena parte de la sociedad moderna dedica mucho esfuerzo a la hora de demostrar que los huesos son una decisión personal, no producto de carencias materiales o desórdenes alimenticios. En el pasado, ser gordo era sinónimo de salud y riqueza, hoy la clave pasa por extremar delgadeces que vienen acompañadas de abundancias varias. En ciertos sectores, la comida fue adquiriendo un valor decorativo, el menú se planifica con meses de anticipación y debe ser perfecto, eso sí, casi ni se toca y tiene por destino seguro la basura. Porque nadie quiere pensar demasiado en los sobrantes, prueba por excelencia de que las conductas consideradas normales huelen mal y hacen agua. En idéntico sentido va la costumbre de sumergir la cabeza del cumpleaños en la torta, muy popular entre los chicos de clase media y alta, donde lo que debería ser, en términos alimenticios, el punto más alto del festejo, se convierte en objeto, cotillón con el que se juega.

Detrás de esas conductas se esconde la compulsión por controlar. La delgadez extrema tiene enorme valor, pero los métodos que llevan a ella deben permanecer más o menos ocultos. Si muchas de las fiestas top se organizaran pensando en lo que la gente come, el resultado sería un deslucido menú de hospital, algo más propio de la enfermedad. Se supone que la gente sana se conforma con mirar la exquisiteces.

Bergoglio hace lo mismo pero con las posesiones materiales de la Iglesia Católica: nada lo atrae pero consiguió ser el rey absoluto de todo. La fuerza motriz generada por esos zapatos negros que usa hace veinte años bien podría empujar para abajo y dejarlo misionando en alguna villa miseria, sin embargo en su caso no hacen más que impulsarlo hacia arriba. El tema no es a dónde va (puede visitar las villas) sino dónde vive, y en ese punto sigue los patrones de las clases altas y su necesidad de escenografías suculentas que maticen sus hambrunas crónicas.

De la misma manera que la delgadez luce el doble cerca de un plato exquisito (en la pobreza es normal), sus actos franciscanos impactan al reflejarse en el oro de los territorios que conquistó a lo largo de su brillante carrera. Nunca debemos olvidar que fue provincial de los jesuitas, el cargo más alto en la orden, a una edad muy temprana. En la Iglesia se puede decir "no" a los ascensos, y el Vaticano dista de ser un espacio apto para encontrarse con los pobres que tanto ama. Ahora, lleva uno a la Santa Sede, lo sienta en su mesa, y el resultado es un cuadro de valor simbólico perdurable.

Bergoglio sabe que el contraste es un método de enseñanza, y uno muy bueno por cierto. Arrumbado en su Iglesia de Flores era un jesuita del montón que remendaba sus trajes raídos por el uso, pero llegando a las altas esferas se convirtió en un fenómeno que llama la atención. Es evidente que su largo proceso de desprendimiento dejó afuera un tema fundamental: la decisión de crecer en la estructura eclesiástica y contrastar con movimientos insólitos que desentonen. Si su mensaje avanza o muere en él y sus particularidades, depende de otra cosa: cómo manejará el poder. En Buenos Aires, hay que decirlo, privilegió los gestos.

En términos metafísicos y dejando de lado los objetos (palacios, coronas, cruces, etc.), la anorexia papal se caracteriza por una tendencia a acumular la mayor cantidad de poder posible mientras lo deja sobre la bandeja sin tocar, obvio que en ese plano y ya lejos de los signos que conmueven al mundo, su conducta tiene un riesgo: que el enorme poderío conseguido termine en la "basura", como la comida elegante de las fiestas anoréxicas. Porque a decir verdad tampoco lo reparte demasiado, le gusta mantener el control. Mientras era arzobispo porteño tenía la excusa del poder papal, ahora solo le queda superar la anorexia y vaciar las bandejas, caso contrario la institución eclesiástica que preside seguirá exhibiendo delgadeces peligrosas.

—¿Cómo maneja la admiración de la gente? —le pregunté.

—La acepto como demostración de afecto, nada más.

—Pero usted sabe que es poder...

Para mí es afecto.

CAPÍTULO 14

EL CHICO DE LA CALLE

—¿Usted es el cardenal Bergoglio?, —le preguntó una señora en el subte.

—No. ¡Mire si un cardenal va a viajar en subte, señora! —respondió Bergoglio bajando la cabeza.

—Dicen que Bergoglio sí viaja en subte, que se mueve en subte y colectivo...

—Dicen, dicen, habrá viajado una vez, no creo que viaje todos los días apretado... ¿Qué cree usted?

—Pero usted es igual a Bergoglio.

—¿Le parece?

El propio cardenal contó esta anécdota callejera en una reunión del Consejo Asesor del Canal 21. Mucha gente cree que Bergoglio caminaba para no perder contacto directo con los fieles de a pie, aquellos poco propensos a los templos y las misas. Aunque algo de eso hay, la principal razón de esos ya míticos movimientos urbanos cardenalicios era, simplemente y sin demasiadas vueltas, trasladarse como cualquier otro mortal que se mueve mucho y no quiere testigos que le marquen el ritmo o le sigan pisada; bastante tenía con las operaciones que, todos suponían, se armaban desde la SIDE. Acostumbrado a una rutina que incluía levantarse a las tres de la mañana, ningún chofer hubiera aguantado ese trajín demoledor y, en caso de conseguir uno sacrificado que lo soportara, se hubiese convertido en “familia” o testigo privilegiado de sus andanzas, ataduras que el Papa prefiere esquivar a toda costa.

El tema de la “humanidad” de los sacerdotes siempre es materia de discusión dentro de la Iglesia, peor cuando se trata de un cardenal primado, alguien a quien la gente imagina “cerquita de Dios”. Por ejemplo, cada tanto los curas porteños (en otras localidades pasa lo mismo) se juntan en una suerte de “reunión de consorcio” y hablan acerca de lo que les pasa en relación con el

ejercicio de sus ministerios, las conclusiones quedan asentadas en actas que a los ojos de cualquier fiel resultarían escandalosas. Sin embargo forman parte del día a día del catolicismo, y si se las lee a través del tiempo, nunca fueron muy diferentes. Curas cansados hubo siempre; hombres con sangre en las venas que se hartan de desfilar en cuanto velatorio le ponen en el camino, aguantando deudos que les piden respuestas imposibles. “Estoy podrido de ir a los entierros, que vaya él (señalando a un tercero)”, “Por qué siempre me tocan los peores barrios”, “No aguanto más la rutina de andar acompañando cajones de muertos”, esto sin contar temas como vacaciones o quejas sobre asuntos económicos. “Vos no te quejás porque los tuyos dejan un montón de plata”.

La Iglesia Católica opera igual que una monarquía, y un sacerdote que hoy está tranquilo en su capilla mañana puede terminar lidiando con realidades que desconoce. Se supone que deberían ser santos, pero estamos hablando de hombres comunes y corrientes de los que la gente suele esperar mucho. “Ama a tu obispo porque el que viene será mucho peor”, asegura un dicho muy difundido en las iglesias.

Otro drama es la calidad de los curas, la manera en que vienen perdiendo cultura y formación con el paso de los años, situación que la gente no percibe:

—¿Por qué no lo saca directamente y listo? —le pregunté a un importante obispo; hablábamos de un cura problemático que no paraba de meter la pata.

—No es tan fácil como usted cree, Bello...

—Tan difícil no puede ser, monseñor. El problema es que lo tiene en una iglesia importante.

—Mire, en principio hay cada vez menos vocaciones, no tenemos curas disponibles; además, saco a un chorro y me viene un degenerado, y si no es así, un vago que no abre la capilla ni para ventilarla. ¿Sabe lo que cuesta manejar una diócesis hoy? La gente quiere buenos sacerdotes pero cada día hay menos.

Las personas grandes creen que tienen “mala suerte” si les toca un curita de escasa cultura o formación deficiente, pero la verdad es que el seminario sigue la línea descendente de los

demás claustros educativos argentinos; es decir, entre los mayores de cincuenta la cantidad de “sabios” resulta significativa, bajando esas edades hay que barrenar para encontrar uno bueno, que sea ilustrado y pueda tener una cabeza que decodifique los tiempos que corren.

—¿Conocés muchos curas latinoamericanos?

—La verdad que no...

—Bueno, nosotros vamos hacia ahí; algunos tienen problemas hasta con la lectura. No te voy a decir que no saben leer pero pegan en el poste...

Si bien Francisco pertenece a la generación de sacerdotes que hablan varios idiomas y pueden discutir sobre cualquier tema sin equivocarse o quedar mal parados, sabe que además de vivir en una sociedad empobrecida por el entretenimiento y la falta de educación, maneja una institución pauperizada donde los curas ultraformados están en el imaginario colectivo, no en la realidad eclesial concreta que le toca en suerte. Por eso destaca cosas simples y habla de volver a la calle y entrar en contacto con la gente. Si además de brutos permanecen encerrados, el futuro de la Iglesia no luce muy esperanzador. Más aun, cree que dentro de una comunidad compleja y en cierta forma retorcida, la simplicidad puede resultar sanadora. Mientras Ratzinger busca la verdad en los libros y sus estudios teológicos, Francisco se limita a las bellezas y horrores de la calle, por eso nunca dejó de confesar. Miles de peregrinos a Luján fueron confesados por él durante los últimos años y ni siquiera se dieron cuenta; era uno más en la multitud de confesores.

—¿Cambió mucho la confesión?

—Muchísimo... Antes eran “pavadas”, cosas de chicos; y ahora alguien puede mirarte a la cara diciendo que mató a una persona sin que se le mueva un pelo...

En especial durante las grandes peregrinaciones, cuando se junta muchísima gente en las iglesias, varios curas terminan con síntomas de ataque de pánico. Un obispo ejemplificó así las situaciones que deben atravesar:

—Vino una chica, muy linda ella. Primero decía incoherencias, después me pidió que asomara la cabeza y mirara a un

muchacho que estaba sentado junto a una nena, en la Basílica de Luján: “Ese que está ahí es mi novio, y la de al lado mi hermanita de ocho años... Mire, padre, mi novio viola a mi hermanita, pero como lo amo tanto acusé a mi hermano que terminó preso por esas violaciones, la convencí a ella también y ahí están, pero la sigue violando...”.

—¿Qué se hace en esos casos?

—Lo que se puede, Bello.

—También hay algunas graciosas —aseguró ni bien vio mi cara desfigurada:

—Un día viene un tipo compungido a confesarse. Parece que estaba de vacaciones en la costa con su familia y la suegra se le muere de golpe, de un bobazo o algo así. Hacer todos los trámites era un lío y costaba caro, entonces decidieron cargarla en el techo del auto, envolvieron a la pobre vieja en una alfombra. Obvio que no les dijeron nada a los chicos... Bueno, el tema es que los pibes jorobaban tanto con ir al baño que pararon en una estación de servicio, en medio de la ruta. ¿Querés adivinar o te sigo contando? Mientras comían algo, unos chorros se afanaron la alfombra. ¡Nunca pudieron encontrar a la vieja! No sabés la angustia que tenía el cristiano.

Acostumbrado a los halagos y el acoso de los devotos, Bergoglio colecciona insultos callejeros, le gusta contar cómo lo maltratan en la calle, incluso cuando se trata de temas complicados:

—Un día estoy subiendo al subte y veo dos jovencitos que me miran feo. Al lado mío venía sentada una señora mayor, bastante mayor. Me miraban, me miraban, y yo con la vista clavada en la ventana, por las dudas. De pronto se fueron acercando, agarrados de la mano y con una expresión de bronca muy evidente: “¡No pudiste, viejo de miércoles! Al final no pudiste con nosotros”, decían a los gritos mientras me mostraban el anillo de casamiento. Fue poco después de la aprobación de la ley de matrimonio igualitario. Quedé medio sorprendido y por instinto miré a la señora que venía sentada conmigo. “En una de esas dice algo a favor mío”, pensé. En eso estaba cuando la mujer mira a los muchachos y les dice: “No se gasten, chicos, estos

curas son todos una mierda”. La verdad es que fue gracioso.

La calle es el escenario por excelencia para Bergoglio, y no solo porque encuentre gente dispuesta a insultarlo y divertirlo. Como todo gran comunicador sabe que sus actos públicos tienen enorme repercusión en los demás. Mientras algunos eligen el camino directo de los medios masivos y su alcance, él prefiere guardar silencio y reservarse las virtudes del asfalto usado a manera de escenario. Uno de los motivos por los que evita el contacto con la prensa es para preservar el impacto de sus homilias. El tema no es solo qué dice sino dónde, y el púlpito le dio excelentes resultados a lo largo de los años. Si la mayoría de los sacerdotes da misa ante una audiencia medio dormida que cumple con las reglas sin escuchar demasiado ni conmoverse, Bergoglio logra que su homilía funcione igual que los estrenos cinematográficos. Sin poder tenerlo cara a cara, la prensa espera esos pocos minutos donde la ideología y el pensamiento del cardenal se materializan, y le da buenos espacios en los días posteriores. Repercusión asegurada. En ese sentido, Francisco y Cristina Kirchner se parecen bastante, ambos buscan un marco ampuloso para sus palabras y no están dispuestos a diluirlas con excesos de preguntas. Son ellos los que marcan el ritmo, algo difícil de hacer en las conferencias de prensa.

En la dialéctica de Bergoglio se da una paradoja: promueve el diálogo sin ejercitarlo demasiado. Si bien es cierto que recibe a todos, el grueso de su comunicación (sus homilias) funcionan a manera de sentencias dictadas con dureza, es decir, desde lo gestual abraza a cualquier personaje que se le cruce, a la hora de fijar posición es poco afecto al intercambio. Parte de esta postura tiene que ver con su rol de sacerdote que evangeliza, el resto obedece a cuestiones de personalidad. Decide en soledad y rara vez comparte su óptica con nadie. Lo máximo que puede hacer, siempre y cuando se trate de alguien muy querido y conocido, es tranquilizarlo con un anticipo que se reducirá a: “Vos no te preocupes”.

Su círculo íntimo, la mayoría de las veces inseguro y en estado de alerta frente a sus manipulaciones, nunca sabe qué ocurrirá en el futuro cercano, se enteran al mismo tiempo que los

demás. Para Bergoglio, el privilegio de saber anticipadamente jamás se delega y no hay manera de que cruce esa barrera. Todos creen que alguien sí está en conocimiento, pero al final del día se descubren en el mismo lodo, todos manoseados.

También utiliza el pasado de las personas cercanas (y hasta queridas) para decirles por qué algo no se concreta; después de prometer un puesto puede asegurar que determinado hecho ocurrido hace años resultó insalvable en la Santa Sede, que alguien lo sacó a relucir. Según se mire, esta forma de actuar puede ser algo perverso o un mecanismo de defensa contra la marea humana que le pide favores. Porque algo tiene claro: quienes pasan por sus oficinas no sólo esperan una bendición sanadora, pretenden llevarse un favor concreto, y su agenda tiene cientos de esos pedidos por mes. Decir "No" implicaría ganarse más enemigos de los soportables por cualquier ser humano a quien los demás creen capaz de todo en el sentido más amplio del término.

LOS EMISARIOS DE FRANCISCO

—Monseñor dice que si la nota no sale te arreglamos el tema de las becas.

—¿Cómo?

—Sí, nos enteramos que está por salir en NOTICIAS una nota sobre la UCA y preferiríamos que no la saquen...

—Pero va a ser muy difícil —contesté.

—Te prometo que tienen todas las becas, en serio, todas las que necesiten —aseguró el contador que se decía enviado de Bergoglio.

¿Cómo probar la veracidad de un llamado papal? Ni bien Francisco asumió en Roma se multiplicaron las personas que dicen haber recibido un llamado del Papa argentino. Más aun, los representantes de Su Santidad pululan por todos lados, en especial dentro de la política, donde una foto con el jefe de la Iglesia Católica cotiza en bolsa y, se supone, suma votos. Hay una suerte de mercado negro que vehiculiza los pedidos de encuentro papal. "¿Querés una entrevista privada? Yo te la consigo, eso sí, vas a tener que esperar un poco porque la demanda es enorme y el hombre está ocupadísimo."

Cualquiera de nosotros puede pedir una entrevista con Francisco a través de los canales diplomáticos vaticanos, obvio que la recepción no siempre está asegurada, pero es mejor eso que caer en manos de un vivo, capaz de pedir favores a cambio de anotarnos en una lista colectiva que podríamos llenar con nuestras propias manos. Si la necesidad de entrevistarlo es muy urgente, conviene pasar por el Arzobispado y evitar los vericuetos de la política criolla; al menos en la Curia dirán si el encuentro es posible, y en caso de que quieran ayudar cuentan con una herramienta fundamental que pocos conocen: el correo diplomático privado que depositará el pedido en manos del Papa sí o sí. Cuando de Bergoglio se trata, lo mejor es evitar el pensamiento

lateral y avanzar de frente.

Desde su asunción en Roma, Francisco llamó a pocos compatriotas, y por cuestiones casi cotidianas. Claro que es muy fácil mentir estando a tanta distancia. Primero, ¿quién va a constatar que el llamado en cuestión existió? No es fácil acercarse al Papa y preguntarle: “¿Usted llamó a fulano de tal, Su Santidad?”. Segundo, incluso en el caso de que diga “no”, siempre quedará la duda. Una cosa es cierta: la mejor forma de identificar a quienes están cerca de él es mirar las fotos que salen en los medios. Sus colaboradores cercanos saben que detesta el uso de su imagen como moneda de cambio. Si ya se molestaba siendo cardenal, imaginen la distancia que tomará hoy. Aquel famoso: “No vengan a mi asunción, donen el dinero del viaje a los necesitados”, responde a la misma lógica. De entrada dejó en claro que quienes ponían un pie en Italia estaban “violando” sus órdenes. Con ese solo gesto generó dos movimientos: protegió a quienes no fueron y disminuyó la influencia de los que sí corrieron a abrazarlo en la Plaza San Pedro. Salvo que exista una crisis terminal, Bergoglio evita por todos los medios señalar a las personas que se sientan a su mesa chica.

“Es mi mano derecha”, le comenté hace años a un cliente mientras le presentaba a mi secretaria de toda la vida. “Lo que pasa es que el señor Bello es zurdo”, contestó ella con ironía saturada de verdad. A excepción de un par de personas (y el número es literal), la mesa chica de Bergoglio gira de manera constante, las personas entran y salen. Esperar algún tipo de exclusividad del Papa resulta inútil: él nos hará creer que somos indispensables para el desarrollo de sus proyectos, al mismo tiempo visitará otras “cabezas” con el objetivo de ver qué piensan, y así siempre con todo. Peor aún, llega a olfatear que sus servidores se recuestan en él o lo usan a la hora de conseguir algún beneficio adicional, y se encargará de que semejante confusión no vuelva a ocurrir en el futuro. Conozco amigos personales que ni siquiera se animan a expresarle algún deseo o necesidad. Puede que los llame a la hora de resolver un conflicto o conocer su opinión sobre terceros, pero de ahí a decirle: “Quiero que me hagas obispo”, hay una enorme diferencia que

nadie salva. Solo los desconocidos que encuentra en la calle pueden pedirle algo de manera directa y brutal, al resto le queda esperar y leer entre líneas. Sus intenciones se olfatean.

La contracara de esta técnica, que pasa por mantener a los colaboradores cercanos en vilo y estresados, es su capacidad de resistir las campañas de desprestigio que van dirigidas a sus hombres de confianza. Durante años baneó a un contador ligado a la UCA (Universidad Católica) que las redes sociales tildaban de ladrón en todos los idiomas, y cuando el hombre fue a verlo con los papeles que probaban su inocencia lo expulsó de su oficina diciendo: “¿Sabe las infamias que debo soportar yo?”. Igual con el paso del tiempo terminó corriéndolo, pero no tanto por esos mensajes anónimos que poblaban las redes sociales: el señor no se conformaba con los perdones cardenalicios y quería ascender unos escalones más en su posición laboral dentro de la Iglesia, beneficio que, además, pretendía hacer extensivo a varios miembros de su familia.

Por otra parte y durante la gestión de Bergoglio, estar cerca de la Iglesia y obtener beneficios fueron cualquier cosa menos sinónimos. Por ejemplo, en determinado momento y para un aniversario de la revista NOTICIAS, tuvimos la siguiente idea creativa: ¿Por qué no privilegiamos la educación y entregamos becas a chicos de bajos recursos? ¡Bingo! Dada mi relación eclesial, lo más normal era cerrar un trato con la UCA. Nos tuvieron meses dando vueltas y el proyecto terminó concretándose con otra universidad que dijo “sí” enseguida y sin poner ninguna traba. En el medio de ese proceso estábamos cuando el contador eclesial (ese de las campañas difamatorias) me llama desesperado y transmite el mensaje cardenalicio de la nota por salir.

Tratando de cuidar a mis dos clientes no tuve mejor idea que contactarme con Gustavo González, por entonces jefe de Redacción de la revista.

No sin cierta ingenuidad empecé por la buena noticia.

—¿Qué hacés, Gustavo! ¿Cómo andás? Creo que tengo resuelto el tema de las becas.

— Bien —contestó con su tono parco característico.

—Hay una sola cosa nomás...

—¿Cuál?

—¿Puede ser que estén por sacar una nota sobre la Curia o la UCA?

Del otro lado de la línea silencio de radio. Medio desesperado fui directo al punto:

—Me dicen que si no sacamos esa nota nos dan todas las becas que necesitamos...

—Mirá, Omar, la verdad es que nada de esto me parece.

Y de nuevo el silencio de radio.

Digan que tenía cientos de kilómetros bien caminados en NOTICIAS, es decir, sin mandarme demasiadas macanas. Caso contrario ahí terminaba mi relación con el medio. Me bastó ese llamado para cometer dos errores graves. Primero, jamás se le pregunta a un jefe de Redacción (menos de NOTICIAS) si está por sacar una nota determinada; segundo, nunca se le ofrece un trueque de ese tipo bajo ningún concepto. Sospecho que no me destrozó porque, además de la historia en común, olfateó cierta ingenuidad de mi parte.

Ahora bien, ¿fue realmente Bergoglio el de la idea? Se lo pregunté el día que nos vimos para la entrevista y parecía no estar al tanto de nada, ni siquiera recordaba que alguien le hubiera pedido beca alguna. “Tampoco es que manejo la UCA”, dijo. “¿Se las pidió al rector?”, siguió. Preferí esquivar los detalles y cambié de tema.

El oficio de parecer es crítico dentro de la Iglesia. Por eso la irrupción de mi figura produjo algunos desajustes muy divertidos en el clero. Filósofos o no, los publicitarios estamos entrenados para controlar al cliente, nunca al revés, y se nos educa en el arte de la espontaneidad fingida. Hoy podemos ser fanáticos de un producto y mañana manejar otro. En la Iglesia todo es para siempre, o así parece; en el negocio publicitario, en cambio, nada dura. Si vamos de copas con un empresario, la idea es que ellos hablen, no nosotros; por eso nuestra tolerancia al alcohol y otras intoxicaciones similares es altísima. Se puede estar en cualquier lugar del mundo, abrazado a uno que cuenta sus peores miserias, rodeado de mujeres dispuestas a venderse

por unos dólares, y mientras él pasa el mejor momento de su vida, uno no solo está pensando cuánto facturará ese año sino que avanza en la relación con la ventaja de ser un completo desconocido, porque nadie nunca le pregunta nada, y si lo hace se conforma con una pequeña síntesis. Años después el hombre en cuestión seguirá recordando aquel evento y para uno será uno más del lote. Una y otra vez digo que al reducir su presupuesto publicitario (un fenómeno mundial), la clientela perdió a esos amigos postizos que, obviamente, se movían por plata pero con habilidades contenedoras asombrosas que provenían de su formación comunicacional; hambreados como andan hoy apenas se dedican a hacer avisos, y ni siquiera avisos que vendan: con que solo ganen premios en los festivales y les permitan posicionarse, se conforman.

Si antes encontraba enormes similitudes entre psicólogos y publicitarios, con el tiempo descubrí que nuestros verdaderos hermanos de sangre son los sacerdotes católicos: ambos debemos escuchar con paciencia infinita y aunque los demás nos reverencien, jamás preguntarán qué nos pasa ni cómo nos sentimos. Al principio de mi carrera me dolía, después lo fui considerando un beneficio.

Sacarle secretos a los curas es muy difícil ya que están entrenados en el arte de devolver la pelota; pero a los laicos que trabajan con ellos, es pan comido. El desparpajo de quien no debe fingir devoción extrema los seduce, y ni les cuento con unas copas de más encima.

Durante meses me tocó soportar a un señor mayor (contador para más datos) que, según decía, era la mano derecha del cardenal. Su discurso cerraba porque manejaba nada más y nada menos que el dinero, y semejante responsabilidad nunca queda en manos de cualquiera en los pasillos de los templos. Insoportable y con un ego digno de mejor causa, “el viejo” (así lo llamábamos) pasó a formar parte de mi vida durante un año interminable. Desde viajar hasta compartir cenas en el interior del país, hacíamos de todo. De todos los enviados cardenalicios era el más expresivo, sin ningún pudor se autoproclamaba preferido de Bergoglio, aunque la verdad es que nunca los vi juntos ni

monseñor me habló de él en público. Amaba España y tenía un restaurante específico al que siempre iba a comer lo mismo. La web estaba saturada de cuentos sobre él, tantos que un día dejé de leerlos ya que me parecía demasiado. Era una suerte de Al Capone eclesial.

Aunque cercano a la jubilación, el viejo tenía un proyecto ligado a la administración de la UCA, no recuerdo bien en qué consistía pero algo era claro: él quedaría en lo más alto de la estructura después del rector, manejando todo a través de un sistema que, salvo los baños, le permitía ver todo a distancia. “Yo estoy acá y puedo ver qué pasa en mis oficinas. ¿Ves?”, y yo miraba un pasillo vacío por el que no caminaba nadie. “Lo mismo con todas las facturas y órdenes de compra. Nada se aprueba sin mi consentimiento”. Según mi experiencia en empresas, semejante acumulación de poder, acompañada de una exhibición descarnada de su parte, debía generarle muchos enemigos de peso, pero parecía tan seguro que ni siquiera me tomé la molestia de aclararle el punto.

—Bergoglio me dice que le encanta el proyecto para la UCA pero todavía no me confirma en el cargo que quiero —comentó un día.

—¿Por qué no te confirma?

—Porque dice que no depende de él, que hay muchos otros decidiendo.

Por lo menos a mí los dichos del cardenal me resultaban lógicos, después de todo la UCA no es una capilla sino que depende de muchísimas personas. Pero el viejo insistía con el tema de las señales que le daba Bergoglio en la intimidad. ¿Otro juego maquiavélico? Un día viajé a Junín y lo veo llegar con cara larga. Trato de preguntarle qué le pasa y me gruñe. Igual que todos los publicitarios estoy acostumbrado al maltrato y sé que, tarde o temprano, el alcohol me sacará de esa situación desagradable.

Imaginen la escena: el viejo y yo sentados en un boliche perdido de la Pampa Húmeda; de pronto y cuando el vino blanco comenzó a hacer efecto, me encuentro con ese señor mayor a lágrima batiente que no tuvo mejor idea que comenzar a insul-

tar al cardenal delante de todos los comensales. Para no herir a los católicos del mundo voy a guardarme la catarata de guarangadas y maldades que dijo, el tema es que lo llevé al baño y no paraba de gritar insultos. Parece que “su” proyecto había caminado, pero él estaba afuera. Hasta por una cuestión de edad el desplazamiento parecía lógico, de todas maneras resulta aceptable que la “víctima” se altere y chillé.

Al otro día, durante el desayuno, clavó la vista en el café con leche y no me dirigió la palabra. Tiempo después nos pelcamos y jamás lo volví a ver.

Existen reductos donde los sacerdotes siguen teniendo enorme influencia. Uno es el poder judicial. En algún momento ese poderío pasó por la influencia de la Iglesia en cuestiones ligadas a la cotidianidad, hoy supone acercar personas que pertenecen a un mismo “club”. Si hay un puesto vacante el cura puede instalar a su recomendado con solo decir que es amigo del obispo tal. En más de una ocasión, el obispo ni siquiera está enterado o simplemente deja hacer.

La ecuación alcanza dimensiones descomunales cuando hablamos de cardenales primados. Uno de los motivos por los cuales Bergoglio jugaba a las escondidas con los miembros de la mesa chica era para evitar el tráfico de influencias que, si bien trae algunos beneficios (“hacete amigo del juez”, se dice), también produce tramados de los que al fin del día cuesta salir.

Ya de por sí cerrados, la mayoría de los sectores sociales más altos pertenecen al catolicismo. La Iglesia será para los pobres pero recluta tropa pesada entre los ricos. Ahí arriba, donde los apellidos y los colegios cuentan, un empujoncito clerical puede hacer la gran diferencia. De todas maneras, Bergoglio no era el cardenal predilecto de las altas esferas, lo miraban con cierta desconfianza. Quien sí se llevaba la admiración de los poderosos era monseñor Aguer. En determinado momento, las aguas de la Iglesia Católica criolla se dividieron y el monseñor platense quedó muy bien posicionado, tanto acá como en Roma. Incluso con su enorme influencia, Bergoglio debió atravesar buena parte de su mandato acunado por la frialdad del nuncio, el rechazo de los millonarios y un gobierno que lo ninguneó.

En términos de futuro, el comportamiento del actual Papa durante su gestión porteña debería resultar educativo. Después de Guillermo Marcó nadie volvió a manejar su voz ni hizo las veces de representante, imaginen la estrategia que aplicará en Italia. Regla número uno: desconfiar de cualquiera que se diga emisario del Papa, aun cuando el mismísimo Santo Padre le otorgue ese rol.

CAPÍTULO 16

UBICAR AL PAPA

“No te olvides de saludar”, asegura siempre Bergoglio. Y agrega: “Aquellos que te saludan cuando subís son los mismos que lo harán ni bien bajas”. Como todos los miembros de la Iglesia Católica, el ex cardenal tiene una visión bastante particular de lo que significa estar “arriba”. Frases como “el que nace para pito nunca llega a corneta” o “somos iguales a los artistas: hoy comemos caviar y mañana sardinas” son muy populares dentro del clero. Conozco vicarios que en las distintas diócesis pasan de obispo en obispo, siempre con la esperanza de ser ascendidos y liberarse del yugo que implica responder a las órdenes de un jefe que, casi con seguridad, será opuesto al anterior. Porque después de varios años en los que el monseñor en cuestión fue una máquina de dilapidar dinero, le seguirá otro austero que prefiere “comer en casa”, eufemismo que muchas veces se entiende así: el vicario, ese capaz de almorzar con el presidente de la nación y ser respetado por los fieles, durante la noche debe arremangarse, pelar papas y preparar la comida; eso después de haber transitado un período en el que su obispo anterior le decía “¿Dónde te gustaría comer hoy? Conozco un restaurante magnífico cerca del río...”.

Los sacerdotes que viven aferrados al suelo, sin preocuparse por los ascensos, son “gitanos” en términos de rotación pero suelen tener una vida más libre, rara vez ven a su obispo. Y en las últimas décadas, debido a la falta de vocaciones, son muy cuidados, nadie quiere que estén molestos o eleven sus quejas a los superiores. Quienes por el contrario se enlazan en una cadena de ascensos, padecen la presión y sufren. Ya lanzados a la lucha por algún obispado, deberán soportar todo tipo de maltratos y nada les asegura un final feliz, ni siquiera la sumisión absoluta al mandamás de turno. Basta cualquier tropezón real o inventado, para que el camino hacia la supuesta liberación (el

cargo deseado) quede trunco de una vez y para siempre. Subir y bajar es parte de su entrenamiento, y así como Bergoglio terminó en una oscura iglesia cordobesa después de haber sido principal de los jesuitas, los vicarios de las grandes diócesis, acostumbrados a manejarse entre templos fastuosos y abundancias varias, pueden ser enviados al lugar más inhóspito del país o el exterior en caso de resultar necesario. Lo de "Te saludarán ni bien bajas" parece emocional pero no lo es; a partir de los cuarenta largos y si no provienen de familias adineradas, los curas comienzan a preocuparse por su futuro. Su obra social (San Pedro) es muy deficiente, y la calidad de vida que tengan una vez retirados de la actividad depende en gran medida de la caridad de sus compañeros de ruta. Si los sacerdotes jóvenes no se preocupan, los viejos pueden pasarla muy mal. Hay excelentes hospicios manejados por monjas, aunque los lugares distan de abundar y si el curita está solo, difícil que tenga una vejez como la gente; semejante estado de indefensión es caldo de cultivo para corrupciones varias. Dentro de la estructura eclesiástica, ser cura es entregarse a Dios en el sentido más estricto de la palabra. "Dios proveerá", dicen; eso sí, son varios los que prefieren tomar algunos recaudos ya que la institución no los contiene.

La liberación (básicamente del obispo) que prometen los cargos es, como casi todo en este mundo, un espejismo que se destruye al contacto. La Iglesia es una monarquía donde el peso de la corte termina siendo demoledor. Solo el poder del Papa es absoluto y ni siquiera ahí funciona de esa manera. Si hasta el Santo Padre camina pisando huevos, imaginen de ahí para abajo.

Los curas que llegan a obispos tienen un punto de sustentación más sólido que el resto de sus colegas, sin embargo también entran en un circuito de controles cruzados capaz de enloquecer al más cuerdo. Si la institución duró tantos años es porque, entre otras cosas, es manejada por todos y nadie al mismo tiempo. Además están los límites temporales. Siendo uno de los religiosos más importantes del mundo, Bergoglio debió renunciar a los setenta y cinco años, y de no ser por su enfrentamiento con

el Gobierno y la cercanía de las elecciones legislativas, le hubieran hecho abandonar Buenos Aires mucho antes. Claro que a esas alturas el problema ya no es tanto qué hacer después sino cómo sigue la obra construida. Los cardenales primados imponen una concepción de la iglesia que puede ser aprobada o no por el Vaticano. Pues bien, Francisco nunca lo va a admitir pero durante años peleó solo frente a una institución que lo miraba de reojo y estaba esperando el momento justo de verlo tropezar para destruir su misión; karma que acompaña a los jesuitas desde hace siglos. La peor pesadilla de un ex cardenal primado es morir viendo cómo su diócesis es captada por la "contra". Si los laicos reclamamos el derecho a morir antes que nuestros hijos, muchos sacerdotes piden que su iglesia no termine arrasada por las fuerzas contrarias. Hoy por hoy esa deber ser la pesadilla que debe estar atravesando monseñor Aguer.

Durante mucho tiempo, en particular después del cónclave de 2005, Bergoglio dedicó buena parte de su gestión a construir poder en la Argentina. Si bien es cierto que se llevaba mal con el Gobierno, nunca rompió lanzas del todo y su despacho pasó a convertirse en una suerte de espacio de peregrinación por donde pasaban los hombres y mujeres que manejan el país. En el contexto de ese territorio propio se sentía cómodo y recibía a todos. Sindicalistas, políticos opositores, oficialistas, todos pasaban con el objetivo de obtener una bendición, y nunca mejor usado el término. Podemos suponer el pensamiento de Bergoglio, no conocerlo en profundidad ni explicarlo. Uno es capaz de intuir que si recibía al sindicalista Hugo Moyano antes de una movilización (reunión que efectivamente ocurrió), era porque en cierta forma estaba de acuerdo con sus movimientos. De ahí a asegurarlo hay una gran distancia. Salvo en cuestiones que hacen a la religión, fuera de los homilias nunca lo escuché enarbolando definiciones tajantes sobre temas que hacen a la sociedad. La gente cree que coincide con Bergoglio porque habla poco, se muestra comprensivo y afirma con la cabeza. Sin embargo, nada de eso significa mucho. Lejos de tomar posición, escucha sabiendo que más allá de bendecir y despedirse con un "recen por mí", no hay mucho por hacer en relación con

las ideas de las personas. Por eso salía de algunas reuniones haciendo chistes o insultando. Igual que los rayos, necesitaba su descarga a tierra.

En cuanto a su vínculo con la gente cercana, las anécdotas que circulan por estos días en relación con la Guardia Suiza son muy interesantes y dejan mucha tela para cortar. Puede ser cierto que pase por un lugar donde hay un soldado parado y le diga “¿Usted por qué no se sienta?”. La obsesión por el trato a sus colaboradores cercanos es un sello típico de la personalidad de Bergoglio que algunos (especialmente quienes lo “padecieron”) cuestionan. El público ama estos gestos y al principio las personas también. Los problemas llegan con el tiempo. ¿Qué implica el hecho de sentarme? Es ahí donde entra el tema de la manipulación emocional. Aunque no lo percibimos, en los trabajos la distancia con el “jefe” suele ser una conquista. Bergoglio acerca a sus colaboradores pero al mismo tiempo les exige. La presión que debe tener el pobre soldado al que le ofreció sentarse es enorme. Por un lado le entrega un acto de humanidad memorable, por otro lo saca de eje, poniéndolo en un lugar incómodo que le quita dignidad. La realidad es que está parado ahí para defenderlo, y que silla o no silla, deberá hacerlo en caso de que alguien pretenda atacar a Su Santidad. Más aun, si mañana se equivoca en sus funciones y al amparo de esa orden papal intenta justificar su error, terminará desplazado de su puesto como cualquiera. Quienes trabajan cerca del Papa tienen la nada sencilla tarea de ubicarlo. Por todos los medios Su Santidad tratará de romper barreras humanas, al mismo tiempo llegará un momento en el que exigirá rendición de cuentas. Hay gente que usa estos gestos para probar a los otros. Él no, pretende que el Universo funcione con cierta anarquía de base, como si juntar realidades opuestas fuera normal. En cierta forma es lógico: un hombre que camina entre lujos con zapatos rotos puede “enloquecer” a cualquiera; eso sí, Francisco preserve intacta sus facultades mentales. Nunca deja de saber que es Papa y sus colaboradores, empleados.

Muchos psicólogos porteños saben de lo que estoy hablando, y algunos lo conocen de primera mano porque debieron

lidiar con las “viudas de Bergoglio”, gente que para decirlo de una manera gráfica, dejó su puesto, se sentó en la silla que el cardenal les trajo y al final fueron “castigados” por tomarse demasiada confianza. Para colmo de males, esta capacidad de seducción va ligada a un enorme carisma que al principio no se aprecia pero termina cautivando.

—¿Tan mal la pasaste trabajando con él?

—Al contrario, fue el mejor jefe que tuve en toda mi vida...

—Pero ahora que se fue estás feliz.

—Como nunca, ya no lo aguantaba más.

—No entiendo...

—Mirá, por un lado sé que si algún día lo necesito va a estar, no creo que cambie demasiado en Roma; por otro ya no siento la necesidad de andar levantando barreras para evitar que me avance. Según mi terapeuta se fue justo antes de que lo detestara.

EL MANEJO DE LA INFORMACIÓN

“Lilita Carrió es la mejor constitucionalista del país por lejos”, aseguró Bergoglio en un acto de aprobación definitivo poco común en él. “Eso sí... Está medio chapita”, sentenció. La presidente del ARI era una asidua visitante a las oficinas del cardenal; devota en extremo, consideraba esas peregrinaciones parte esencial de su actividad política. Tanto ir y venir generó un mito bastante inexacto: “Es la candidata preferida de monseñor”. En realidad, y a pesar de su alergia hacia la prensa en general, llegar al cardenal primado resultaba bastante sencillo. ¿Por qué? Porque el hombre es una esponja en búsqueda de información. Su cabeza funciona como una computadora capaz de registrar, al mismo tiempo, lo que está ocurriendo en una serie de áreas a simple vista opuestas. A la cabeza de sus intereses figura todo lo relacionado con la actividad sindical. Saber qué pasa dentro de los sindicatos y cómo se comporta el movimiento obrero era parte de su rutina diaria. Los sindicalistas criollos hacían fila para verlo y a cambio él obtenía datos que le resultaban útiles a la hora de planificar sus movimientos. Igual en el territorio de la política, materia que no solo le interesa sino a la que le dedica muchas horas de su día. Se diría que las dos pasiones más notables de Bergoglio son rezar, tarea a la que se dedica siempre que tenga un minuto libre, y estar informado sobre todo lo que pasa a su alrededor. Dice poco y escucha mucho, aunque lo hace con una maestría tal que sus interlocutores creen ser testigos de una comunión de almas.

Si el país se ofendió ante las palabras del presidente uruguayo referidas a la Presidenta: “Esta vieja es más terca que el tuerto” (el tuerto en cuestión era el fallecido Néstor Kirchner), menuda sorpresa se habrían llevado al descubrir cómo recibió el cardenal el triunfo de Cristina Kirchner para su primer período presidencial. Bergoglio le dio la noticia a uno de sus conoci-

dos, utilizando un chiste que mezcla epítetos irreproducibles que vulgarmente son utilizados para referirse despectivamente a la Presidenta.

Si bien a diferencia de Mujica, Bergoglio lo decía como chiste para escandalizar a su interlocutor (los registros de esta conversación están grabados en la SIDE), uno de los tantos que les contaban en la calle, menuda sorpresa se habría llevado el pueblo si aquel comentario cardenalicio veía la luz pública en aquel momento. Lo que sí no pudo esquivar es el mote de misógino, algo que le achacaban todos sus colaboradores, y se lo decían en la cara.

Que gran parte de la Iglesia Católica es misógina no quedan dudas, en cierta forma casi todas las religiones lo son, ya que relegan a la mujer hacia un espacio secundario sin demasiado lucimiento. En los pasillos de las iglesias se dice que antes de que los templos sean gobernados por sacerdotisas, los curas son capaces de casarse con ellas y arruinarles la carrera llenándolas de hijos. De todas maneras, la relación entre curas y monjas dista de ser buena, y se asegura que las servidoras del señor prefieren mantenerlos bien lejos, o a lo sumo cuidarlos en la vejez donde ya no molestan y están reducidos a un montón de huesos que deben pedir permiso para ir al baño y decir por favor ante cualquier demanda menor; en ese momento son ellas las que reinan.

Durante su estadía en Buenos Aires, Bergoglio era cuidado por una congregación de tres monjitas que viven en el primer piso de la Curia; tampoco se desvivían, porque la cama se la hacía solo y algunas veces la comida también. Pero su relación con ellas resultaba bastante buena. Obvio que hay sacerdotes más misóginos que otros y, según quienes lo conocen bien, Bergoglio no es justamente un propulsor de las mujeres en los altos cargos eclesiásticos. Dentro del Arzobispado lo cargaban porque se demoraba en nombrar a una mujer como vicedirectora del Canal 21, por una u otra razón siempre estaba ocupado y nunca podía firmar los papeles que efectivizaban el nombramiento. Al final lo hizo y todos aplaudieron como si se tratara de un evento histórico de proporciones.

Su concepción de lo que significa servir a la Iglesia queda clara en la siguiente anécdota: dos monjas salen de su despacho, resulta evidente que una está furiosa, tanto que profiere insultos hacia la figura del cardenal que se podían escuchar a varios metros de distancia. Enardecida cual meteorito chocando contra la atmósfera, nuestra hermanita en cuestión ni siquiera espera a recibir el tradicional “recen por mí” con el que Bergoglio suele despedirse. Pega un portazo brutal y se va.

—¿Qué pasó, monseñor? —le preguntaron cuando el dúo mujeril inflamado ya estaba afuera.

—Nada, vino a decirme que su madre superiora la mandaba a México, y que ella no podía ir porque tenía algunos problemas familiares acá...

—¿Por qué se fue tan enojada?

—Porque le dije que si había tomado los hábitos era para servir a Dios, y que todo lo demás quedaba en segundo lugar. Puede sonar feo pero esa es la vida que nos toca. Si cada uno hace lo que quiere, la Iglesia no tiene destino.

Junto a cierta misoginia, el Papa tiene un enorme respeto por las mujeres, al menos por la concepción tradicional de “lo femenino”. El Arzobispado porteño queda al lado de la Catedral Metropolitana, frente a la Plaza de Mayo, suerte de paraíso de las manifestaciones populares. Pues bien, las organizaciones más duras (Quebracho, por ejemplo), no sólo acudían ahí sino que ensuciaban el templo con pinturas en contra de la Iglesia en general y el cardenal en particular. Pero había un dato que todas las mujeres conocían bien al llegar: las puertas del estacionamiento, propiedad del Arzobispado, quedaban abiertas durante toda la noche.

—¿Otra vez me tengo que quedar, monseñor?

—Y sí, ahora te toca cuidar a vos —le dijo a su hombre de confianza.

—Pero por qué no cerramos y listo.

—Hay muchas mujeres ahí, no es justo que tengan que hacer pis paradas junto a los árboles, como los hombres. A la mujer se la respeta y tienen que tener un baño decente. Abrí las cocheras para que pasen a los baños del estacionamiento...

—Pero si vienen a insultarlo, padre Jorge.

—Eso no tiene nada que ver, son mujeres y no pueden ir al baño en la calle. Sólo te pido que cuides un poco, por las dudas.

¿Un dato curioso? Durante esas manifestaciones la Plaza quedaba destruida y los edificios en estado calamitoso, lleno de pintadas en contra de la Iglesia, los curas y todos los poderosos que habitaban la zona. Las colas para ir al baño del estacionamientos eclesial superaban los cien metros; eso sí, una vez terminado y con los alrededores masacrados, los baños quedaban perfectos, se podía “comer en el piso”. Las mismas señoras que gritaban consignas en contra del actual Papa valoraban ese acto de caballerosidad que les dedicaban sus enemigos.

Francisco es muy reservado con la información que recibe pero tiene una debilidad: su absoluto desconocimiento de las tecnologías, bache que lo lleva a necesitar gente de confianza alrededor, algo que en el Vaticano podría complicarse. Y cuando hablamos de desconocimiento no se trata del típico “me cuesta”, al contrario, no sabe cómo poner un DVD en el reproductor. Tanta es su dificultad que un día recibe información altamente confidencial relacionada con la actuación de la Iglesia durante la dictadura y esta le preocupaba particularmente porque podía contener datos sobre Orlando Yorio y Francisco Jalics, los sacerdotes jesuitas perseguidos. ¿Cuál era el problema? No tenía dónde leer el CD, entonces llamó a uno de sus colaboradores más cercanos, quien asustado abrió el documento en la oficina del cardenal.

—No te guardaste una copia —le pregunté tratando de descubrir un VatiLeaks criollo.

—No, de ninguna manera. ¿Estás loco?

Igual no le creí...

Pero si obtener información es una de las obsesiones del cardenal, qué hacer con ella y cómo manejarla constituye el eje de su estrategia. Por ejemplo, cualquier papa elegiría a su equipo con total libertad, Francisco no. El nombramiento del consejo asesor puede parecer un acto democrático pero, al fin del día, implica dejar a todos los popes de la Iglesia “pegados” con la

decisión final. Seguro, consejo o no consejo, los puestos clave quedarán en manos de personas afines a él, aunque no es de descartar que algún “enemigo” termine formando parte de la lista. El valor de la sorpresa es otro de sus conocidos actos de magia.

Antes de que Mario Poli, ex obispo de Santa Rosa, La Pampa, y actual sucesor de Bergoglio fuera nombrado en el cargo, tuve el siguiente diálogo con un importantísimo obispo que, según todas las apuestas, era fija en la línea de sucesión.

—¿Quién será el sucesor de Bergoglio en Buenos Aires, monseñor? Se habla de usted...

—Difícil que el chanchito vuele, m’hijo... Si tengo que tirar un nombre me inclino por Lozano, el obispo de Gualeguaychú. Pero como todo lo de Francisco, tómelo con pinzas.

—¿Por qué, monseñor?

—Porque conozco a Jorge hace muchos años. Puede poner en ese puesto a su mejor amigo o todo lo contrario, a alguien que detesta. Depende lo que le convenga en ese momento, y la imagen que quiera dar hacia afuera...

Resulta interesante porque meses antes de ser elegido papa y ante la pregunta de uno de sus colaboradores acerca de quién lo sucedería, contestó: “Tengo el nombre bien guardado acá (se señaló el pecho) pero no te lo voy a decir; eso sí, no es ninguno de los que están dando vueltas en los medios”.

Lo gracioso es que, en esa época, todos los que estaban “dando vueltas en los medios” lo visitaban y se creían en carrera.

Gracias a esta red de informantes espontáneos a quienes, gracias a la devoción que sentían por el cardenal primado, había que pegarles para que dejaran de hablar, Bergoglio era uno de los hombres mejor informados del país. Sabía todo y de todas las áreas. Igual que aquella famosa frase: “Ni un chingolo se mueve en la Pampa sin que lo sepa el gobernador (refiriéndose a Juan Manuel de Rosas)”, ningún movimiento social, sindical o político era ajeno a Bergoglio. Sin embargo, se cuidaba de no hacer alarde; incluso fue ese “cuidado” lo que le allanó el camino a la Santa Sede.

Ya se mencionó que el discurso de Francisco durante el pre

Cónclave fue muy aplaudido, quedando a miles de kilómetros de distancia de los demás y sellando su futuro. Lo que no se dijo es de qué habló.

Mientras la mayoría de los obispos votantes pusieron el eje en los dramas de la Iglesia Católica relacionada al escándalo de los VatiLeaks, el Banco Vaticano y las mafias enquistadas desde hace décadas (todos asuntos que deberán ser resueltos sí o sí por el actual Papa), Bergoglio centró sus palabras en la necesidad de recuperar a la gente, de salir a la calle. “Si no nos reencontramos con los fieles, todo lo demás carece de sentido”, aseguró. Y el salón estalló en aplausos.

En este punto conviene recordar algo: Bergoglio es cualquier cosa menos ingenuo. Varias veces a lo largo de su gestión afirmó que el Vaticano estaba cruzado por mafias, y cuando usaba la palabra “mafia” no se refería solo a corruptos que se juntaban para robar dinero. En concreto, aseguraba que había ligazones entre la mafia italiana y su Iglesia, con religiosos comprados y personajes que trabajaban para los familiares de “El Padrino”. Es decir, sabe muy bien dónde se mete y cuáles son los personajes que deberá enfrentar. Al mismo tiempo intuyó que esos obispos que en pocos años vieron cómo se deterioraba su capital político y prestigio, necesitaban algo más que lecciones acerca de lo que está pasando en la Santa Sede y de qué manera manejarlo. “¿Qué haría Jesús en esta situación?”, se pregunta siempre Bergoglio cuando tiene que resolver algo muy importante. Bueno, lo que hizo en el pre Cónclave es el resultado exacto de ese planteo.

CAPÍTULO 18

UN PAPA ESTRELLA DE TELEVISIÓN

Al frente del Arzobispado porteño, Bergoglio no solo llevó adelante la puesta al aire del Canal 21, sino que participó de un programa que, a decir verdad, mientras fue emitido casi nadie vio, y hoy tiene un enorme valor histórico. Fueron treinta emisiones estructuradas alrededor de distintos temas (felicidad, alegría, miedo, etc.) en las que compartía “cartel” con su gran amigo, el rabino Abraham Skorka, personaje al que conocía bien y por el que siente enorme respeto. Eso sí, muchas veces se cansaba ante la verbosidad imparable del locuaz rabino, quien era capaz de hablar horas haciendo economías de puntos y comas. En Internet pueden ver a Abraham acompañado del Papa, en ese orden.

—¿Tengo que ir a grabar?

—Sí, monseñor. Hoy nos tocan dos programas juntos.

—¡Dos! Pero eso es como cuatro horas...

—Cuarenta y cinco minutos...

—¿Con Abraham? Lo menos que estamos es una hora y media...

Moderado por un imperturbable Marcelo Figueroa, “Biblia, Diálogo Vigente” (ese es el título del programa) tiene varias perlas que lo convierten en un clásico digno de verse. Primero, aunque el camarógrafo trataba de cuidar al cardenal para no dejarlo expuesto en sus bostezos, cada tanto su cara de aburrimiento y cansancio resulta imposible de ocultar. Si don Abraham es una catarata de entusiasmo, lleno de gestos que acompañan sus palabras y expresivo al máximo, Bergoglio suele pasar largos minutos en silencio, mirando a ese señor cuyo entusiasmo desborda la pantalla y, hay que decirlo, ocupa todo el espacio televisivo. Si se tratara de una película,

(
su
co.
ase:
impl

no quedarían dudas de que el actor principal es Skorka, acompañado por ese sacerdote paciente (Bergoglio) que le hace de lazarillo y dice cosas brillantes cuando lo dejan o sale del letargo.

Las grabaciones eran larguísimas y mucho del material, en realidad mucho material de Abraham, quien monopolizaba los encuentros sin ponerse colorado, quedaba en la mesa de edición, ya que si ponían todo el programa era lo más parecido a una versión religiosa de "Titanic", cuatro horas largas de citas bíblicas y referencias filosóficas. Otro de los puntos era evitar que Bergoglio se tentara y arruinara lo grabado con alguna carcajada fuera de contexto. Por ser amigo del rabino le conocía todas las mañas, y una muy recurrida era repetir palabras en cada emisión. Internamente se hacían apuestas a ver cuándo venía el latiguillo correspondiente (Shoá era uno de los más concurridos).

Chistes aparte, y si se tiene la paciencia de aguantar una televisión silenciosa, como sacada de los años sesenta, da gusto ver a estos dos hombres sabios hablando de cuestiones cotidianas que de alguna u otra manera nos afectan a todos. El último capítulo, dedicado a la amistad, quedó inconcluso por el nombramiento de Bergoglio en Italia (debía grabarse en breve). Se barajó la idea de completarlo allá pero hasta el momento la opción parece poco viable. Quizá nunca se haga.

—Pero si el único sponsor que conseguiste es el que te presta la ropa —sentenció el director del canal y se fue.

Mantener un canal, aun uno de la Iglesia con producciones relativamente modestas, es muy costoso, y en el largo plazo sostenerlo con donaciones, prácticamente imposible. Hay casos en el mundo donde una persona se pone el medio de comunicación al hombro y consigue los fondos, pero en la Argentina hay una serie de problemas que empiezan por la dificultad de entender para qué sirve que las iglesias hagan televisión o radio. Hace rato que el Vaticano viene señalando la importancia de usar

mejor los medios de comunicación. La realidad concreta es que no saben bien cómo hacerlo. Tienen la intención pero no el conocimiento. Si ponen sacerdotes el resultado suele ser nefasto, pierden fortunas y los fieles escapan a la velocidad de la luz. Si los dejan en manos de laicos puede ocurrir que el medio se convierta en una opción más sin representar ningún tipo de valor religioso o humano (ocurrió en Chile), o por el contrario, que el laico sea más papista que el papa y arme una programación mortuoria con la que encima roba. Porque basta poner dos sillas y varias imágenes religiosas para empezar a facturar; en términos estructurales será poca plata, pero mirado desde el bolsillo del conductor ocasional, un negocio redondo.

Mientras las llamadas iglesias electrónicas usan los medios con criterio publicitario y dicen "Los esperamos el viernes en el templo tal", la Iglesia Católica, recostada sobre sus miles de años de historia, siente que semejante estrategia es un "grasada", algo capaz de lesionar su honor y asustar a los fieles tradicionales que no están acostumbrados al "autobombo" y se alteran si durante una celebración la música está muy alta. Lo mismo con el pedido de donaciones que no sean destinadas a obras de caridad, entonces se producen situaciones complejas. Por ejemplo, se cita a un grupo de empresarios y se les dice: "Cada vez que les pedimos fondos ustedes nos derivan a algún empleado de los niveles medios, y ese señor nos manda a otro que, con furia y viento a favor, nos da 10.000 pesos por seis meses. Por eso queremos jugar en las grandes ligas y que pauten como lo hacen con los otros canales...". ¿Resultado? Los empresarios empiezan a preguntar por el rating y otras cuestiones similares. Difícil que "Biblia, Diálogo Vigente", pase la prueba del minuto a minuto.

Ahora bien, el Canal 21 se ganó en buena ley fondos del Vaticano que están destinados a emprendimientos no convencionales. Dos veces aprobó los exámenes (muy

duros por cierto) y recibió dinero. Claro que el futuro siempre es una preocupación, y por la oficina del ex cardenal pasaban todo tipo de personajes prometiendo soluciones para mantener a flote el emprendimiento.

—¿Qué le falta al canal? —me preguntó un día el actual Papa.

—Marketing —le contesté.

—Yo pienso lo mismo. Pero usted ya no está interesado en nosotros —afirmó.

—De ninguna manera —aseguré. En realidad su intuición no fallaba. Lo de la falta de interés podía no ser cierto, pero estaba metido en otro proyecto eclesial que me interesaba más: un diario del interior fundado hace cien años por un sacerdote visionario que no solo lo convirtió en el más influyente del noroeste de la provincia de Buenos Aires, sino que en su primera edición habló de política; es decir, sabía cómo atraer a la gente sin espantarla con panfletos religiosos. ¿Mi tarea? Rescatarlo de una brutal crisis económica.

Entre las personas que le acercaron ideas supuestamente renovadoras al cardenal estuvo Alicia Barrios, periodista y amiga personal de Bergoglio que, seguro, a futuro tendrá un rol importante en la estrategia comunicacional de la Iglesia, básicamente por esa amistad papal que sabe usar bien. Casada con un polémico juez que estuvo preso por el caso Coppola (Bernasconi), tenía en carpeta un proyecto que nunca conoceremos. ¿Por qué? Porque no tuvo mejor idea que tirarlo de mala manera frente al director del canal, en el despacho del cardenal.

—En este canal está todo mal.

—¿Cómo? —preguntó el director mientras Bergoglio escuchaba.

—Sí, que está todo mal, hay que salir a buscar sponsors en serio, gente que de verdad ponga dinero...

Ahí vino la famosa respuesta sobre la ropa por canje. Igual, todos contentos. Bergoglio pidió las disculpas del caso y la señora Barrios siguió con su programa en el 21.

Con todo, el Canal 21 es una de las grandes obras que Bergoglio dejó durante su gestión; construcción que quizá no entienda demasiado pero a la que por intuición le atribuye enorme importancia.

CAPÍTULO 19

HOMBRES DE DIOS

Cuando el presidente Néstor Kirchner murió, Bergoglio evitó participar de las pomposas ceremonias fúnebres, el hecho fue muy comentado y hasta desató la ira de varios seguidores que entendieron su ausencia a manera de venganza o falta de respeto a la investidura presidencial. A pesar de los desplantes kirchneristas, se suponía que el cardenal debía pasar por encima de todas esas miserias y asistir a la despedida del hombre que había sido votado por millones de argentinos, en especial porque su esposa seguía al frente del Gobierno, era católica, y podía necesitar ayuda espiritual en esos momentos aciagos. Como todo lo que ocurre en las altas esferas, siempre hay un resquicio que escapa a la mirada pública, suerte de hendija que mantiene conectados a los que manejan el poder y les permite comunicarse a pesar de todo. Lo cierto es que Bergoglio sí llamó a Cristina, que se trató de una conversación muy cálida y humana que ambos decidieron mantener en secreto vaya a saber por qué. Pero si la existencia del llamado era, de mínima, previsible, los motivos que generaron esa ausencia no están del todo claros. La obviedad diría que su abierta enemistad lo llevó a esquivar las ceremonias fúnebres del hombre que lo había señalado "único opositor digno de respeto y temor". Sin embargo, quienes lo conocen se inclinan por otra teoría: el ex cardenal evitó aparecer junto a varios miembros de la Iglesia que no le caían bien o con los que directamente estaba enemistado. En términos históricos, el ex cardenal sí tuvo vínculo con Néstor Kirchner, ligazón que jamás terminó de cristalizar con Cristina. Ninguno de los dos se preocupó demasiado por llevarse bien.

La enemistad entre sacerdotes suele tener consecuencias dramáticas en el manejo de la Iglesia Católica. Aunque nunca hablaron en público del asunto ni lo harán, se sabe que Bergoglio está enemistado con Leonardo Sandri, cardenal argentino

de enorme influencia en el Vaticano, y quien durante el último Cónclave estuvo en la lista de posibles papables. Lo que no se conoce es por qué andaban como perro y gato. Bueno, por un lado están los asuntos ligados a la ideología, ya que Sandri tiende a barrer los problemas bajo la alfombra y Francisco cree que hay que ventilar trapitos al sol de una vez y para siempre. Uno se inclina por mantener las formas y el otro prefiere destruirlas con el fin de empezar de cero.

Por lo bajo y sin que nadie se entere, en la Iglesia aseguran que Juan Pablo II, quien probablemente haya sido el papa más carismático desde Juan XXIII, le hizo un enorme daño a la institución eclesiástica mundial. ¿Por qué? Porque detrás de esa máscara capaz de seducir a media humanidad se escondieron los grandes problemas a resolver; pedofilia entre ellos. El exceso de personalización (lo que en Latinoamérica llamaríamos populismo) funcionó a manera de cortina de humo. Juan Pablo II prefirió ocultar lo que ocurría o no supo cómo manejar la situación crítica que tenía entre manos. Claro que nadie va a decirlo en voz alta; tanta es la popularidad del predecesor de Benedicto XVI, que aunque expresamente pidió ser enterrado en su país natal (está en su testamento) fue dejado en Roma, junto a los demás papas. ¿Los motivos? Bien prosaicos: la cantidad de peregrinos que visitan su tumba resulta desbordante y el ingreso turístico constituye buena parte de las entradas vaticanas, lo que le permite mantener semejante estructura monstruosa.

Desde lo ideológico, Ratzinger tenía poco que ver con Bergoglio, especialmente porque concebía una Iglesia que buscaba respuestas puertas adentro, en las bibliotecas teológicas y entre los autores que buscaron echar luz sobre los asuntos profundos que hacen al campo dogmático (Francisco prefiere la calle), claro que en materia de corrupciones y otras yerbas coincidían. Por eso pudieron juntarse al final y generar una asociación provechosa que cambió el rumbo de todo. Ambos querían mantener viva a la Iglesia y sabían que sin atravesar el bochorno de decir la verdad y exponerse, durar un siglo más hubiera resultado casi imposible.

—¿Qué le pasa, monseñor? —preguntó un asistente al verlo

en ese estado. En todos los años que llevaba trabajando con él nunca lo había visto así, rojo, con dificultades para respirar y profiriendo palabrotas contra Roma y sus esbirros.

—¿Sabés lo que me hicieron estos...?!

Aunque no podía culpar a Sandri, el influyente cardenal criollo acumulaba todas las fichas de sospechas y más. Parece que Bergoglio quería nombrar a un obispo. Como suele ser costumbre dentro de la Iglesia, se mandan a la Santa Sede varias hojas con los posibles candidatos. Se trata de una formalidad ya que la hoja de arriba es la "recomendación oficial" que debe aprobarse sí o sí. ¿Qué le hicieron a Bergoglio? Le cambiaron la hojita de lugar y el nombramiento fue a parar a un miembro de la derecha que estaba último en la cola; este tipo de trampas son comunes en la Iglesia. Claro que no siempre pasa que la víctima termine entronizada Papa y se vea cara a cara con el presunto traidor.

Francisco tomó una decisión fundamental que pasó medio desapercibida pero traerá grandes cambios en la Iglesia. De ahora en más los obispos de las distintas diócesis serán responsables por las actuaciones de los sacerdotes que tienen a su cargo; es decir, si llega a descubrirse un caso de pedofilia y el obispo también será castigado. De todas las decisiones que podía tomar, esta le ganó una gran cantidad de enemigos ya que no solo es difícil controlar la tropa, sino que podrían darse jugarretas entre monseñores enemigos. En países como la Argentina, las diócesis son enormes y acostumbrados a reinar desde sus tronos, los obispos suelen salir a recorrerlas cada tanto, nunca a diario. Pues bien, en el futuro deberán aumentar estos recorridos y generar un circuito de información muy fluido, tan efectivo como el que sostenía Bergoglio. Debemos recordar que en ciertos lugares los colegios están en manos de sacerdotes, y la simple existencia de un problema ahí (ni siquiera pedofilia) podría perturbar la carrera del obispo desinformado.

Dentro del mundo que vivimos, el control de los curas se hace cada día más complejo. Si bien es cierto que la tecnología permite mayor comunicación, al mismo tiempo los conflictos pueden estallar en cualquier parte. Y aunque la pedofilia es el más

grave de los delitos, dista de ser el único. A los ojos de cualquier mortal, que un sacerdote se enamore puede parecer casi normal. El tema es que puertas adentro de la institución siempre hay discusiones. ¿Se enamoró o sufre una crisis existencial? ¿Cómo manejamos el tema? ¿Se estará alejando de Dios? El escándalo de un cura muerto de amor ya no hace tambalear las estructuras eclesiológicas modernas, pero sí genera muchas idas y vueltas internas.

Ya dijimos que Bergoglio vivía solo en la Curia, atendido por tres monjitas de una congregación que habitan el primer piso. El punto es que por bastante tiempo esas monjitas tuvieron algo de trabajo adicional. ¿Los motivos? Bergoglio se llevó a vivir con él a un obispo del sur argentino que, según todos los pronósticos, sufría ataques de pánico recurrentes y debía ser contenido hasta su sanación. El traslado y posterior "confinamiento" fue realizado en el mayor de los secretos, y el pobre obispo permaneció ahí hasta su jubilación definitiva. Lo divertido del caso es que según él no tenía pánico alguno sino que estaba enamorado de una sureña que lo volvía loco de amor.

—Está muy mal, pobrecito.

—Yo creo que está alzado...

—No digas tonterías. Es un obispo y están pasando por un mal momento.

—Sí, sí, el mal momento lo pasa ahora que está encerrado...

Otro drama a observar son los sacerdotes que entran en brotes místicos. Por ejemplo, los curas sanadores. La iglesia suele ser muy cauta cuando aparecen vírgenes que lloran o personajes que dicen curar a los enfermos a través de la imposición de manos. De entrada, está claro que la institución no permite ese tipo de cosas, especialmente cuando se relacionan al manejo de la salud. La gente quiere creer y ve milagros en todas partes; desde una rama donde apareció la cara de Cristo hasta un tanque de agua en el que se ve una cruz, hay de todo y para todos los gustos.

—No pensé que iba a venir la Institución —me dijo el cura con sorna.

—Yo no soy la institución, vengo a entrevistarlo del diario

LA VERDAD —respondí tratando de ser amable.

—Pero LA VERDAD es un diario de la Iglesia Católica que siempre me miró mal y nunca me hizo una entrevista.

—Bueno, siempre hay una primera vez —dije y empezamos a conversar.

La experiencia resultó extraña. El sacerdote, señalado como sanador, estaba de visita en Junín (la localidad bonaerense donde está el diario en cuestión). Era tanta la gente que no se podía entrar al hotel. Sentado en el sillón principal del lobby, el hombre era una estrella de rock con todas las letras, hablaba con la prensa, gesticulaba; eso sí, llegué yo con mi pertenencia a un diario católico y se puso duro, irónico.

Varias veces le pregunté a Bergoglio y otros miembros de la Iglesia si los fenómenos de "avistamiento de vírgenes" eran ciertos o forman parte de un negocio global del que a veces la institución ni siquiera participa. La respuesta es siempre la misma: no los estimulamos pero algunos vienen con una fuerza tal que no queda más que terminar aceptándolos. Se justifican en el bien que les hace a los demás.

Y los obispos también son parte del problema. Había uno muy conocido que siempre viajaba con su amante a Roma. Por precaución montaban un operativo digno de mejor causa con el objetivo de no ser descubiertos. El hombre creía tener todo dominado salvo por un dato que se le escapaba: ¡Rendía gastos por dos! Doble habitación, comida, paseos, etc. Obvio que al cardenal, especialista en contar las monedas, esos "pequeños" detalles jamás se le pasaban.

LA SALUD DE LOS ENFERMOS

Los rumores que llegan desde Roma atemorizan a sus médicos porteños, especialmente una doctora que lo atiende desde hace muchos años y vio cómo los asistentes al Cónclave le arrebatában a su paciente más querido ypreciado, ese que a pesar de ser bastante cabeza dura se cuidaba y respetaba el grueso de las indicaciones médicas sin chistar ni oponer resistencia. ¿Cómo anda? ¿Es cierto que está tomando corticoides? ¿Para qué si no los necesita? Una vez instalado en la Santa Sede y más allá de su voluntad de comunicarse con sus compatriotas, todo lo relacionado a Bergoglio se convierte en cuestión de Estado y entra en el territorio del secretismo vaticanista. El manejo de su imagen, por ejemplo, ya pasó a manos vaticanas, serán ellos los encargados de decir qué se difundirá y cómo. Son sus asesores romanos quienes controlan hasta el más mínimo de los detalles. Ni hablar de los aspectos relacionados a su estado de salud. Si se trata de un punto sensible en los presidentes, imaginen cómo será cuando hay un santo padre involucrado.

El rumor de los corticoides corrió enseguida porque, a pesar de ser un hombre menudo y delgado, se lo vio muy gordo en todas sus presentaciones públicas, casi imponente en su nuevo rol papal. Primero se habló de chalecos antibalas escondidos debajo de la sotana, después de que había engordado a fuerza de cortisona. Como casi siempre, la realidad es muy distinta y menos fantasiosa: Francisco reniega del atuendo papal y lo usa a su particular manera. Debajo de las vestimentas oficiales tiene el mismo traje gris que usaba en Buenos Aires, eso lo hace verse entrado en carnes y voluminoso por demás. Al mismo tiempo "salió corriendo" ni bien le enseñaron los clásicos zapatos colorados papales, suerte de sandalias que vienen acompañadas de unas medias de seda que a la vista de un criollo se parecen a las tradicionales medibachas que usan las mujeres; obvio que

frente a la alternativa de calzarse semejantes extravagancias prefirió seguir con esos zapatos que porta hace dos décadas y vienen de arreglo en arreglo, lo que genera un efecto engorde que no se corresponde con su estricta dieta y la afición por una vida saludable.

Quienes comparten la cotidianidad con Bergoglio saben que su salud suele ser fluctuante pero relativamente buena, y que en gran medida depende de sus estados de ánimo. A fin de año se lo vio bastante desmejorado; sin embargo, cuando partió a Roma parecía haber rejuvenecido diez años o más; igual que cuando salió a saludar en la Plaza San Pedro, ante una multitud que lo desconocía por completo. Su punto débil tiene que ver con los viajes. No sólo lo ponen mal sino que afectan su cuerpo y sistema nervioso, en especial atacan algo que durante los últimos tiempos lo tuvo a mal traer: se le hinchan bastante las piernas, lo que para un hombre que ama caminar y moverse resulta complicado y traumático.

Ahora bien, ¿cómo está de salud? Con Bergoglio se da una situación paradójica. Por un lado, desde los 21 años y a partir de aquella infección que le arrebató buena parte del pulmón derecho (lo operaron al descubrir varios quistes), vive con una espada de Damocles en la cabeza. Hay cosas que definitivamente no puede (ni pudo) hacer, y si uno está cerca de él va a sentir que su respiración es algo forzada. Llegó casi a los 80 años con su capacidad pulmonar limitada; por otro lado, esa misma enfermedad lo convirtió en un asceta que se cuida y, salvo por su afición a los dulces, no comete ningún tipo de desarreglo que lo comprometa. Son varios los que opinan que tenemos un Papa argentino gracias a aquella infección; lo que para cualquier otro hubiera sido una limitación de base, en su caso se convirtió en motor propulsor; obvio que no puede correr maratones y es ahí donde aparecen las mayores dudas de quienes lo rodean. Al lado de lo que les espera, los maratones son un paseo para señoras entradas en años.

Si el poder político corrompe y deteriora, el papal es un pasaporte a la degradación física segura. Con su pulmón tullido, Francisco deberá enfrentarse a las mafias que hace décadas

gobiernan y manejan la institución que preside. Guaridas de ladrones que además no están apurados y tienen larga experiencia en el arte de limar el poder de un papa. Porque durante los primeros meses de reinado, todo es apoyo y amor, pero después vendrán los problemas reales o inventados que minarán el enorme capital político que conquistó en pocos días. Los cristianos tenemos un pelaje variopinto muy complejo de conformar y las mafias lo saben. Mucho amor de golpe puede ser una buena señal en relación con los "malos de la película" que, saben bien, lo que rápido llega rápido se puede ir.

Por lo pronto ya se están separando las aguas, mientras algunos lo adoran y veneran, otros abren el paraguas y comienzan a reprocharle aspectos de su reinado que, según consideran, atenta contra las tradiciones católicas (el caso de las sandalias, por ejemplo). Y no se trata de grupos minoritarios. Francisco quebrará una Iglesia Católica para los pobres pero en la que está gobernando los ricos tienen enormes influencias que no cederán así nomás ni convertirán en alimento para los necesitados del mundo. Están ahí desde hace siglos, y este curita latino deberá remar fuerte a la hora de desestabilizarlos. Al mismo tiempo, sus compañeros de ruta pueden reaccionar feo ante tanto personalismo. Los celos están a la orden del día. Aunque la obediencia al Papa no debería tener fisuras, en la práctica es como cualquier otro gobierno del planeta, y el Santo Padre entró a la Santa Sede con los taponos de punta. No lo dijo directamente pero lo fue marcando con sus gestos: "Acá estamos haciendo las cosas mal". Y ese "estamos" es un acto de generosidad que la mayoría no valora; leen "están", y la verdad es que leen bien. Por ejemplo, les sacó a los obispos una suerte de bonus que recibían anualmente. ¿Creen que semejante decisión será gratis? Nadie, obispo o no, quiere que le rebajen el sueldo, y aunque no hay sindicatos harán sentir sus reclamos.

Si alguien muestra cómo se deteriora la salud de los papas, ese es Ratzinger. Al comienzo de su gestión, Benedicto XVI era lo más parecido a un atleta de altísima competición. Parecía un muchacho disfrazado de sacerdote. A los tres años estaba irrecognocible. Incluso quienes confían en la enorme voluntad del

Papa Francisco, en la fuerza de su espíritu, le auguran no más de tres o cuatro años de gobierno fuerte; es decir, debe trabajar rápido y contra su propio reloj biológico, evitando las enfermedades, especialmente aquellas relacionadas con lo pulmonar. Una neumonía podría resultar crítica. Los curas dicen que todo depende del Espíritu Santo; de ser verdad, Francisco está en manos de Dios. Recibió una Iglesia caótica a una altura de su vida donde, en cualquier momento, la salud podría jugarle una mala pasada.

Por otro lado, su vínculo con el cuidado tiene un límite preciso: el contacto con la gente. Lograr que Bergoglio se encierre resulta imposible, y si eso lo expone a enfermedades, así terminará sus días.

Una de las ceremonias a las que Bergoglio le presta mayor atención es el lavado de los pies durante Pascua. De nuevo, para algunos de sus enemigos se trata de una estrategia de marketing bien pensada. ¿Por qué? Porque elige los peores lugares y ahí va, rodeado de gente y cámaras que registran el momento. Igual hay que reconocerlo: le pone garra al asunto. Lo que para otros sacerdotes es una formalidad, para él significa el momento más importante del año. A pesar de las indicaciones médicas se metió en cuanto lugar peligroso encontró. Uno de los más recordados es su paso por el Hospital Borda (para enfermos mentales). No sólo quiso estar sino que acudió al pabellón de los enfermos sin retorno, esos que cuentan siete u ocho asesinatos por cabeza. Quienes estuvieron aseguran que era imposible sostener la mirada de los internados, que el simple hecho de cruzarse con ellos generaba terror. En el pasado permanecían encadenados y en los sótanos del hospicio, su único contacto con el mundo exterior eran unas ventanas que dejaban ver el suelo de la calle. A pesar de la vigilancia, el temor a un empujón, especialmente durante la paz (dijo Misa) era enorme. Sin embargo nadie se movió y el respeto hacia la figura del entonces cardenal resultó llamativo hasta para los cuidadores del lugar.

CAPÍTULO 21

EL DIARIO DEL PAPA

—¿Por qué lo odia tanto Mario Meoni? —me preguntó el actual Papa.

—Creo que debería preguntárselo a él... —contesté.

—Mire que está enojado...

—¿Me está sugiriendo algo?

—No, no... Solo le digo que está muy enojado.

La etapa más interesante de mi relación con la Iglesia argentina en su conjunto empezó en 2009, cuando me avisan que en Junín, provincia de Buenos Aires, existía un diario centenario en serios problemas. Después de quince años bajo el gobierno de un cura respetado aunque anciano y poco afecto al manejo de los números y las personas, tenía graves conflictos económicos y editoriales (como todos los diarios), y el nuevo sacerdote del lugar temblaba ante la llegada de cada cheque millonario que le hacían firmar. “No quiero saber nada con esto”, dijo en cuanto fue nombrado. Después creo que se arrepintió, pero ya era tarde. En los pasillos eclesiales la cobardía se castiga feo y si algo no existe es la vuelta atrás. “A llorar a la Iglesia” no es una frase solo para los laicos quejosos.

Si alguien les dice que la Iglesia tiene un diario perdido en medio de la pampa húmeda, lo primero que van a pensar es en un pasquín religioso lleno de fotos de Cristo Rey y notas sobre santos y vírgenes, que sobrevive gracias a las donaciones de cuatro ancianas ricachonas que compran papel y tinta con esfuerzo para realizar impresiones en el interior de la capilla que está frente a la plaza central. Pero no, LA VERDAD, así se llama el diario al que me mandó Bergoglio en plan de salvación, es una rara avis de enorme influencia en el noroeste de Buenos Aires, que fue fundado por un sacerdote brillante (y delirante), monseñor Vicente J. Peira, en el año 1917, cuando para traer las máquinas había que arrastrarlas a través del barro.

Con ciento veinte empleados (también hay una radio AM), ediciones de 60 páginas o más y tiradas que llegan a los 10.000 ejemplares en una ciudad de 100.000 habitantes, se trata de un monstruo complejo al que ni bien llegué, después de viajar casi 300 kilómetros a través de la Ruta 7 —una de las más peligrosas del país—, estaba en decadencia y a punto de explotar debido a desaciertos editoriales y conflictos sindicales variopintos. Representaba un escándalo potencial de grandes proporciones que hubiera salpicado a una Iglesia Católica, institución que ya venía bastante golpeada y no quería dramas justo con el cuarto poder, en especial porque el desastre podía ser utilizado por los numerosos enemigos que acumulaba el actual Papa y sus obispos amigos. “Te voy a pintar todas las Iglesias de verde”, amenazó uno de los sindicalistas justo en mi primera visita, lo único que atiné a responderle fue: “No es un mal color”, y lo eché de mi oficina, en realidad la oficina que había tomado por asalto, porque con los roles mezclados y divididos, tomar el poder era lo más parecido al juego de la silla. Alguien me dijo “señor director” y sin ninguna experiencia previa pasé a controlar aquella empresa periodística que, siendo honesto, era lo más parecido a una sucursal del Titanic.

Igual, a pesar de la bravuconada que me mandé echando al sindicalista pintor, salí de ahí muerto de miedo y angustia, estado que se agravó al comprobar que, por el simple hecho de publicar una noticia poco amable a la Intendencia, me retaron en todos los colores desde las altas esferas del poder.

—¿Quién publicó la nota sobre el Intendente? —prepotente una voz desconocida que ni siquiera se molestó en presentarse.

—¿Qué nota...? —titubeé sin saber quién hablaba ni por qué.

—La próxima hablamos con monseñor. ¿Entendés cómo es esto? Una cosa así nunca ocurrió en LA VERDAD —dijeron y cortaron el teléfono. Inconsciente como soy, tampoco quería debutar con una mala noticia para el Obispo. Me llevaban para evitar problemas y empezaba disparándolos. El asunto no cerraba por ningún lado. Para peor, como me había mandado Bergoglio, desconocía por completo al obispo de esa diócesis.

El hombre iba a recibir quejas de un perfecto desconocido.

Fue el comienzo de una larga guerra, incomprendible por momentos, que en su desarrollo desnudó aspectos desconocidos de la Iglesia Católica, sus vínculos con el poder y la manera que tienen de moverse en el interior del país, donde su influencia continúa siendo enorme, y junto a los mártires (que los tiene) convive el “No te metás”. “Si hay conflictos, que no se noten”, es la consigna que mantienen algunos sacerdotes de las ciudades chicas. Y la tendencia se mantiene aunque esos problemas sean de una gravedad enorme. Si pasa algo, la gente prefiere no enterarse, y lo que es peor, las víctimas prefieren no contar.

A pesar de que LA VERDAD se seguía vendiendo bien y era líder local, en las investigaciones de mercado que se hicieron la gente decía dos cosas básicas. Primero, era demasiado parecido a La Nación de Buenos Aires, o sea, un medio tradicional leído por las clases altas que se compraba por “herencia” y punto; segundo, uno podía agarrar un ejemplar de cualquier día de la semana, y siempre decía lo mismo y de la misma forma. “Cosas de los curas”, agregaban. El objetivo era romper esa imagen apelando a mi experiencia como publicitario. La primera nota que destrozó el molde y marcó un antes y un después fue “Los Campanelli del poder”. “Los Campanelli” era una serie de televisión muy exitosa en los setenta, sobre una familia tipo de herencia italiana (parecida a la de Francisco pero más ruidosa), con varios hijos, cuñados y parientes, que se caracterizaban por vivir historias cotidianas que, después de peleas y enredos varios terminaban con la frase “No hay nada más lindo que la familia unida”, pronunciada por el patriarca antes de comer los típicos fideos del domingo.

Que un diario de la Iglesia Católica, leído por las clases altas y portador de una tradición “tranquila” en materia editorial, señalara que la intendencia local era un reducto perverso donde ganaban dinero las familias patricias de Junín, genero un escándalo de proporciones, incluso mayor al de las denuncias sobre narcotráfico que sacaríamos más adelante. Por supuesto, la nota terminó en la Curia de Buenos Aires frente a un Bergoglio desbordado que no sabía cómo resolver el entuerto.

Porque en un punto estábamos diciendo la verdad, y al mismo tiempo era evidente que el diario tomaría un perfil provocador del que ya no se podría salir con facilidad, y que no es muy afin con la institución eclesiástica. A decir verdad me ayudaron los números, y un creciente éxito comercial que barrió con la malaria crónica, de no ser así hubiera durado poco y nada en esa ciudad. Enojadas y todo, las personas seguían comprando y publicando avisos, obvio que comenzaron a circular cantidad de versiones delirantes en torno a mi molesta presencia. Desde que pertenecía al Servicio de Inteligencia del Estado (SIDE) y estaba ahí con la orden de desestabilizar al cardenal, hasta que el mismísimo Bergoglio me había mandado a poner orden en esa suerte de Babel corrompida, en especial con todo lo relacionado al tráfico y consumo de drogas. Por supuesto, la realidad era mucho más mediocre: le dieron a un publicitario la misión de revertir la crisis económica y editorial más importante de la historia del medio, y no me quedó otra que jugar fuerte y levantar la apuesta. En mi negocio se hace todo el tiempo, dentro de las redacciones esos giros no suelen ser tan comunes.

Aunque en los papeles pertenecía a la diócesis de Mercedes Luján, a cargo de monseñor Agustín Radrizzani, fue Bergoglio quien nos pidió que lo viéramos, y ahí fuimos un grupo de tres personas con el objetivo de hacer una auditoría profunda cuya síntesis podía resumirse así: un verdadero caos. ¿Resultado? El actual Papa debió invertir fuertes sumas de dinero con el fin de mantenerlo a flote, aporte que hizo bajo la forma de préstamos. “No quiero cerrarlo”, aseguró, demostrando otra vez su preocupación por los medios de comunicación. Claro que, inversiones y todo, quien escribe advertía algo que al resto parecía no importarle demasiado: el diario necesitaba tomar un riesgo editorial cada vez más alto o agonizaría en menos de un año. Sin preguntar demasiado ni pedir permiso, descuidé mis negocios en Buenos Aires y comencé a viajar todas las semanas a Junín, tratando de entender cómo era aquella sociedad y de qué forma impactarla con bombazos que transformaran la momia que tenía entre manos en un robot de última generación, proceso que derivó en la bronca del intendente que, con delicadeza y astu-

cia, Bergoglio me reprochaba en aquella reunión que mencioné al principio. Si era necesario, todo bien, pero si se trataba sólo de mi necesidad de llamar la atención...

En eso estaba cuando descubro un dato fundamental que justificó todas mis acciones. El “loco” Peira —así llamaban al cura fundador de LA VERDAD— en determinado momento fue desplazado de Junín y llevado a la provincia de Catamarca, donde sacó otro diario que desapareció ni bien quedó alineado al poder político durante el caso María Soledad, la chica emblema de la “esclavitud” feudal argentina, que marcó un hito trágico dentro de las relaciones con los poderosos, y dejó en evidencia cómo se manejan algunos de los hijos ricos de algunos feudos provinciales argentinos, capaces de usar a las chicas de pueblo a manera de divertimento, drogarlas, matarlas y dejarlas tiradas a un costado del camino, igual que animales a los que se sacrifica en un ritual orgiástico. Los lectores no perdonaron aquella complicidad, en especial porque se trataba de un diario de la Iglesia.

—Te prometo que acá no va a pasar lo mismo —le juré a un espantoso cuadro de Peira que está colgado en las oficinas del diario, delirio en el que se pintó como obispo antes de serlo, con una impunidad digna de mejor causa pero que se le perdona. Sin duda, aquel periodista sacerdote, creo que ese es el orden correcto para definirlo, que en la primera edición del diario habló de socialismo y esquivó la religión, no merecía que sus predecesores rifaran aquel legado aliándose al poder con tanto ahínco como para negar la muerte de una chiquita en el contexto de una orgía con las clases altas catamarqueñas.

Mientras mis “compañeros de ruta” miraban números y otras cuestiones internas, yo me dediqué a convertir LA VERDAD en un órgano de denuncia feroz que erizara la piel ciudadana. En cierta forma el viraje resultó sencillo: debía viajar todas las semanas por una ruta peligrosa pero tenía otra profesión (la de publicitario), y algo fundamental que me permitía jugar al valiente sin demasiados riesgos: no vivía en la ciudad, lo que me evitaba el malestar de encontrar a los denunciados en el supermercado o el colegio de los chicos. Cultura de pueblo chico que

amordaza a muchísimos periodistas que quisieran hablar pero no se animan o terminan agotados a fuerza de tantos rechazos. De pronto, ese medio que servía para difundir cuestiones ligadas a la actividad municipal y social (nadie se muere en Junín si no sale en LA VERDAD), se transformó en material explosivo que hablaba de corrupción, tráfico de drogas, juego clandestino y, en especial, de los vínculos que unían a los poderosos locales entre sí, conexiones de las que la propia Iglesia era parte. Porque Junín también era una suerte de feudo donde, a diferencia de Catamarca, todavía no había muerto nadie, situación que en el futuro cercano se revertiría con creces. En 2013, la ciudad tranquila y religiosa mostró su otra cara y tuvo varios estallidos sociales.

Junto a la circulación del diario crecieron las quejas, algunas caían en manos de Radrizzani, pero la gran mayoría llegaba hasta el escritorio de Bergoglio, quien por un lado sentía que había salvado el diario de la debacle llamando a este publicitario sin demasiado fervor religioso, y por otro comenzaba a recibir demandas de aquel pasquín que, se suponía, no debía preocuparlo ni traerle dolores de cabeza. Situación inesperada que en la Iglesia produce alergia en cantidad. ¿Qué es eso de pelearse con un intendente? Obvio que tampoco podía decirme mucho, si yo me llevaba a las patadas con Mario Meoni, primer mandatario de Junín, él hacía lo mismo con el gobierno nacional y buena parte del gabinete. “Estamos a mano”, le dije en una ocasión y solo atinó a reírse.

Ahí, peleando en el llano con un diario lleno de problemas que intenta dar vuelta su posicionamiento de décadas, descubrí varias cosas interesantes. Contra lo que creen muchos editores porteños, la flexibilidad de las marcas editoriales resulta enorme. Los lectores cambiaron el criterio “me gusta/no me gusta” por otro más productivo: el diario está vivo y lo preferimos así, con los nervios a flor de piel. Pasamos de ser un objeto histórico a actores políticos de peso en menos de dos meses. Tan profundo fue el cambio que las mafias del narcotráfico nos quemaron la planta impresora y tuvimos que empezar de nuevo. También hubo aprietes y amenazas de muerte hacia mi familia. Al mis-

mo tiempo conocí una cara de la Iglesia que, según mi criterio, es la más complicada, comprometedora, y explica parte de su decadencia actual: la relación de los “curitas pueblerinos” con el poder municipal.

Dado que entré a la institución eclesiástica desde arriba, de la mano del cardenal primado, desconocía lo que pasa en las ciudades más pequeñas, ahí donde las capillas quedan cerca de las intendencias y los curas pasan horas cenando en las casas de los ricos, bautizando a sus hijos en ceremonias privadas, lejos de los demás y tejiendo parte de esas construcciones feudales que tanto daño hacen. Una cosa es Bergoglio y la presidenta Cristina Kirchner peleándose, con esas batallas llenas de revolcones parecidos a los que signaban la vida de los dinosaurios en la prehistoria, con polvo que se levanta, respiraciones agitadas y demás demostraciones cinematográficas de cara a las tribunas; otra la connivencia que se da para lograr que a uno le arreglen el techo de la iglesia, o las conexiones de algún sacerdote abogado que se mete en el sistema judicial y hace tráfico de influencias a cambio de favores menores pero molestos. Mientras los capitostes van directo al punto y con ellos no hay margen para confundirse, en el medio circulan muchos sacerdotes que le hacen mucho mal a la institución. Se dan situaciones de obispos que compran en el supermercado y cocinan su propia comida, mientras que en sus diócesis tienen curas con dos cocineras, chofer y jardinero. La gente parece aceptar pero en el fondo rechaza y se aleja, por algo las capillas van quedando vacías, proceso que Francisco conoce y entiende a la perfección.

Si en las grandes ciudades el poderío de la Iglesia disminuyó hasta casi desaparecer, en los pueblos todavía sigue fuerte, y muchos de esos vínculos pasan desapercibidos a la vista de los obispos que dejan hacer o están impedidos de actuar por diferentes razones. Lo cierto es que a medida que el perfil del diario subió y las denuncias de corrupción crecieron, parte del clero juninense me declaró una guerra sin cuartel que me permitió ver la “otra cara” de la Iglesia, esa que no es abierta y donde se juegan mezquindades por cuestiones casi insignificantes. Pelear con Bergoglio es enfrentar a un toro que no se amilana

con el color rojo; algunos de esos curitas vienen de atrás, conspirando en cenas de familias tradicionales, hasta son capaces de besarte en la calle, delante de aquellos con quienes hablan pestes de vos.

Como en todas partes, hay sacerdotes maravillosos que exponen su vida en Junín, y otros que siguen manejando la cultura secretista ligada a la cercanía con los poderosos de siempre. Para estos últimos, la mayoría de los temas críticos debe permanecer enterrada varios metros bajo tierra. Así como el Vaticano encierra mafias, en algunas ciudades chicas, donde los sacerdotes manejan varias áreas de la vida pública (colegios, por ejemplo), se dan situaciones complejas que no ayudan a la institución ni la modernizan. Uno de los grandes debates es hasta dónde la Iglesia puede seguir manejando la educación y la salud, planteos que son incluso anteriores al tema del celibato y el acceso de las mujeres a cargos eclesiales de mayor importancia. Si de salir a la calle se trata, según marca Francisco en sus discursos, cuanto más instituciones por manejar, mayor será la distancia de los religiosos con el pueblo real. Son varios los sacerdotes católicos que empiezan a mirar con "envidia" a sus hermanos de otras religiones que, por andar más flojos y sueltos de cuerpo, logran mayor grado de contacto con la gente.

—¿Es necesario enojar tanto al intendente?

—¿Qué me quiere decir? —le retruqué a Bergoglio.

—Nada, nada... Si es necesario todo este enojo que usted produce.

—Yo denuncio temas ligados a la droga...

—Bueno, mientras no muestre mujeres desnudas...

—¿Mujeres desnudas?

—Mire, todo esto va a llegar hasta el nuncio apostólico. Yo puedo defenderlo diciendo que es periodismo libre y no me debo meter ni interferir, pero si aparecen mujeres desnudas...

—No se preocupen que no van a aparecer...

La semana siguiente y sin que yo lo supiera, salió una foto de Graciela Alfano medio desnuda en las primeras páginas de la edición del domingo: errores o maldades que ocurren en un diario grande donde resulta imposible estar al tanto de todo y

varios se disputan el poder. Nadie se quejó ni dijo nada, aunque sé que la página en cuestión recorrió varias oficinas eclesiales y me ganó fama de incorregible. Menos mal que no estaba desnuda del todo...

Más allá de su carácter único en la Iglesia Católica, las anécdotas que giran alrededor de LA VERDAD sirven para analizar algunas contradicciones internas de la institución que hoy preside Francisco. Sé que Bergoglio valoró mucho el hecho de que pusiera el cuerpo, dejara a mi familia y dedicara cinco años de mi vida a levantar ese diario que estaba casi muerto y a punto de dejar cien familias y monedas en la calle; ninguno de los candidatos oficiales, entre ellos algunos periodistas del riñón católico, hubieran desplegado semejante cuota de energía y audacia periodística. Al mismo tiempo, y lo sentía cada vez que estaba con él en la Curia, representaba un potencial conflicto que le quitaba el sueño: esa correspondencia quejosa que enviaban mis enemigos no caía en vano ni era desechada así nomás en las entrañas de una Iglesia naturalmente conservadora. Nadie le dice a un obispo cómo comportarse (menos a un cardenal), tampoco hacen oídos sordos a los lamentos que atraviesan las paredes de los templos; en realidad manejan un tono medio cuyos tiempos solo ellos conocen y decodifican. Por otra parte, jamás se puede esperar protección completa y a rajatabla cuando uno no es del "palo" ni tomó los hábitos. A mí me dejaban trabajar y a otros conspirar, supongo que el punto sería ver quién ganaba la partida, dejarnos correr para vernos caminar, ese era el sistema y al fin del día funcionó; todo eso lo permite la Institución al mismo tiempo, hasta creo que lo estimula y festeja.

Hoy por hoy el catolicismo está transitando sobre una cuerda floja de la que Francisco es muy consciente. Si sigue cocinándose en su caldo, es decir, eligiendo personas por su devoción religiosa antes que por su capacidad profesional, continuarán las tragedias. Porque detrás de muchos devotos se esconden no solo ineficientes, sino ladrones de la más pura cepa. Fingir religiosidad es muy sencillo para cualquiera y, en su soledad, los sacerdotes suelen caer en manos de dementes que disfrazan sus

intenciones tras un manto de misa diaria y devoción a algún santo. Conozco casos de perversos que maltratan a sus familias mientras dan clases de catecismo y les dicen a los otros cómo llevar adelante sus vidas. Claro que los de "afuera" también constituyen un salto al vacío costoso de digerir, y frente a los que la institución no tiene mecanismos defensivos. Se diría que a muchos hombres en la Iglesia, el peso de la historia les impide actuar rápido, y les pasa en el contexto de un mundo que se acelera cada día más. Siempre digo que cuando los narcos incendiaron el diario, la Iglesia puso todo de sí para sacarlo adelante ni bien se enteró. Lo curioso es que el primer religioso que llamó para solidarizarse fue un evangelista, no un católico. La estructura pesa tanto o más que las cúpulas vaticanas, de ahí que alguna gente se vaya alejando. Dios luce demasiado intermediado por las burocracias. El "ni bien se enteró" duro un par de días que parecieron siglos.

Dirigiendo un medio de la Iglesia Católica tuve una libertad periodística que soñaría cualquier hombre de prensa, especialmente en la dividida Latinoamérica. Salvo por el tema de las mujeres desnudas, nunca me bajaron línea ni sugirieron cambiar un punto de lo escrito. Semejante estado paradisiaco se dio en un contexto de tensión extrema y nerviosismo, lleno de conspiraciones, palos en la rueda y manejos que harían las delicias de Umberto Eco y sus novelas eclesiásticas de misterios encerrados en pinturas o pergaminos. Con sacerdotes enojados, obispos que desconfiaban y laicos pergeñando venganzas varias a la sombra de las cruces (me llegaron a rezar al revés el Padre Nuestro), igual se lograron niveles de aire puro difíciles de respirar en otras partes, y eso porque también hay gente que contrapesa el universo conspirador. ¿Se trata de lo que busca la Iglesia hoy? El drama es que no podría asegurarlo. En una de esas sí, también podría ocurrir que mi experiencia se remita, reduzca y muera en ese pequeño diario juninense al que le dediqué varios años de mi existencia y cuyo cambio obedeció a una cuota desmedida de locura y energía, aplicada en el tiempo justo.

LOCURA PAPAL

—¿Cómo estás?

—Bien...

—¿Me podés decir algo más?

—Todo esto es muy loco.

El diálogo anterior, parte de una conversación telefónica entre el Papa y un amigo obispo, ocurrió mes y medio después de su nombramiento en la Santa Sede, cuando las euforias de la entronización comenzaban a desvanecerse y la realidad vaticana tomaba forma. "En qué sentido te lo dijo", pregunté. "Creo que fue lo más cercano a una definición...". Si algo caracteriza Francisco es la precisión, imposible que haya usado la palabra locura al pasar, sin darle algún sentido que se ubique más allá de la queja o la simple generalización de un universo que escapa a lo "normal".

En la Argentina, buena parte de la gestión del entonces cardenal primado pasó por entender la locura del país que le tocó en suerte, no los misterios de la Curia. Aunque necesitaba saber qué ocurría puertas adentro de los templos, entender la realidad social, en especial a partir de la crisis de 2001, ocupó buena parte del tiempo cardenalicio; no debemos olvidar que le tocó presidir la religión central de una nación que estuvo a punto de extinguirse, y que renació políticamente de la mano de un movimiento con el que nunca se llevó muy bien; conocer cómo pensaban los actores sociales que protagonizaron las pesadillas atravesadas, y de quienes supuestamente nos sacaron del infierno, se convirtió en una suerte de obsesión que Bergoglio llevó al extremo. Si en cualquier lugar del planeta entender los pliegues de un conjunto social resulta indispensable a la hora de ayudarlo a salir del pozo, en nuestras pampas es también una técnica de supervivencia, más aun si se tienen los hilos oficiales cortados.

La Iglesia está llena de cuentos que uno nunca termina de decodificar si son verdaderos o no, pero que las distintas figuras que circulan a través de sus pasillos creen y repiten con firmeza. De mínima, se podría asegurar que según aquello que ven a diario en los claustros, resultan verosímiles. Uno muy retorcido involucra a un conocido (y antiguo) convento de Buenos Aires que debió ser intervenido dado que sus ocupantes, todas monjas prestigiosas, estaban sospechadas de tráfico de personas, es decir, regenteaban chicas de países limítrofes a las que se les ofrecía un trabajo, y que al final terminaban esclavizadas como mucamas en casas de familias ricas porteñas que pagaban altas sumas por el servicio. Incluso se decía que algunas venían con el deseo de ser monjas y terminaban limpiando baños en los negocios de la zona. Lo que está en duda no es el caso en sí (fue investigado), sino la frase que una de las monjas le susurró al cura interventor que envió la Curia: "Si le llegan a ofrecer un té, por favor no lo tome...". Semejante "densidad" en el ambiente mantiene a los religiosos bien pegados a sus sillas, con los ojos vigilantes y la convicción de que si lo del té parece un poco exagerado, otro tipo de zancadillas y maldades sí podrían arruinarles la vida o cortar el curso de sus carreras.

Cuando hablamos de tráfico de información, no hay estructura más efectiva que la Iglesia, uno ni siquiera decodifica cómo una vez ahí, termina sabiendo casi todo a una velocidad extraordinaria. Un conocido obispo, líder de la línea más conservadora y reaccionaria del catolicismo argentino, estrenó diócesis con el siguiente mandato: "Estoy bien informado y sé que acá hay muchos curas que tienen amantes. Les doy una semana para terminar con todos estos desarreglos". A la semana señalada los curitas "pecadores" volvieron con una lista de las personas que habían pasado por el cuarto del obispo en cuestión en tiempo presente. Como se decía antes, santo remedio y acá no pasó nada; claro que ninguna de estas cuestiones menores perturbaron nunca a Bergoglio quien, ya siendo cardenal primado, prefirió obviarlas y tratar de comprender las acechanzas que habitaban en el horizonte externo, ahí donde los curas suelen mirar poco y nada.

A excepción de las tensas relaciones con el Vaticano, a Bergoglio le bastó cerrar las oficinas cardenalicias y convertirlas en depósito para decir: "Esto no existe y yo gobierno como se me da la gana". Mientras sus enemigos hacían operaciones en Roma, él prefería trabajar por fuera de las estructuras clásicas y así acumuló un enorme poder en instituciones sociales y políticas que se acercaban buscando consejo o ayuda. Lo de salir a la calle no es metáfora, Francisco prefiere gobernar en la vereda, donde los chismes internos y las maledicencias quedan diluidas entre multitudes que buscan a Dios en serio, nunca un cargo dentro de la estructura eclesial. Los locos internos están devorados por la necesidad de poder y el miedo, los externos necesitan una manito divina. Entre unos y otros es fácil decidir con quién quedarse.

Un claro ejemplo del "modus operandi" papal es Cromañón, la discoteca que se incendió en el barrio de Balvanera el 30 de diciembre de 2004, que dejó un saldo de 194 muertos y 1.432 heridos y que le costó la cabeza al alcalde porteño. Por un lado, Bergoglio fue uno de los primeros en consolar a las familias de los fallecidos y validar sus reclamos de justicia, por otro también acompañó a Callejeros, el grupo de músicos que tocaban esa noche sindicados (y condenados) como culpables de la tragedia; esta suerte de dualidad cardenalicia generó algunos enojos que terminaron justificados en la religión católica y sus "mandatos". De hecho, y ya siendo Papa, Francisco le envió un rosario al líder del grupo en cuestión que por aquella época estaba internado en una clínica psiquiátrica, situación que alteró los nervios de las familias de las víctimas que desconfiaban del brote psicótico y lo entendían a manera de estrategia para escapar de la cárcel.

Lo que muy poca gente sabía era que Callejeros había llegado hasta Bergoglio a través del sindicato argentino de músicos, no en forma individual, es decir, de alguna manera su compromiso se extendía a todos los músicos del país, idéntica situación se repetía con la mayoría de los sindicatos, en especial camioneros, a cargo del poderoso Hugo Moyano, antes aliado y luego opositor al Gobierno, y hombre cercano al cardenal que solía

visitarlo a menudo. Mediante aquellos contactos fluidos con las estructuras sociales y sus representantes, el actual Papa lograba multiplicar su voz y presencia, generando un verdadero ejército que lo apoyaba en silencio. Si acercarse a un político suele ser parte esencial de la estrategia de los obispos a la hora de gobernar cualquier diócesis (en particular las grandes), el cardenal lograba superar ese escalón y congrega multitudes sin necesidad de atiborrar templos o llamar a manifestaciones religiosas, a las que asistía en estricto corte religioso y sin levantar polvareda, con excepción de las homilias. Su famosa agenda (de papel, a la antigua) reventaba de reuniones con personajes variopintos, algunas terminaban en nada pero la mayoría rendían jugosos frutos, incluso económicos. Varios de los grandes empresarios del país, la mayoría en secreto y sin pedir explicaciones, pasaban por su oficina a dejar donaciones que Bergoglio administraba según su real saber y entender.

En los pasillos de la Curia se decía que muchas de esas reuniones derivaban en donación. Cada vez que venía alguien importante los rumores de números saturaban las paredes. "¿Menos de cincuenta mil?", era uno de los comentarios despectivos más escuchados. De 100.000 para arriba el donante adquiría rango de señorío, todo según los chismes, porque en la práctica casi no había confirmaciones, o solo eran conocidas por un puñado de personas que salvo por el hecho de estar enojados o borrachos, mantenían la boca bien cerrada.

Obvio que la estrategia de "reinar por afuera" era fácil de aplicar en su propio país donde descubrir y accionar los mecanismos de poder social resultaba bastante accesible, pero en una Europa decadente en términos de fervor religioso, siendo extranjero y rodeado de un protocolo agobiante, aplicar idéntico mecanismo se le hará cuesta arriba y hasta es probable que no resulte útil. Tiene una carta a favor que está jugando a fondo: su carisma abrumador. Si entrelazarse con los líderes institucionales del mundo parece complejo y se ve mediatizado por los vahos del protocolo, ahí está la gente común que, otra vez, le dará esa soltura de cuerpo que el Papa parece necesitar a la hora de ejercer su reinado. Porque el mecanismo de cerrar los

apostentos papales, leído a manera de rechazo al lujo, es en realidad y dejando de lado el tradicional marketing bergogliano, un grito que afirma su no pertenencia a la institución que preside, especie de esquizofrenia que dio excelentes resultados en la Argentina y pretende replicar allá, mientras camina sobre un campo minado que no se molesta en desactivar.

Igual que Groucho Marx, Francisco no aceptaría ser parte de un club que lo admita como socio. Resulta evidente que no todos están de acuerdo con semejante conducta. Primero, su mensaje de austeridad dejó mal parados a muchos obispos que no pueden desandar el camino rápido o, si lo hacen, se exponen a confirmar que vivieron toda su vida religiosa mal y dándole la espalda a Cristo. Segundo, los más radicales entienden que antes de cerrar las puertas y amontonar conflictos, hay que abrirlas y derribar esos muros, algo que en principio no está en el espíritu conservador del Papa quien, como dijimos, se limita a clausurar sin destruir, dejando que el próximo decida cómo gobernar. Al menos en Argentina, después de Bergoglio se puede empezar de cero. Aunque hizo modificaciones interesantes a lo largo de la gestión, su sello definitivo está delineado a partir del personalismo.

Un debate ridículo a los ojos ajenos, pero significativo dentro del Vaticano es qué pasará con los famosos zapatos colorados papales de ahora en más. ¿Podrá usarlos el próximo santo padre después del torrente de publicidad mundial que tuvo su abolición? Igual que en todo, Francisco evitó pronunciarse de manera directa. Quien venga solo tendrá que hacer una cosa: si quiere calzarlos deberá oponerse, estrategia que explica casi todas sus acciones en los cargos que ocupó. La Iglesia está llena de ceremonias y signos, él es un maestro a la hora de usarlos. Además hay otra cosa que un buen cura jamás debe olvidar: forma parte de una institución milenaria que se las arregló para sobrevivir, a pesar de eso no tiene una bola de cristal que le permita ver el futuro; esos zapatitos que hoy nos parecen superfluos y ridículos gracias a que los dejó de usar, en el futuro y si cambian los vientos, podrían ser la clave de un proceso de resurrección eclesiástico. Si algo aprendieron los sacerdotes es

que nada resulta definitivo y nunca se sabe qué vendrá.

A diferencia de sus colegas que suelen ganar espacios a través de la negociación o lo que en la Argentina llamamos "rosca", a Francisco le bastaron dos pasos para hacerse relativamente famoso en la Iglesia mundial. El primero fue en 2001 cuando ocupó el lugar vacante que dejó Edward Egan, arzobispo de Nueva York, en el sínodo de obispos que se oficiaba en Roma (debió ausentarse por el atentado a las Torres Gemelas) y, el segundo y más importante aún, su nombramiento como presidente de la comisión del documento final de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe que se celebró en Aparecida, Brasil. Antes de esos eventos, Bergoglio era un cardenal del montón. Dentro de la estructura eclesial criolla y dejando de lado a Quarracino, el hombre que lo eligió, potenció al máximo sus nombramientos al frente de la Conferencia Episcopal (2004 y 2007).

Quebrar los excesos de pompas y circunstancias no es solo una característica de personalidad del Papa y su promocionada formación jesuítica, sino parte de su estrategia a la hora de gobernar los espacios de poder que le tocan. En cierta forma es el árbol que oculta el bosque; acto de magia que resulta muy útil; especialmente dentro del Vaticano y sus oscuros recovecos actuales. Ni bien renunció Benedicto XVI, la Iglesia fue observada como un horno a punto de estallar, apareció Francisco con sus detalles de conducta minimalista y la mirada universal mutó sin demasiados traumas. Mientras media humanidad lo mira a él y sus zapatos gastados durante veinte años en las callecitas de Buenos Aires que tienen ese no sé qué, los grandes desaciertos que pesaban fuerte apenas un mes atrás, quedaron clausurados tras su imponente sombra, igual que las puertas de los aposentos papales que dejó en suspenso hasta nuevo aviso. Y ni siquiera tuvo que decir: "Esto está mal y no corresponde", le alcanzó con un escueto: "Demasiado grande".

Se trata de una estrategia que le vi ejercer una y otra vez en todas las reuniones que tuvimos juntos, ante empresarios o con gente de su equipo. Uno termina deduciendo qué quiere decir pero no puede ponerlo en su boca ya que se encarga de llegar

por un camino elegante que siempre luce a medio construir; eso en la vida pública, aunque en la privada suele ser taxativo y duro, en especial cuando alguien lo defrauda (o él se siente defraudado). Porque como todos aquellos que se perciben al frente de una misión "alta", las individualidades que lo rodean son, en cierto punto, piezas intercambiables que van y vienen o tienen fecha de vencimiento. ¿Se lo puede culpar? En cierta forma sí, ya dije que vi sufrir a algunos de sus colaboradores cercanos; por otra parte quienes pertenecen a la Iglesia deben aprender a manejar un intermedio entre el "cielo y la tierra", donde lo que es justo o injusto se desdibuja. Por ejemplo, y volviendo a aquella monja que salió furiosa de su despacho porque el cardenal no entendió su necesidad de quedarse en la Argentina. Si el destino de la Iglesia Católica dependiera de las necesidades individuales, nunca hubiera superado los cien años de existencia; está ahí vivita y coleando debido a que sus miembros más importantes aprendieron a mirar lejos, por encima de sus ombligos y de los ombligos de las personas que tienen cerca (aun de las que quieren), para centrarnos en nuestro propio eje estamos nosotros, la gente de a pie. Un día le pregunté qué veía en mí, por qué razón me confiaba determinados proyectos sabiendo que no era el más devoto de los asistentes que podía encontrar, ni siquiera el más confiable: "Usted es el único empresario que no me pidió una foto", dijo. La frase tiene una lectura evidente: es uno de los pocos que no trató de lucrar conmigo (conducta que este libro echa por tierra); al mismo tiempo y si buscamos un poco más profundo, represento una presencia ligera en su vida, justo el tipo de presencias que necesita el Papa, aquellas que lejos de interferir en su misión, entran y salen con absoluta facilidad. Recuerden a doña Concepción y esa foto que lo llevó a revelar parte de esa intimidad que le había negado a "El Jesuita". Las fotos son también una manera de amarrarlos. No digo que, como algunos indígenas, suponga que le roban el alma, pero estoy seguro de que siente que se la encadenan.

Además de ganar tiempo valioso para hacer las modificaciones necesarias en la Santa Sede, con sus juegos distractores Bergoglio mejoró de un plumazo la imagen de una institución

que viene en picada hace años. Porque si hay algo que seguro no hará (nunca se lo perdonaría) es conformarse con los fieles latinoamericanos y su fervor a prueba de balas. Si llegó hasta ahí será con el objetivo de devolverle brillo a la Iglesia en su conjunto, y antes de comenzar con las operaciones complejas que debe encarar, igual que los médicos, anestesió al paciente y distrajo a su familia con el fin de que no sufran demasiado durante la cruel faena; igual que en Buenos Aires, nos hará creer que todo es bastante sencillo y fácil de lograr, que alcanza con salir a la vereda y charlar con los caminantes sobre Dios para revertir décadas de desaciertos y horrores que la humanidad ni siquiera alcanza a procesar (la pedofilia, por ejemplo). ¿Hasta dónde llegará? Antes que revolucionario, Francisco es un gran restaurador que se especializa en borrar aquellas modificaciones que resultan innecesarias. Se caracteriza por devolverle a la obra su brillo original, limpiando los emparches que fueron superponiéndose a lo largo de los siglos gracias al accionar de pintores mediocres. Más que una Iglesia distinta, es probable que su reinado deje un catolicismo delgado, libre de grasa y con mejor capacidad motriz que antes; eso sí, muchos conocerán su ferocidad, especialmente aquellos que por alguna razón interfieran con su proyecto. ¿Lo más interesante? Ni siquiera se darán cuenta, moverá las piezas para que los cortes no se noten o sean ejecutados por otros menos comprometidos en la faena. Tampoco nosotros nos daremos cuenta.

“Todo es muy loco”: es decir, se encuentra en una dimensión ideal para Bergoglio que se especializa en cerrar aquello que no quiere (o no le gusta) dentro de una burbuja con la excusa de que está fuera de código, de parámetro, sin involucrarse demasiado ni perder minutos valiosos en “normalizarlo”, especialmente desde lo emocional y personal. Si debe posicionarse como el único cuerdo dentro del manicomio, así será. La clave es ejercer una normalidad que resalte por sobre la locura imperante en su nuevo reino. ¿Quieren usar esos zapatos? Allá ustedes, yo prefiero caminar con estos que son más cómodos. También es el lugar ideal cuando de seguir la corriente y refugiarse se trata: con los locos se tiene cierta compasión, disfrutan de algu-

nas prerrogativas que los cuerdos no merecen. ¡No pretenderán que los cure de golpe! Atajo que le permitirá esquivar cambios extremos y dolorosos. Creo que no pudo encontrar mejor concepto, en una sola palabra definió lo que será el punto neurálgico de su mandato papal: “Yo estoy cuerdo, el drama está acá donde reina la locura. Ante todo tengan paciencia”, punto de partida bastante audaz para un hombre cuya experiencia vaticana se reduce a unos cuantos viajes de ocasión. Si Máxima, la argentina que se convirtió en reina de Holanda, pasó años incorporando los saberes de la monarquía que estaba a punto de integrar, a Bergoglio le bastó un mes y monedas para tomar una determinación: esto es una locura y mucho que aprender no tengo, solo resta la paciencia y comprensión que se les debe a los enfermos. Sin duda, con esta postura despeja buena parte de los conflictos extravagantes que enloquecerían a cualquiera y elige un desvío muy conveniente a la hora de meter cuchillo guardando las formas.

Uno de los puntos duros que deberán enfrentar sus enemigos es, justamente, la facilidad de Francisco para evitar conectarse con todo aquellos que considera en falsa escuadra, dementes. Si antes de irse pensaba en corrupciones y mafias, ahora encontró un término ideal que le va a permitir moverse con relativa soltura: locos. ¿Cómo posicionarse frente a esa definición? Cualquier mensaje de la “contra” será neutralizado por ese concepto que deja a los señalados fuera de ruta.

Varias veces y en distintos contextos lo escuché utilizar la palabra locura, ya sea para definir la demencia del consumo ilimitado o el desquicio del abuso del poder sin filtro. Resulta coherente que, en privado, aplique idéntica lógica a este Vaticano que encontró y debe encaminar.

HOMOSEXUALIDAD Y OTRAS YERBAS

Los homosexuales que le enrostraron a Bergoglio su anillo de casamiento en pleno subte al grito de “No pudiste” ignoraban que el líder de la Iglesia Católica criolla es uno de los sacerdotes más abiertos y comprensivos que pueden encontrarse en la Argentina, eso a pesar de su edad y formación. Si fuera por él, seguro las cosas serían muy distintas (o algo distintas), claro que al mismo tiempo es lo más parecido al CEO de una empresa multinacional.

Quienes trabajamos alguna vez dentro de empresas multinacionales, en especial con cargos de alta jerarquía, sabemos que la opinión personal tiene un límite, y que seremos culpados por cualquier cosa que ocurra dentro del país que nos toca en suerte. Por ejemplo, durante la crisis de 2001, los ejecutivos criollos se cansaban de viajar a Miami narrando los errores de una nación que se deshacía; a pesar de eso, y de las caras de circunstancia, los números no solo debían cerrar sino que era indispensable cumplir con los parámetros internacionales de “excelencia”; o sea, nada de los senderos “alternativos” (truchos) que pueden servir de salvación a una empresa criolla. Porque desde pagar una coima hasta arreglar con alguien del gobierno, acá se puede hacer de todo. En las compañías globales también, pero si te agarran serás lapidado de manera inmediata y a la luz pública. Y el problema de nuestras naciones no es la corrupción sino la desprolijidad. Por otra parte, y como me dijo un altísimo empresario francés, Latinoamérica, contra lo que creen quienes despotrican hacia el capital foráneo y su voracidad desmedida, es un territorio de enormes riesgos y escasas ganancias. Puede que en el pasado la cosa haya sido distinta, pero con excepción de Brasil y pocos países más, invertir en la Argentina hoy es una aventura brava, entonces las cabezas de las compañías son culpadas por los desaciertos de sus gobiernos o poblaciones, y

amonestadas con dureza disciplinaria.

Bueno, a grandes rasgos la Iglesia Católica es una gran multinacional con operaciones y activos en casi todos los países del planeta. Si queremos hilar más fino podemos afirmar que es la primera compañía multinacional de la historia, cuyas técnicas y procesos fueron copiados por las demás. Roma es el centro de operaciones (Headquarters) y tiene una ley propia (el derecho canónico) que opera de manera similar a los reglamentos empresarios internos, capaces de regular hasta el más mínimo de los movimientos. Cualquier escribano que le compra una casa a la Iglesia Católica en un pueblo perdido deberá asegurarse de conocer algo de derecho canónico, caso contrario y a pesar de cumplir con todas las normas del país donde está radicada esa propiedad, la transacción en cuestión podría carecer de validez legal. Igual con los nombramientos de sus "funcionarios", existe una verticalidad absoluta y también reuniones "globales" donde se discute el destino de la "organización". Ese último punto era una verdadera tortura para Bergoglio quien, según sus propias palabras, detesta viajar, ni siquiera le gusta moverse dentro de su país.

Como en cualquier estructura empresarial de dimensiones planetarias, la primera función del cardenal primado es cuidar ese capital acumulado, evitar que se pierda y en la medida de lo posible hacerlo crecer. Obvio que la noción de "capital" es mucho más amplia que en el área de los negocios y su reducción al concepto pérdidas y ganancias. Pero los números se miran y mucho. Si la estructura eclesiástica tiene ciertos privilegios constitucionales (es el caso de la Argentina), ningún jefe querrá estar al mando cuando desaparezcan en medio de una reforma, y si la sociedad está dominada por una estructura conservadora, tampoco es divertido ser la cara visible mientras van ganando los "revolucionarios"; en cierta medida, todos los capitolos de la Iglesia evitan quedar en el centro de las grandes transformaciones sociales. La palabra cambio se usa solo si es estrictamente necesario, y ya sabemos que ocurre algo similar con la idea de evolución. La Iglesia es la última institución en procesar los terremotos sociales, y por definición tratará de

encuadrarlos en un marco conocido, lejos de las innovaciones drásticas. ¿Por qué? Hace unos cuantos años, recién comenzada mi carrera como publicista, llegó al país uno de los popes de la empresa Coca-Cola. Era la época de la denominada "guerra de las colas", cuando Coca y Pepsi peleaban por un espacio en la mente del consumidor, y lo hacían con comerciales que se sacaban chispas en la tanda. Envalentonado por la edad y mi falta de experiencia, recibí al yanqui en cuestión con una presentación que, mirada en perspectiva, era una locura total: tratar de que Coca tomara algunos puntos de la estrategia Pepsi. El señor, a quien le reconozco una paciencia digna de mejor causa, escuchó todo el discurso y al final inició la siguiente conversación, minicharla filosófica que me serviría para el resto de la vida:

—¿Usted tiene hijos?

—No todavía —contesté; en realidad tenía veintitantos años y ni siquiera estaba casado—. ¿Por qué me lo pregunta? —avancé titubeando.

—Porque el día que tenga hijos y estos anden por los 18 años, usted va a querer que sean Coca-Cola, no Pepsi; ese es el motivo por el que estamos tan seguros de nuestra estrategia en el largo plazo. ¿Se entiende?

La Iglesia Católica es Coca-Cola, puede que durante ciertos periodos de su historia sufra los embates de aquellos que ostentan posicionamientos más atractivos, pero al final ganará la partida. Los valores positivos que porta están en el inconsciente colectivo, incluso cualquier ateo podría firmarlos despojándolos del componente religioso.

Más allá de sus opiniones, creencias o incluso comportamientos personales, los obispos y cardenales le deben obediencia al Papa, y aunque poseen algún grado de libertad a la hora de moverse, son funcionarios cuyo primer deber pasa por cuidar aquello que está en sus manos.

—¿Por qué se le pega tanto a la Iglesia Católica? —le pregunté a Francisco.

—Supongo que llevamos un mensaje que molesta a muchos... —contestó a las pasadas.

Hay una realidad imposible de negar: el catolicismo es una

de las religiones más permeable a los golpes, de hecho, puedo darme el lujo de escribir una biografía sobre el Papa (y no necesariamente amable) sabiendo de antemano que mi vida no estará en peligro. Piensen en los dramas que deben atravesar aquellos que se meten con la religión musulmana, o si quieren algo menos popular: ¿Se puede escribir un texto políticamente incorrecto en relación con el judaísmo? Obvio que resulta posible hacerlo; las consecuencias, aunque de otro tipo, también existirán y no serán livianas. Miren cualquier programa cómico y verán a un gracioso haciendo de sacerdote, incluso disfrazado de papa al tiempo que dice tonterías; los demás cultos jamás admiten semejantes faltas de respeto a sus líderes religiosos y en caso de que ocurran, los condenan con severidad. Puede que a Francisco no le guste esta biografía, o que algún obispo "más papista que..." me condene al infierno. Sin embargo, a diferencia de lo que pasa en la mayoría de los cultos, acá se mete cuchillo sin esperar consecuencias tremendas. Si bien hay varios curas más críticos que el peor de los ateos anticlericales, lo cierto es que la idea que motoriza la continuidad de la organización está muy cerca de la definición de Bergoglio: el mundo se pone cada vez peor y los valores que sostenemos molestan. En una voltereta curiosa, la posibilidad de golpear sin que hordas fanáticas salgan a la calle y muestren su enojo, se basa en la creencia de que es mejor demostrar poder antes que exhibir debilidad. El catolicismo es más débil de lo que creemos, y hoy necesita de la ayuda de sus fieles con desesperación. No lo muestra porque se trata de una estructura orgullosa, a la que le cuesta pedir, está acostumbrada a que le den, a que le rindan tributo. Disfrutó de las mieles del poder absoluto y eso no se borra con tanta facilidad de su material genético, queda marcado en el carácter. Ninguna otra religión ocupó ese lugar, y si bien lo fue abandonando en el último siglo, varios de los hombres que la manejan son grandes, agarraron la cola de un cometa que ya no existe pero sigue dejando estela. En cierta forma, el Papa transita los destinos de las monarquías, llama la atención al tiempo que va disminuyendo su influencia y poderío; carne de revistas para la clase media. El resto de las congregaciones espirituales

nunca conocieron semejante coyuntura. Están acostumbradas a empezar desde abajo, sin famas ni glorias mundanas. La Iglesia Católica reinó en serio, con todas las la ley, y parte de ese resabio la convierte en un blanco móvil donde el tema de la espiritualidad queda en segundo plano.

Desde comienzos del siglo XX, los cambios en la sociedad fueron acentuándose a una velocidad difícil de procesar para cualquiera. Imaginen el impacto que tienen dentro de la Iglesia. En un solo mandato, cualquier cardenal primado atraviesa más modificaciones de las que sus antecesores vivían en siglos de reinado. Para colmo, ya no alcanza con perseguir o estigmatizar al grito de "Hacemos lo correcto y ustedes irán al infierno". Años atrás, eran los propios divorciados católicos quienes sentían que debían quedar fuera de la comunión por su condición. En nuestros días, y frente al avance de la realidad objetiva, entienden que están siendo objeto de discriminaciones injustas; o sea, hasta la propia tropa le empieza a demandar un nivel de adaptación inédito.

Bergoglio es un hombre que caminó las villas en serio. Los rumores dicen que, en silencio, sin aprobar pero tampoco parándose en un lugar extremo de intolerancia, permitió el reparto de preservativos entre los jóvenes. ¿Por qué? Porque conoce los efectos de la falta de educación sexual, especialmente entre los más humildes; está lejos de ser un ingenuo que vive en el siglo XIX. Igual, y como cabeza de esa multinacional conservadora que es la Iglesia Católica, jamás se salió del modelo ni opuso resistencia alguna. De nuevo, su primer objetivo es entregar el "reinado" tal como lo encontró, tarea que en la Argentina reciente se le hizo cuesta arriba.

Sin duda, la Ley de Matrimonio Igualitario fue el desafío más fuerte de su gestión, y el punto que lo obligó a tomar posición con contundencia, dejando de lado las medias tintas que tanto disfruta puertas afuera. Poca gente sabe que en la Conferencia Episcopal fue uno de los sacerdotes más abiertos en relación con el tema. Su postura era práctica: se trata de algo que viene y es mejor aceptarlo, obvio que estaba en contra del uso de la palabra "matrimonio", pero por lo demás entendía que la Iglesia

no debía oponerse a la regulación civil de una realidad, y que las parejas homosexuales tenían que tener un marco legal que las regule y contenga. Sin embargo, cuando vio que los demás no opinaban lo mismo, hizo lo que debe hacer un CEO que se precie de tal: acató órdenes y sufrió las consecuencias de una pelea que en el fondo no quería dar; esta actitud puede ser interesante si se la extrapola a futuro. Muchos creen que en el lugar de Papa y siendo un rey absoluto, dejará de lado la obediencia debida y hará lo que le plazca. Pero pensar así es desconocer lo que significa la institución que preside, la formación estricta que brinda. Ya al hablar de la necesidad de quedar del lado de los pobres está "traicionando" a varios colegas a quienes hizo ver (y sentir) a manera de burócratas rechonchos que se niegan a bajar al llano, sería extraño que se cargue a toda la institución promoviendo cortes con la tradición que traicionen siglos de permanencia y acumulación de sabiduría, en particular porque los siente proviniendo de un mundo material que carece de rumbo fijo.

Algo parecido ocurre con el tema de la pedofilia. De ahora en adelante, la diócesis pasa a ser responsable por el comportamiento de todos los que están cobijados bajo su techo. Si en el pasado la culpa empezaba y terminaba con el pedófilo en cuestión (aunque en la práctica afectara a toda la Iglesia), hoy también es asunto del obispo que no vio lo que estaba ocurriendo bajo su sotana. Esto sí es consecuencia de la formación jesuítica: la raíz militar de su orden lo lleva a creer que todas las desviaciones son producto de la falta de un "jefe" que mire y controle según se debe. Los curas son soldados y los obispos, generales que deben hacerse cargo del comportamiento de sus "tropas". Las discusiones acerca de la inmoralidad mueren en esa orden básica que los convierte en cómplices: la Iglesia no puede permitirse convivir con pedófilos. Punto. A partir de ahí, todo lo demás pasa a segundo plano y la estrategia de ocultar, que tantos conflictos generó, queda anulada de una vez y para siempre.

Ahora bien, ¿cuán conservador es Bergoglio en realidad? En este sentido hay que considerar varias cosas. Primero, se trata

de un hombre que tiene casi ochenta años y eligió ser cura, o sea, basta cruzar esos datos para entender que sería ridículo pedirle niveles excesivos de apertura. Además, pertenece a una orden (los jesuitas) que lleva lo militar en el ADN, por eso fue un buen CEO y lo seguirá siendo en Roma. En tercer lugar hay que ubicar su origen familiar. Si bien hay rastros de esplendor en algunos miembros de la familia cercana al Papa (en el pasado), los Bergoglio son el corazón de la clase media porteña, con toda la carga de conservadurismo que eso conlleva, su temor a los movimientos desmesurados y sin control. Hijo de una matrimonio italiano (originalmente eran cinco hermanos) conformado por Mario Bergoglio, empleado ferroviario, y Regina, ama de casa, antes de entrar a la orden jesuita estudió en un colegio industrial para recibirse de técnico químico, un clásico de aquellas épocas en las que Argentina atravesaba un incipiente desarrollo industrial, y lo mejor que te podía pasar era terminar dentro de una fábrica. Sin duda debe hacer un gran esfuerzo a la hora de entender los temblores que se están dando en el mundo. Pero su obsesión verdadera es el materialismo y sus consecuencias sobre el espíritu humano.

LA OBSESIÓN POR TENER

Bergoglio no critica al capitalismo en sí como sistema (de nuevo el matiz conservador), aunque rechaza algunos aspectos que le parecen obscenos del punto de locura al que llegó la sociedad de consumo. Su óptica, como la de muchos sacerdotes católicos, resulta simplista y las soluciones que propone tienen que ver con cambios individuales que, sumados, deberían lograr un gran giro colectivo. Para él, en el fondo el problema son los valores, y si en su canal busca programas que no sean de sacristía, es decir, que eviten una televisación obligatoria de la misa diaria (sabe que las personas se aburren), en la vida real también plantea caminos que a simple vista parecen estar al alcance de la mano; una Iglesia Católica cerca de los pobres, por ejemplo. Aunque poco original, su prédica suele tener un impacto enorme en las personas. Por un lado importa quién lo dice, nada más y nada menos que el jefe del catolicismo mundial; por otro influye la cotidianidad de los términos que usa al hablar. Así como es un verdadero experto a la hora de decir malas palabras contundentes y pesadas, las cotidianas le brotan con una carga que les devuelve su trascendencia perdida. El hombre que manda a arreglar los zapatos de dos décadas es un maestro que cura expresiones gastadas a fuerza de repetición, o dice “cuídense” y lo que podría sonar a saludo común y corriente adquiere una dimensión distinta. Se trata de un profesional en el manejo de los tonos; quizá no entre en la categoría de “orador brillante”, pero sus discursos son misiles bien apuntados, ya sea para perturbar o conmover. Cuando se trata de definiciones es común escucharlo hablar sobre la manera en que se distribuye el gasto en las sociedades modernas. Recuerdo dos aspectos que son sus tópicos favoritos, los repite una y otra vez:

- El gasto en mascotas.
- El gasto en cosmética.

Durante nuestra entrevista discutimos mucho sobre ambos temas. Por un lado, es verdad que el primer gasto a nivel mundial es lo que las personas invertimos en alimentar y cuidar mascotas, y que el segundo pasa por nuestra desesperación en vernos bien y mantenernos jóvenes. En relación con el primero, lo considera una vergüenza en el contexto de una humanidad donde millones de personas mueren de hambre. No rechaza a los animales en sí, sino al amor ficticio que se compra en una mascota transformada casi en juguete, y que reemplaza a esos otros amores humanos que son más complejos y tortuosos de llevar adelante. “Con lo que se gasta en perros podríamos salvar a varios chicos”, sentenció. “Hay algo en eso de comprar amor artificial, en esa costumbre de cuidar tanto a los animales. En un punto me parece que escapamos de otros amores que resultan esenciales, y estamos pasando de largo sin preocuparnos demasiado”. Se trata de una lógica que no va a caer bien en las asociaciones protectoras de animales pero resulta casi imbatible. Donde sí discutimos más es en todo lo relacionado al cuidado personal y la imagen.

—Semejante preocupación por la estética es una negación del espíritu... —dijo muy serio, casi enojado.

—Pero mire que el mayor gasto en ese rubro se da justo en los países más pobres... —contesté.

El dato concreto lo sorprendió un poco: a mayor malaria económica, más gasto en cremas y productos para detener el envejecimiento. Según los números, en el planeta que supimos conseguir la pobreza tampoco es sinónimo de sabiduría ni conduce directo al espíritu. Los ricos ya no se esconden en sus mansiones y los placeres son conocidos por todos. Varias veces conversamos sobre el rol de las marcas y la forma en que establecieron parámetros de los que nadie puede escapar. Antes, una zapatilla era justamente eso, calzado para andar cómodo. Hoy es un símbolo de status por el cual alguien es capaz de matar a un semejante. Quizá por un tema generacional, a Bergoglio le costaba entender estas vueltas del marketing sin etiquetarlas en la categoría “perversión”. Puede parecer delirante pero los jóvenes “necesitan” una determinada marca porque

están bombardeados por un conjunto de mensajes, bien extendidos en todos los medios, que los condicionan. En el pasado, y la Iglesia Católica sigue instalada en ese lugar, el lujo estaba asociado a lo superfluo. Si alguien quería tener en su castillo un inodoro de oro puro, semejante conducta podía pasar por excentricidad o locura. Lo que algunas religiones no terminan de entender, y ahí si influye la sociedad de consumo, es que lo material, lejos de estar ligado a un objeto en particular, constituye un conjunto de símbolos y valores de los que resulta muy complejo escapar.

Se da la siguiente paradoja: mientras un chico rico puede ir a bailar sin portar ningún signo del nivel social al que pertenece, los pobres están imposibilitados de moverse por fuera de lo que marca la publicidad, o pueden hacerlo pero deben encarar un esfuerzo enorme. Siglos atrás eran los millonarios quienes portaban “identificación”, en nuestros días pasa todo lo contrario. Hay toda una nueva generación de sacerdotes que sí entiende cómo las marcas se metieron de lleno en el “espíritu”, y generaron una constelación nueva que entra por los poros, casi sin que nos demos cuenta, y que atrapa a los más débiles de la cadena social, aquellos que en lugar de documento llevan un celular de última generación. Más que entenderlo desde el punto de vista intelectual, Bergoglio lo intuye, y pelea adoptando conductas personales que, se supone, deberían bajar. Claro que es un señor mayor y para colmo sacerdote, es decir, sus conductas son tomadas desde una perspectiva personal. “El lujo ya no es un drama”, le comenté durante nuestra entrevista. “El problema real pasa por los valores que manejan las marcas”. En ese sentido la Iglesia Católica atrasa y ningunea uno de los fenómenos que más la afectan, o por lo menos que más afecta la espiritualidad. Primero dejó pasar la entronización, a manera de dioses, de las estrellas de cine. Ahí la coartada de adorar dioses falsos resultaba más sencilla de aplicar. Pero a excepción de la sencillez papal, no tiene antídoto contra esas deidades que tomaron forma de marcas y significan cosas bien concretas a los ojos de millones de personas. Y no alcanza con decir: “está mal”. Porque el problema no está solo en los ricos sino en las masas.

Mirado desde esa perspectiva, el lujo puede ser obsceno aunque representa una parte menor de los problemas que atraviesa la sociedad moderna y su necesidad de “tener cosas”, según diría Francisco, o de “sumar valores”, como me gustaba corregirlo. Desde que el marketing se masificó, las cosas dejaron de existir como tales, de hecho son todas iguales y sin diferencias visibles, lo que sí existe son valores construidos dentro de oficinas que estudian cómo y por qué estamos dispuestos a pagar fortunas por una marca que diga un mensaje sobre nosotros. Francisco y sus zapatos gastados son un primer punto de partida, bastante tímido por cierto.

En la misma línea corre la corrección política. Se supone que muchas de las grandes tragedias humanas (por ejemplo, el racismo) desaparecieron de los países desarrollados. Pero incluso la idea de un papa latinoamericano resulta sorprendente, y eso que ni siquiera estamos hablando de un cardenal de color. ¿Es solo una cuestión de minorías? Una de las cuestiones que más sorprendió a Bergoglio cuando nos encontramos fue saber el éxito que tenían las cremas “blanqueadoras” en las naciones donde hay mayorías de población negra. Las compañías cosméticas hacen todo lo posible a la hora de ocultar la cara más fea del fenómeno, sin embargo la idea central es bien clara: ser cada día más blanca. ¿Se terminaron los prejuicios o los tapamos a fuerza de ser políticamente correctos?

Con su imagen de hombre austero, humilde y desprendido de todos los deseos terrenales, uno de los aspectos más difíciles de desentrañar en la gestión de Bergoglio es, curiosamente, su manejo del dinero. Otra vez, si nos basamos en su experiencia porteña vamos a ver que si bien por un lado levanta la bandera de la austeridad y la sostiene con su propio cuerpo, por otro no se siente con derecho a terminar con las riquezas de la institución que preside donando el dinero a los pobres. Como casi todos aquellos que están al frente de organizaciones poderosas, sabe que el poder económico es esencial a la hora de lograr objetivos, y que si la Iglesia pierde esos tesoros acumulados, podría coquetear con la desaparición. Puede que reencauce algunas partidas y las enfoque al cuidado de los más necesitados, pero

ya digo de entrada que su institución no es una ONG. Es decir: su principal función pasa por la atención de las cuestiones espirituales, no convertirá el Vaticano en una suerte de Cruz Roja. A simple vista su misión parecería un culto a la esquizofrenia: pasear su humildad entre paredes de oro. Igual podría tratarse de una enfermedad útil. Después de todo, la sociedad está tan deteriorada que con solo destacar una actitud personal, ya alcanzaría para ganarse un lugar en la historia de los papas. Eso sí, conviene no confundirse: Bergoglio es ante todo un maestro en el manejo del poder y sus mañas, y en ese saber lo primero que se aprende es a valorar la fuerza del dinero. Más allá de los formalismos de ocasión, no esperen un desprendimiento institucional. Si tomará medidas que legalicen esas posesiones, y las alejen del contagio que producen las mafias, lo que no es poco ni estará libre de riesgos.

Sabemos que el Papa tiene una tendencia natural a desconfiar, y más de una vez lo escucharon asegurarse sentirse “robado” por alguien de su entorno cercano. En algunos casos puedo dar fe de que semejante acusación es desmedida, sin embargo, con excepción de dos o tres personas que constituyen su círculo más íntimo, los demás están todos bajo sospecha. “Desconfiado como vaca tuerta”, así lo definen varios de sus colaboradores, en especial cuando tiene que ver con cuestiones ligadas al dinero. Se trata de un gran administrador que ve fantasmas por todos lados y sus razones tiene. A lo largo de los años la Iglesia fue muy robada. Un caso paradigmático es el de un obispo del conurbano que, además de tener una mesa de dinero dentro de su Iglesia (no es metáfora), hizo un negocio monumental con la venta de tierras y donaciones. Una anécdota que se cuenta en los pasillos de la Curia señala a un obispo en particular, cuyo nombre se convirtió en sinónimo de corrupción eclesiástica, cuyas tretas fueron descubiertas de una manera muy especial: un día, cuando había una reunión de obispos en la congregación del ladrón en cuestión, llegó una viejita con plata para monseñor:

—Pero monseñor está ocupado —le dijeron pensando que se trataba de una deuda o algo así.

—Bueno —siguió la señora—. Con esto termino la cuota de la videocasetera.

Menuda fue la sorpresa de todos al descubrir que las videocaseteras comercializadas por el obispo eran producto de una donación para los pobres.

Como dijimos, mientras sus posesiones terrenales se reducen a cero, al mismo tiempo es consciente del valor que la plata tiene a la hora de construir poder. Si alguien conoce los efectos del dinero sobre las personas, ese es Bergoglio. Y no le gustan las confusiones ni las admite así nomás. Por ejemplo, Cáritas es una de las instituciones más prestigiosas de la Iglesia Católica, basta invocar su nombre para conseguir beneficios que les están negados a otras instituciones. Desde la concesión de un estacionamiento hasta recitales que juntan fortunas, hay de todo y para todos los gustos. Si hay una marca bien construida, esa es Cáritas. La colecta anual moviliza a miles de jóvenes. Claro que donde se mueven fortunas, las discusiones y peleas abundan (también las suspicacias). Obvio que nunca nos vamos a enterar los ciudadanos de a pie, pero los terremotos internos que atraviesan a varias de esas instituciones son catastróficos y dejan tendales de heridos. El tema no siempre es quién se queda con el dinero sino cuestiones más terrenales del tipo cómo se gasta y adónde va a parar. Porque por ahí pasa el poder. Y en el fondo ese es el punto central de todas las organizaciones. Todas las grandes organizaciones deciden cuál será el foco de acción, y por lo general se relaciona a los intereses del grupo. Puede parecer algo hipócrita pero lo que conocemos como RSE (Responsabilidad Social Empresaria) no es otra cosa que tratar de mitigar los efectos contrarios que produce determinada actividad. Quienes contaminan se especializarán en cuidar el medio ambiente, los hipermercados en alimentar a los niños y así. Nada queda librado al azar. La Iglesia no opera con semejante precisión estratégica pero es obvio que elegir a quién ayudar, cuándo y cómo, tiene que ver con sus intereses históricos. En una época, cuando estaban obsesionados por extender el esplendor de su poderío, el dinero iba a la construcción de iglesias. Hoy, por el contrario, los templos son sencillos y levantar

una gran catedral podría ser mal visto en el contexto de una institución que trata de pensar en los pobres y sus necesidades. Por eso la ayuda nunca es indiscriminada, encierra un objetivo. El problema es que las decisiones pasan por muchas manos. Se trata de una organización tan grande que el simple hecho de acordar cuestiones básicas puede resultar agotador.

Aunque mucha gente se confunde, durante su gestión Bergoglio miró de cerca a Cáritas Buenos Aires, y a veces se enojaba porque, estando en plena ciudad y llena de necesidades agobiantes, era la que menos donaciones recibía, carecía de fama o era confundida con otra. Porque la gente cree que hay una sola Cáritas pero no es así. “Siempre remarcaré ‘Cáritas Buenos Aires’”, me alertaban a la hora de hacer un aviso o promover campañas. “Evitemos que las personas sigan equivocadas”. Obvio que se trataba de un objetivo bastante complicado. En términos publicitarios, cambiar la percepción sobre algo lleva dos años, y eso si se destinan grandes cantidades de dinero. Con un par de publicidades nada se podía hacer. Nunca me lo dijeron de manera directa aunque no había que ser demasiado inteligente para entender que existen algunos problemas entre las distintas organizaciones que conviven bajo un mismo paraguas pero con administraciones diferentes; administraciones y puntos de vista, por supuesto. El corazón, control y las intenciones de Bergoglio pasaban por Cáritas Buenos Aires, ahí ponía su energía, nada escapaba a su mirada que pretendía levantarle el perfil, que la gente supiera de la obra enorme que debía encarar. Igual que en el caso del diario LA VERDAD, me mandó un día porque estaban a punto de abrir negocios con ventas de productos a la calle y necesitaban asesoramiento comercial. Resultaba evidente que el proyecto estaba muerto desde el principio. ¿Por qué? Uno de los problemas de la Iglesia es pensar que los demás entienden cuestiones que escapan al común de la gente. En cierta forma hay grandes dosis de ingenuidad. Pocos alimentos más ricos que aquellos que se preparan en Cáritas Buenos Aires y bajo condiciones de higiene impecables. Igual, aunque las personas no hablan, tienen cierta resistencia a consumir esos productos: los compran para regalar en las fiestas (pan dulce), no tanto a

la hora de consumirlos en su casa. Además estaba el tema del entrenamiento de las vendedoras, que si bien estaban llenas de buena voluntad, carecían de conocimientos a la hora de atender al público que, Cáritas o no Cáritas, si tenían que pagar lo mismo que en cualquier café exigían atención de primera.

—¿Quién va a entrenar a las personas que atiendan?

--Son buenas chicas, todas de acá...

—¿Pero tienen experiencia?

—Ninguna... Son buenas chicas...

Preferí no involucrarme. El proyecto de los Starbucks católicos jamás funcionó.

EL DÍA QUE FRANCISCO ME NEGÓ

—Pero Bergoglio me aseguró que no lo conoce...

—¿A quién?

—A Bello —volvió a insistir Mario Meoni, intendente de Junín, localidad donde está LA VERDAD, el diario de la Iglesia Católica—. Me dijo que no sabe quién es.

—¿Cómo no va a saber si lo mandó él al diario? —insistió el interlocutor.

—Yo te digo lo que dice el cardenal. Me aseguró que no lo conocía...

A lo largo de los años aprendí que antes de enojarse con la Iglesia Católica o alguno de sus miembros, conviene incorporar su forma de mirar el mundo. Después, si eso no conforma, uno está en todo su derecho de sentirse traicionado y abandonado. Pero podría sacar conclusiones apresuradas. A decir verdad, que Bergoglio, quien me conocía bien, se atreviera a negarme ante un intendente con el que estaba muy enfrentado, en especial por publicar temas ligados al narcotráfico y sus consecuencias en la ciudad, no fue la mejor noticia que pude recibir. De todas las formas que existen a la hora de ningunear a alguien, el “no lo conozco” suele estar entre las más crueles; los médicos usan esa estrategia si quieren desprestigiar a un colega. Como muchos de sus colaboradores cercanos, entré en furia y sentí que me quitaba su respaldo justo en el momento en que más lo necesitaba, donde la Iglesia era justamente el único sostén que impedía mi expulsión, en un contexto donde el diario había sido incendiado y mis hijos amenazados.

Al mismo tiempo, esa “falta de apoyo” jamás se tradujo en un reto o control sobre mis acciones periodísticas; todo lo contrario, me dejó hacer y deshacer a gusto, simplemente esquivó ponerle el pecho a un diario que se había convertido en actor político, lo cual no es parte del universo central de la Iglesia

y sus necesidades actuales. Lo entendí enseguida: yo elegí mi camino y debería seguirlo solo, él se limitaría a la apoyatura logística (que no es poco), dejándome trabajar y haciendo la vista gorda frente a la enorme deuda económica que teníamos, la cual pagábamos según podíamos, en cómodas cuotas. Acostumbrado como estoy a las multinacionales y sus lenguajes cerrados, solo comprensibles a través de la experiencia, logré salir del conflicto sin tenerle bronca a quien era el cardenal ni arrastrar rencores, cosa que le ocurre a buena parte de sus colaboradores que, ni bien descubren estas jugarretas, se sienten atravesados por el impacto de la traición. Con levantar un dedo pudo haberme desterrado apelando a cualquier excusa; su manera de apoyarme fue inversa a la utilizada en el caso del padre Pepe. No hubo “mimo” alguno, pero me permitió seguir marcando la línea editorial del diario sin interferencias. ¿Aprueba lo hecho? Aun hoy, incluso habiéndoselo preguntado durante la entrevista que le hice, no podría asegurarlo. Sospecho que, igual que todos los CEO de “empresas”, está torturado por una dualidad que parece no tener solución. Por un lado saben que sus estructuras necesitan personajes independientes, capaces de funcionar a manera de levaduras que despabilen organizaciones anquilosadas y enfermas de burocracia; por otro, les temen y preferirían que se sometan a un grado de control que, obviamente, las “levaduras” en cuestión no están dispuestas a aceptar. El desafío central de líderes de la envengadura de Bergoglio es evitar la obsecuencia, tarea en la que suelen tener más fracasos que éxitos. Porque entre las viejas chupacirios y los devotos que lo admiran sin cuestionar, y el terror de los que andan alrededor, la única compañía sólida que suelen conocer es su propia sombra. Igual, según mencioné en capítulos anteriores, su manera de probarme fue aquella entrevista que, por esas cosas de la historia, se convirtió en la última que concedió antes de convertirse en Papa: una vez sometido a su “scanner”, creo que su conclusión fue “peligrosidad limitada”, en especial cuando vio el material publicado:

—Te llama un tal Jorge —comentó mi mujer al atener el teléfono—. Dice que necesita hablar con vos.

—¿Jorge? ¿Qué Jorge? —pregunté.

—No sé, pero parece un hombre mayor...

—¿Bello? Habla el padre Bergoglio. Lo llamo para agradecerle la nota que me hizo. Pero creo que fue demasiado bueno conmigo...

—Por favor, monseñor; a mí me parece justa y merecida.

—Yo creo que no, que me perdonó la vida... Creo que fue demasiado buena. Igual se lo agradezco.

Buena parte del contenido de esa entrevista fue expuesto a lo largo del libro, sin embargo quedan algunos puntos sueltos que convendría rescatar. A saber:

LA RELACIÓN CON NÉSTOR KIRCHNER

Ya dijimos que el Papa, como buena parte de la Iglesia Católica, es machista, situación que podría influir en las enormes diferencias que marcaron su relación con el fallecido Néstor Kirchner y Cristina Fernández. Al ex presidente lo consideró un verdadero contrincante, digno de torrear y observar en detalle, mientras que a ella la dejaba en un segundo plano. Sabía que a Kirchner debía enviarle emisarios capaces de no competir. Porque ese era el punto débil del ex presidente: no podía estar ante alguien que intentara hacerle sombra. Capaz de hacer esperar horas a un obispo importante, llegaba y lo primero que hacía era semblantear al religioso en cuestión. Si observaba algún tipo de molestia se ponía furioso, en cambio si veía sumisión, podía ser el hombre más generoso del planeta. Dado que la sumisión no es un don que Dios le aportó a Francisco, se dedicó a evitar el contacto. A pesar de eso, guardaba algunos recuerdos cariñosos.

—Me reuní dos veces con cada uno —aseguró—. Con Cristina las cosas fueron bastante frías, correctas pero frías, creo que no estoy entre sus favoritos (risas). En cambio tuve un encuentro muy cálido con Néstor. Fue durante el aniversario de los sacerdotes Palotinos. Vino, y como correspondía a mi rol de anfitrión, lo dejé presidir la ceremonia. Sentí que valoraba mucho el gesto. Tengo un cálido recuerdo de ese día en que lo

noté conmovido y agradecido por el trato. Cada vez que pienso en él, antes que cualquier otra cosa, recuerdo ese momento en el que pudimos encontrarnos bajando la guardia, sin “enemistades”.

LA CALLE.

Además de los gays que le enrostraron el anillo de casamiento, y su tendencia a asegurar que no era el cardenal primado, Bergoglio estaba lleno de anécdotas callejeras.

—Me gusta andar entre la gente. Creo que esa es la función central de un sacerdote, salir y hablar con la gente en la calle. Dicen que soy medio inaccesible pero no es verdad, acá puede venir cualquiera. Una cosa es que no quiera dar entrevistas y otra que me esconda. Yo no me escondo. Claro que al que le gusta el durazno que se banque la pelusa... A veces la paso bastante mal, especialmente en los aniversarios del golpe, el 24 de marzo. A veces pienso: “¿Tengo que cruzar la Plaza de Mayo justo hoy?”. Y enseguida me doy cuenta de que si no la cruzo soy un cobarde, o cómodo, que es mucho peor...

—¿Le gritan cosas feas? —pregunté.

—Los 24 sí, pero no van solo para mí, se las dedican a toda la Iglesia. “Curas de mierda que colaboraron con la dictadura”, y otras que usted se podrá imaginar; eso sí, nunca nadie me agredió físicamente. Yo paso con mi diario bajo el brazo y nadie me agrede.

LA IGLESIA ARGENTINA.

Debemos ponernos en contexto. Cuando lo entrevisté, a fines de 2012, Bergoglio era un cardenal primado retirado que, a pesar de no haber nombrado obispo coadjutor, comenzaba a ver cómo su poder era limado por las distintas facciones en pugna. Considerado “zurdo” por algunos de sus colegas, incluso por laicos con mucho poder dentro de la Iglesia Católica (Opus Dei, Legionarios de Cristo), las apuestas giraban alrededor de su supuesta pérdida de peso que, ligada a sus históricas peleas

con el Vaticano, auguraban un giro a la derecha en la política argentina. El actual Papa tenía un as en la manga: aunque nunca lo usa, el Gobierno tiene derecho a veto en la elección del cardenal primado, es decir, podía agitar el fantasma de que un giro a la derecha podría, al menos en el terreno potencial, generar un escándalo diplomático de proporciones. Pero en concreto comenzaba a estar solo, esperando el momento justo para partir.

—Dicen que cuando usted se vaya, la Iglesia se va a radicalizar —afirmé.

—Me quiere decir que nos vamos a hacer del partido radical —retrucó.

—Usted sabe bien lo que quiero decir.

—Yo creo que hay una sola Iglesia... Admito que hay personas más radicales que otras. Pero creo que hay una sola Iglesia. Usted porque no cree mucho en el Espíritu Santo, mi hijo... ¿Vio esa canción? “Lo que será, será”. Bueno, lo que pase va a ser bueno para la Iglesia. Estoy muy confiado en el futuro...

—Sabe que no le creo nada...

—Veo que usted me cree muy poco todo (risas).

LAS HOMILÍAS.

Dado que hablaba poco en público, las homilias de Bergoglio tenían gran impacto sobre la sociedad, y cada una alcanzaba enorme proyección en los medios. Le puse un ejemplo.

—En “El Jesuita” recuerdan una homilía suya durante el Tedeum que, según dicen, desató la furia del Gobierno, esa que dice “Somos prontos para intolerancia” (...) “Los que se sienten tan incluidos que excluyen a los demás, tan clarividentes que se han vuelto ciegos” (...) “Copiar el odio y la violencia del tirano y del asesino es la mejor forma de ser su heredero”.

—Sí, sí, y si siguió leyendo habrá visto que al otro día salimos a decir que iba dirigida a todos...

—Pero Néstor Kirchner se sintió muy molesto y nunca más volvió al Tedeum. Por primera vez en 200 años trasladó el oficio patrio a las provincias.

—No estoy seguro de que sea así. Creo que hubo una conjunción de cosas, no solo esa homilía que, por otra parte, sí estaba dirigida a toda la sociedad. Yo no puedo controlar las lecturas que hace cada uno. Cuando dije eso hablé de toda la sociedad, incluso de la Iglesia donde la prepotencia también está instalada. ¿Sabe qué? En algo sí puedo ser culpable: no soy un cura que hable tibio. Si hay que hablar, se habla, y si molesta no es mi problema.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN.

Parte de la entrevista fue un interrogatorio al revés: él me pregunto a mí.

—¿A usted le gusta el Canal 21? —preguntó de golpe.

—Algunas cosas sí y otras no...

—¿Por qué no me dice la verdad? —insistió molesto.

—¿Por qué me dice esto?

—Porque si le gustara vendría más seguido. Por algo no viene. ¿Está peleado con Julio? (se refería a Julio Rimoldi). Siempre en el diario, siempre allá, si le gustara pasaría más tiempo...

—Pero si vengo, monseñor.

—No, no, usted ya no viene más...

—Si quiere algo concreto: el canal necesita algo de marketing.

—Eso mismo pienso. Yo pasaría películas también. Y no digo todas religiosas; películas de Fellini. Y cosas que le interesen a la gente joven. A veces vienen y me cuentan de algunas cartas que llegan... ¡Todos grandes! Parecemos una sucursal del PAMI. Porque aparece un cura y los chicos rajan... Claro que la tele está muy mal en serio. Todo lo que se ve es muy malo, hace mal. Cambiar todo eso es muy difícil; a veces me parece que no podemos...

—Me comentaron que usted dijo que, con el tiempo, veremos que el Canal 21 es la obra más grande de su gestión.

—¿Quién le dijo eso?

—Se dice el pecado pero no el pecador...

—Julio, seguro que se lo dijo Julio.

EL NACIMIENTO DE LA VOCACIÓN.

—En "El Jesuita" marcan dos momentos clave que influyeron en su decisión de ser cura. Uno siendo muy jovencito, cuando usted en lugar de ir a festejar la primavera fue a una iglesia, y otro en el momento de la enfermedad. ¿Es así? —quise saber.

—Mire, ahí mismo digo que Dios lo llama a uno, no al revés. Pero en realidad es muy difícil marcar un punto exacto. Creo que todavía hoy sigo descubriendo motivos. Uno mira para atrás y piensa "fue acá", claro que en realidad no se sabe bien. Quizá la razón esté presente mañana y no ayer... Lo del día de la primavera fue como consecuencia de una confesión en la que sentí algo muy especial... Creo que todo llega. Lo mismo con la decisión de ser sacerdote jesuita, me gustaba la vocación misionera de la orden, pero no vaya a creer que estaba tan seguro...

—¿Alguna vez se arrepintió de ser sacerdote?

—Nunca; sí pensé que podría haber hecho las cosas mejor, pero arrepentirme, nunca.

LA ORACIÓN.

Si en algo coinciden amigos y enemigos de Bergoglio es en su profunda dedicación a orar. Si tiene unos minutos libres, reza, y lo hace en cualquier parte. Le pregunté directamente por el tema.

—Todos dicen dos cosas sobre usted...

—A ver...

—Primero, que nadie sabe lo que hay en el corazón de un jesuita; después, que dedica mucho tiempo a orar...

—Lo primero es un poco injusto, esas cosas que se dicen. Al revés, creo que somos muy simples y fáciles de leer, pura disciplina... Además yo le podría decir cosas parecidas de los salesianos... En cuanto a lo segundo, sí es verdad, rezo mucho, y entre paréntesis se lo recomiendo. ¡Pero no rece solo para

pedir! (risas).

—¿Para qué debería rezar?

—Rezar es hacerle un lugarcito a Dios. Yo creo que Dios va primero, busca, pero uno tiene que hacer el trabajo de ir dándole un espacio, y eso se logra con el rezo. Cuando digo “recen por mí” apunto a eso... Igual a usted no le veo mucha cara de rezar...

—La verdad que no.

—¿Ve? Tiene que hacerle más espacio a Dios.

MISAS ABURRIDAS.

—Monseñor, le confieso algo: cuando me casé empecé a ir a misa todos los domingos, por mi mujer, pero la verdad me aburrí como nunca. No con todos los curas, pero algunos...

—Bueno, uno no va a misa para divertirse. Esa palabra es terrible, esa y entretenimiento. Hoy todo el mundo tiene que estar entretenido. ¡No está mal aburrirse, hombre! Igual le reconozco que algunos curas andan por la vida con cara de traste... Algunos curas y muchos cristianos. Un poco de alegría no le vendría mal al catolicismo. Pero igual hay mucho vacío. Si usted quiere lo que le da la televisión, quédese en su casa...

ESTUDIOS Y AMORES.

—Compartimos algo —le dije.

—¿Qué?

—Yo también soy técnico químico.

—Pensé que me iba a decir la fe (risas). Hace tantos años...

¿Lo sacó de “El Jesuita”?

—Sí, eso y lo de su novia de la adolescencia...

—También hace un montón de años... Después todo fue muy rápido. Me ordené como sacerdote y del 73 al 79 fui provincial de los jesuitas...

—Un puesto muy importante...

—No crea, yo no era nadie, eso me lo inventaron después, para hablar de complicidades con la dictadura. Pero ya le dije

que todo lo que tenía para decir está en el libro y no puedo obligar a que me crean nada.

LA MUERTE.

—Usted dijo que Tita Merello, a pesar de tener más de 95 años, tenía miedo de morir, y en “El Jesuita” dice que ante la muerte enmudece...

—Sí, pero me refería a aquellos que quedan vivos, los que sufren por la pérdida de un ser querido. Porque ahí sí no hay palabras que valgan. Siempre digo que los sacerdotes vemos morir gente todo el tiempo... ¿Sabe qué? Es mentira que la expectativa de vida es de ochenta años... Eso será para las mujeres, yo veo que a los setenta y pico la mayoría de los hombres piden pista (risas). Hablando en serio, al que sufre no se le puede decir mucho. A lo sumo prepararlo para que entre Dios, nada más, ni hablar cuando se trata de un chico, o alguna muerte que la gente considera “injusta”; es raro decirlo así porque todas lo son y ninguna lo es al mismo tiempo...

—Pero la de un chico duele mucho más.

—Sí, sí, y no queda otra que entregarse a Dios, dejar que entre...

EL VATICANO.

—Siempre se dijo que usted tenía una relación pésima con el Vaticano...

—Creo que ya se lo comenté: a mí siempre me trataron bien, nunca sufrí ninguna discriminación. El tema, como también le dije, es que no me gusta para nada viajar. Sufro cada vez que tengo que tomar un avión... Por eso no voy mucho a Roma.

—Pero este año estuvo comunicándose más...

—¿Quién le dijo?

—Tengo mis informantes.

—Lo informaron mal. La verdad es que siempre tuve la misma comunicación. Hay épocas donde me necesitan más y otras menos, pero allá hay mucha gente. Yo tengo mi vida acá y

además no se olvide de que ya estoy retirado...

—Pero todo el mundo asegura que va a terminar con un puesto en el Vaticano, cerca del Papa.

—Apueste y va a ver que no. Yo quiero ir al Hogar Sacerdotal, hacer la vida que me gusta. Ya fueron muchos años de gestionar diócesis, y si ahora puedo estar con la gente, mejor. En definitiva me hice sacerdote para eso, y ahí es donde quiero volver. O a Córdoba, no sé. Pero supongo que me quedaré en Buenos Aires porque soy porteño. Acá hay mucho para hacer...

—¿Por qué será que no le puedo creer? En realidad, ni yo ni nadie le creemos...

—Son muchos años al frente del Arzobispado. Pero verá cómo me olvidan enseguida cuando me vaya. Apueste y va a ver que termino mis días como le digo, en el Hogar Sacerdotal, haciendo vida de cura.

——
¿HABEMUS PAPA?

La relación de Bergoglio con la tecnología es nula, pero nula en serio, ni siquiera sabe cómo mandar un email, prender un equipo electrónico o ver una película. Muchos de quienes lo rodean también ponen en duda su tan mentado manejo de los idiomas. Por lo menos hay pruebas de que en inglés no es justamente Shakespeare, y aunque los italianos aman su manera de hablar dulce y pausada, tampoco parece derramar sabiduría en la lengua del Dante. Lejos del Vaticano y con una intensa prédica pastoral callejera, que ostentara erudición idiomática resultaría milagroso. Por suerte, buena parte del conocimiento que tenemos de él proviene —justamente— de su relación con los “terceros necesarios”, esos que le abrían un documento o simplemente lo acompañaban a ver un film porque no decodificaba qué botón apretar, ni siquiera a la hora de irse y apagar. Así sabemos que lagrimeó al ver “La vida es bella” —no es fácil que lloré—, y que la última cinta que quedó sobre su escritorio sin abrir antes de partir a Roma es una cuyo título, mirado en perspectiva, eriza la piel —otra vez el tema de los misterios—: “Habemus Papa”. Sí, aunque parezca un final de novela, Bergoglio partió de la Argentina sin ver aquella obra que, en cierta forma, resumiría su futuro cercano y los vaivenes de un hombre que sale del fin del mundo para dominar uno de los reinos más estables, antiguos, misteriosos y “mágicos” del planeta tierra.

—Vos siempre vivís rodeado de mujeres de mala vida —le repetía una y otra vez a uno de sus colaboradores.

—¿Por qué, monseñor? —preguntaba el asistente en cuestión, experto en tecnología.

—Porque vivís rodeado de computadoras. ¿Entendés? Computa...

—¡Monseñor!

“De cerca nadie es normal”, aseguraba Caetano Veloso, y su

observación vale para cualquiera de nosotros, incluso para el actual Papa Francisco. Ninguno de los que interactuaron con él en la Argentina puede sostener la imagen bonachona y simplista que portan los miles de fieles que lo siguen en sus apariciones públicas: ya es el Papa y lo que diga o haga será escrito en piedra. Al mismo tiempo resultaría injusto destruirla y afirmar que se trata de una máscara formateada para los demás. "De cerca, Bergoglio inquieta". Por un lado, es ese señor grande con alma de chico que juega con las palabras y hace chistes inocentes que los adultos suelen abandonar en la escuela primaria. Por el otro, es un personaje complejo atravesado por algo muy parecido a una fuerza sobrenatural que seduce a quienes lo aman y atemoriza a aquellos que, por distintas razones, aprendieron a mirarlo de costado. Mentiría si digo no conocer gente que le tiene un profundo miedo, y que se mueve alrededor de su figura con extrema cautela.

La situación empeoró una vez que partió a Roma y dejó de llamar a muchos de quienes se creían sus amigos. Todos saben que un Papa no puede vivir pegado a su país, y que los problemas que debe enfrentar son enormes. Al mismo tiempo, y como consecuencia de la cercanía que se encargaba de "vender", resulta difícil no esperar un llamado de teléfono, alguna acción que esté en línea con aquel pastor que tomaba el colectivo, se subía al subte y parecía tan accesible. "No necesito que me llame, sé que puedo contar con él", me dijo uno de sus colaboradores. Claro que eso no era cierto, en especial porque comenzó a comunicarse con varias personas y otras quedaron fuera de ruta, acurrucadas en la banquina, rumiando enojo. Es probable que con el tiempo las aguas se vayan quietando, pero hay bastante malestar dando vueltas. También sobran las personas que viajan a Roma para sacarse una foto cerca del Vaticano y decir estuve con el Papa. Hoy por hoy, se trata de una de las estrategias más recomendadas. Total, ¿quién le va a preguntar a Francisco?

Otra cosa que abunda son las supuestas órdenes papales. Digo supuestas dado que al ser casi imposibles de chequear, uno no sabe si de verdad el Papa pidió lo que dicen o lo están usando.

Pocas cosas tan convenientes como tener a un Papa amigo de excusa. Más aun, si sus "voceros" no se contienen, el aire de la Iglesia Católica criolla podría tornarse irrespirable. "Dice Jorge (esa es la palabra clave que denota intimidad) que de ahora en más necesita tal cosa", y todos corren a ejecutar esa indicación. Después, pensando, uno se pregunta si el Papa, con todas esas obligaciones nuevas que le llueven, tendrá tiempo de prestarles atención a cuestiones menores. El problema, especialmente entre quienes sí lo conocemos, es que podría estar en misa y procesión con total facilidad. En el pasado, cuando te decían "El Papa quiere...", la respuesta inmediata era: "Mirá si me va a conocer". Ahora sí sabe quiénes somos, y a partir de ahí todo se torna más complejo. Si a eso le sumamos la popularidad papal, uno de los dramas que deberá enfrentar la Iglesia argentina en el futuro es, justamente, ese poder papal argentino que están en condiciones de ejercer aquellos que lo conocieron. De ahí que existan ciertos ruidos en el interior de los claustros. Si su manera "viscosa" de manejarse con las personas ya traía dolores de cabeza en el pasado, imaginen ahora que queda en manos de gente que no tiene su maestría a la hora de llevarla adelante y, encima, abusa. Porque una cosa es Bergoglio jugando a la manipulación con su mano de pintor avezado, y otra muy distinta, decenas de curas que ni siquiera saben cómo pintar con brocha gorda. No resulta sencillo recibir mensajes tergiversados de uno de los hombres más poderosos del planeta. Al mismo tiempo, ¿quién está seguro? Lo que ocurrió en el pasado volverá a ocurrir: es casi imposible pensar que se maneje con un único "vocero", lo más probable es que continúe aplicando las tácticas de distracción que tan buenos resultados le dieron. Claro que la Argentina ya no será su prioridad y, como todos los papas, en relación con su país suelen tener un único problema: que no se conviertan en un dolor de cabeza ni los absorban.

Ya en términos de personalidad, imposible sacarle la ficha a primera vista, y a veces ni siquiera el tiempo desata esa energía interna y misteriosa que lo mueve, y que solo él decide cómo y cuándo exhibir. Imagino cómo estarán padeciendo en Roma. Porque el contacto con ese perfil es una decisión que toma el

Papa, no un lugar al que se llega por intuición o perspicacia individual y, en líneas generales, se hace presente después de algún problema, discusión o planteo que a uno lo ubica en su precisa mira telescópica. Ese descubrimiento deja un sabor agrídulce en los aventureros que se animan a incursionar en esos territorios que, seguro, preferirían mantener a buen resguardo de las miradas ajenas. Eso sí, una vez que se entró ya no hay vuelta atrás ni arrepentimiento posible. Si una persona cruzó esa barrera que lo posiciona a manera de Papá Noel moderno, siempre él lo recordará, y jamás volverá a tratarla igual que antes, al menos en privado.

El Bergoglio íntimo es luminoso pero duro, capaz de hacer sentir el rigor de ese “privilegio” que significa meterse en su caparazón y obligarlo a un tipo de comunicación más terrenal y pedestre. Supongo que este libro generará un efecto similar en los lectores. Claro que pueden cerrarlo y seguir viendo al viejito de cuento que va camino a convertirse en el Papa de la gente. Si quieren, es una ventaja: delante de él, volver atrás resulta imposible. Quizá por esa tendencia “gitana” que lo lleva a disfrutar de la vida nómada y del contacto con gente distinta, cuando descubre que debe estacionarse y negociar con un interlocutor que está lejos de ser otro al que puede arreglar con un rosario y varios cuentos malos sobre curas y monjas, le dedica miradas que, en un mismo movimiento, juntan respeto y resignación. Creo que Bergoglio, quien de ingenuo no tiene nada, va por la vida tratando de encontrar ingenuidad en estado puro, como si de ese material estuviera hecha la única felicidad posible. Así arranca, creyendo ingenuo al otro; al poco tiempo descubre que otra vez debe cambiar de sintonía. Es raro: mientras uno está en el círculo de personajes con los que juega el rol de curita bueno y sencillo, la intuición dice que se puede ir más allá y descubrir cosas interesantes en su brillante personalidad; a la inversa, ya pisados esos espacios que niega a las masas, dan ganas de recuperar aquel Bergoglio original que tanto esfuerzo se hizo por entender. Pero la ecuación es tan imposible como la cuadratura del círculo. Aquellos que empujen sus puertas las abrirán, aunque deben pensarlo muy bien. El cruce no tiene ca-

mino de retorno. Mucho de lo bueno permanece. Lo que sí se esfuma es la sensación de que llegó hasta ahí como arrastrado por una ráfaga de viento, sin ejercer fuerza ni hacer movimiento alguno. Se trata de un dirigente que conoce de qué manera moverse y cuáles son los botones que debe tocar. No niego que el Espíritu Santo se haya posado sobre él, según creen los miles de católicos que lo siguen, pero su habilidad en el manejo de las personas y situaciones resulta evidente. También le sumaría una cuota de intuición superior a la del resto. De verdad no parecía a punto del retiro cuando lo entrevisté. Y piensen que, por entonces, las chances de una renuncia papal eran nulas, nadie las tenía en la cabeza. ¿Por qué esperó? ¿Qué lo movía? Solo él lo sabe, pero el cardenal primado retirado que entrevisté tenía un plan que se oía en el ambiente, y dudo que fuera el de retirarse al Hogar Sacerdotal o concurrir a la Iglesia de Flores. Puede que les resulte extraño, pero es así. Si me apuran diría que sabía lo que le deparaba el futuro cercano, y si no lo hacen les aseguraría que, de mínima, no excluía ninguna posibilidad.

Sus chistes malos dicen mucho de él, suerte de filtro que testa a los otros. Si quieren dejarlo contento, ríanse a carcajadas. Sospecho que su deseo más profundo es encontrar personas sencillas que se conformen con relatos simples y vivan una existencia liviana, aunque no liviana en el sentido de “poco comprometida”, sino ligera, sin los rollos que suelen enredarnos a cada paso. Pero como suele suceder, es una máquina de toparse con situaciones complejas y controvertidas. Busca una cosa y encuentra otra. Quizá sea cierto eso de que Dios los cría y ellos se juntan. Pues bien, Francisco se junta con gente compleja, muy parecida a él.

La primera vez que vi su verdadera cara de frente, sin los afeites de las actuaciones que brindaba en las reuniones del Consejo Asesor del Canal 21, sentí lo mismo que un chico frente a la desilusión de descubrir un truco de magia, no por haber sabido algo malo en él, sino porque había cambiado de raíz el vínculo inocentón que tenía conmigo. De pronto pasé a ser otro de esos con los que él debe involucrarse en serio, sin los algodones de la ingenuidad. A lo largo de mi contacto con la Iglesia Católica

discutí y negocié con más de un obispo. Todos se parecen en algo: después de descargar corrientes eléctricas capaces de chamuscar a uno de una vez y para siempre, vuelven a su estado de paz, como empujados por un resorte invisible, en especial si uno les demuestra su inmunidad a las descargas. “Usted es igual a Néstor Kirchner”, me dijo uno muy conocido. “Pelea, grita y al final se sale con la suya, consigue lo que quiere”, agregó. Pues bien, nunca esperen eso de Bergoglio. ¿Querés hablar en otros términos con él? Allá vos, cada uno decide qué límite cruza y por qué. Tratará de disuadirte pero si insistís en buscarlo lo vas a encontrar. Semejante conducta lo lleva a tener amigos incomprensibles a los ojos de los demás, gente capaz de seguirle el cuento hasta lo imposible. Tan notoria es la tendencia, que puede convivir con personas que los demás rechazan o detestan. Sabe perfectamente cómo son, pero les agradece la voluntad a la hora de seguirle el juego. Puede que no los respete, sin embargo será condescendiente con ellos, hasta los mirará, estado que quienes cruzan la cortina pierden de manera inmediata y para siempre.

Su “táctica” para evitar que se topen (y toparse) con ese Dorian Gray papal que lleva adentro es algo que le critican sus enemigos acérrimos o sus amigos desencantados: la manipulación emocional. Si el grueso de la humanidad manipula para obtener lo que quiere, Francisco solo busca evitar que se cruce esa barrera sin retorno que divide al santo posible del hombre real que cierra habitaciones del Vaticano. Lo hace por el otro y por sí mismo. ¿Se necesita un padre? Tratará de ocupar ese lugar, cualquier cosa antes de ponerse a negociar cerca del suelo. El problema es que mucha gente toma su conducta al pie de la letra, sin entender que se trata de una manera de contactarse con el otro, no de un trato preferencial. Conozco gente a la que semejante confusión la dejó partida al medio, peor aún, que produjo un efecto de ahogo en Francisco, quien parece más preparado para entrar en esas situaciones que para salir. Tomemos el ejemplo del guardia al que supuestamente le preparó un sándwich al tiempo que le trajo una silla. ¿Cómo sale de ahí? Ya hablamos de lo que esos gestos pueden significar en

términos de la dignidad del guardia en cuestión, pero ¿qué pasa con el Papa y la multiplicación de estos hechos?. Porque un día llegará saturado de dramas y el aperitivo quedará en segundo plano; ahí, si quien estaba cuidándolo se sentía especial a los ojos del Papa, comenzarán los desajustes en el vínculo. Mucha gente cree que se trata de mensajes y en cierta forma lo son; al mismo tiempo él vive preso de una conducta que lo afecta. La manipulación es un camino de ida también para aquel que parece tener la sartén por el mango. De acá se desprende una enseñanza muy importante: salvo que la realidad lo obligue a negociaciones crudas, tratará de ser el Papa que la humanidad necesita, al menos puertas hacia afuera. Muchos en la Curia se preguntan si podrá sostener esa imagen de bonachón que saluda a todo el mundo y acaricia bebés. ¿Qué ocurrirá frente al primer acto de violencia o rechazo? Ante todo, el Bergoglio público es lo que la gente quiere (o necesita) que sea. En el mejor de los sentidos, es un gran manipulador de masas. Benedicto XVI y su sofisticación alejaban a la gente, Francisco hará lo que deba, aunque no siempre esté de acuerdo o le cueste un enorme esfuerzo. También disparará dardos al poder, internos y externos. Otra vez, quizá no sea el más audaz de los cirujanos que la Iglesia Católica pudo conseguir, pero hará unas operaciones estéticas fantásticas, y eso ya es mucho para esta época tan necesitada de señales que indiquen hacia dónde ir.

Para quienes son religiosos, Francisco es el Santo Padre ideal. ¿Por qué? Su carisma es tan evidente que lo pueden ubicar dentro de la categoría “regalo divino”. Si alguien afirma que la elección papal depende del Espíritu Santo, ninguno de los demás cardenales parece llenar tan bien ese casillero misterioso. El “problema” se le presentará a la grey católica light. Si vive el tiempo suficiente, Bergoglio generará un efecto parecido al que produjo Juan Pablo II, pero con aditamentos ligados a la frugalidad y la sencillez que, en los tiempos actuales, podrían tener un impacto aun mayor que el del mítico papa polaco. ¿Es así de verdad? De nuevo, es lo que el catolicismo necesita y hará todo lo que esté a su alcance con el objetivo de mantener el cuento y evitar las negociaciones pedestres; eso sí, las revoluciones

quedarán para otro mandato. Primero, no es propio de la Iglesia jugar al Che Guevara, segundo, no está en el carácter del actual Papa quien, como dijimos, resulta conservador.

—¿Qué se sentirá llegar a lo más alto? —pregunté.

—Lo conozco bien. Jorge no llegó a lo más alto... —aseguró un obispo.

—¿Pero qué más puede querer? Es el primer Papa latinoamericano...

—Adiviná. Vos tenés imaginación...

—No se me ocurre nada.

—Ay Bellito, Bellito. Jorge quiere ser santo...

En la Argentina se habla mucho de Bergoglio y su búsqueda de la santidad. Para algunos, intentará hacer reformas profundas que le permitan dejar una huella que dure siglos, incluso se habla de la posibilidad de que organice un concilio como Juan XXIII. Para otros (los más), se expondrá hasta sufrir algún tipo de atentado o accidente que le permita acortar el camino de acceso a los altares. Obvio que este último es un movimiento inconsciente, pero difícil que renuncie a la sobreexposición, y está en un mundo más duro que Buenos Aires. Que busque la santidad no sería descabellado ni extraño. Cuál será su forma de encontrarla, un verdadero misterio que irá descubriendo en el camino. Dado su espíritu práctico, resulta extraño que esté pensando en un reinado de diez años, como mucho, no creo que planifique más allá de los tres o cuatro, es decir, está allá sabiendo que tiene poco tiempo. Obvio que su postura será: "Esas cosas dependen de Dios". Pero en su corazón debe manejar esos tiempos. Por otra parte, si Ratzinger evitó terminar manejado por los demás, Francisco ni siquiera se expondrá a semejante contingencia, o sea, hará todo lo posible para marcar enseguida las pautas básicas de su gestión. A pesar de sus enormes esfuerzos, saber qué quería Benedicto XVI resultaba complicado. Francisco arrancó con una línea tan clara que nadie va a poder cambiar el rumbo sin que se note, aunque quede postrado en una cama o tenga algún tipo de impedimento físico. Por eso se recostó con tanta velocidad en la gente. Sabe bien que su popularidad es un escudo contra aquellos que quieren

ponerle piedras en el camino. En un reinado donde todos miran hacia adentro, él arrancó sacando la cabeza por la ventanilla del papamóvil. La estrategia es peligrosa aunque ideal para un "extranjero" en todos los sentidos, alguien que llega del fin del mundo.

¿Habemus Papam? Nadie sabe lo que hay en el corazón de un jesuita. Como la película que dejó sin ver en su escritorio de la Curia porteña, Francisco llegó al Vaticano sellado, acunando una trama que se develará si alguien lo ayuda a usar la "máquina" (ese "alguien" somos nosotros) y poner play; caso contrario corremos el riesgo de quedarnos con la caricatura del curita bonachón que reparte saludos en las audiencias públicas de los viernes. Por el bien de los católicos, ojalá lo ayudemos a romper esa obra sencilla que tanto le gusta montar, y que nos animemos a dar el paso del que no se vuelve: tener un Papa que además de conmover, inquiete.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin la colaboración de un montón de personas cercanas a Francisco que, aun sabiendo que algún día usaría esa información, me dedicaron horas y horas de charlas. No creo que sea conveniente nombrarlos porque siguen trabajando en una institución que prefiere la discreción, pero desde obispos hasta curas y laicos, todos contribuyeron a la difícil tarea de entender cómo es uno de los hombres más enigmáticos, complejos, contradictorios y fascinantes del planeta (afirmación que nada tiene que ver con su rol de Papa).

A todos ellos, incluso los que hablaron enojados por alguna afrenta y bajo los efectos del alcohol, mi mayor agradecimiento.

También a Francisco, quien decidió darme la última entrevista antes de convertirse en Santo Padre, aun cuando se trataba de una excepción, y yo no era justamente un hombre del riñón eclesiástico, sino un marketinero-filósofo que llegó a su vida por casualidad. Fueron dos horas y media en las que habló de todo, y lo hizo sabiendo que su interlocutor no sería cómodo ni complaciente, sino un "periodista" que no estaba contratado para dejarlo bien parado. Sin ese documento que me regaló cuando decía que estaba a punto de retirarse, hubiera sido muy complejo y distante escribir este libro.

Por último, hay un montón de personas que confiaron en mí y a las que quería nombrar porque no es una conducta muy común en estos tiempos.

Primero, a Jorge Fontevicchia, quien en 2005 y sin conocerme, publicó una nota mía en el relanzamiento del diario PERFIL. Segundo, a Gustavo González, quien por años, mientras estuvo al frente de la revista NOTICIAS, me impulsó a seguir escribiendo (muchas veces a pesar de mi propia decisión de irme).

También Alejandra Daiha, que me hacía un hueco en su sección cada vez que podía, y me adoptó -creo- más que nada por cariño. De la misma forma, Fernanda Villosio, la persona que me metió de cabeza en la redacción, "y me sacó" (para mi bien) todos los privilegios del que escribe desde la comodidad de su casa. Nos pelearnos, discutimos, pero hoy nos entendemos con el pensamiento. Con ella pasé a la "adulthood" y se lo agradezco.

Ya llegando al final, el querido Edi Zunino que cuando llegó a comandar la revista NOTICIAS se encontró con este "paquete" de regalo y también me trató como si nos conociéramos de siempre. Si tenía alguna duda de para qué estaba ahí, Edi se encargó de borrarla con esa sencillez que te dice: "Sentate a trabajar". Por último, Carlos Russo, editor de este libro: fue un placer trabajar con él, y evitó por todos los medios hacerme sentir un novato.

Índice

Prólogo.....	9
1 Habemus vedette.....	15
2 La mano de Dios.....	19
3 El último día.....	29
4 La reina del juego.....	41
5 Renglones torcidos.....	51
6 Mamá Concepción.....	57
7 Una campaña para el Papa.....	63
8 San Verbitsky.....	69
9 Misterios y milagros.....	77
10 El primer opositor.....	83
11 Un Papa marketinero.....	89
12 Cortes y quebradas.....	95
13 Anorexia papal.....	101
14 El chico de la calle.....	107
15 Los emisarios de Francisco.....	113
16 Ubicar al Papa.....	121
17 El manejo de la información.....	127
18 Un Papa estrella de televisión.....	133
19 Hombres de Dios.....	139
20 La salud de los enfermos.....	145
21 El diario del Papa.....	149
22 Locura papal.....	159
23 Homosexualidad y otras yerbas.....	169
24 La obsesión por tener.....	177
25 El día que Francisco me negó.....	185
26 ¿Habemus Papa?.....	195
Agradecimientos	205